PATRICK MODIANO

Una juventud

Ahora, a punto de cumplir los treinta y cinco, Odile y Louis viven en un valle con abetos, un teleférico rojo y una estación de esquí en las montañas. Pero hace mucho tiempo, en su juventud, cuando estaban a punto de cumplir veinte años, vivían en París y en sus calles hicieron un aprendizaje vital no siempre fácil.

París, el escenario modianesco por antonomasia —aunque hay también en estas páginas un viaje a Inglaterra—, adquiere en *Una juventud* un estatus de tercer protagonista: los bulevares, las cafeterías, las salas de fiesta, el metro elevado, los barrios periféricos, los andenes de estaciones ferroviarias… Louis ha cumplido con el servicio militar y encuentra trabajo como vigilante nocturno de un garaje en el que vislumbra idas y venidas sospechosas; Odile trata de abrirse camino como cantante y se topa con un mundo sórdido.

Ésta es una novela de encuentros, de personajes secundarios que dejan huella, de presencias fugaces y enigmáticas: la chica que toca la balalaica, el joven español que hace un número de travesti con unas castañuelas, el pintor que vivió en el estudio en el que ahora viven los protagonistas, un individuo de la alta sociedad de dudosa moralidad… Encuentros que sumergirán a Odile y Louis en un submundo nocturno e incierto, en el que aparece un maletín lleno de billetes de quinientos francos.

Modiano insiste en un paisaje —París— que no es sólo realidad geográfica sino también mito y ensueño; insiste en la fugacidad del tiempo y el poso de la memoria; insiste en el aprendizaje vital, moral y sentimental de la juventud. Y el resultado es una novela breve cargada de incertidumbres y misterio, una novela en la que abundan los personajes ambiguos y las preguntas que no siempre tienen una fácil respuesta.

Patrick Modiano

Una juventud

ePub r1.1
Titivillus 16.07.17

Título original: *Une jeunesse*
Patrick Modiano, 1981
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Rudy Para Zina Para Marie

Los niños juegan en el jardín y pronto será la hora de la partida de ajedrez cotidiana.

—Mañana le quitan la escayola —dice Odile.

Está sentada con Louis en la terraza del chalet y miran de lejos a su hija y a su hijo que corren por el césped con los tres niños de Viterdo. Su hijo, que tiene cinco años, lleva escayolado el brazo izquierdo, pero no parece que le cause molestias.

—¿Cuánto tiempo hace que le pusieron la escayola? —pregunta Louis.

—Casi un mes.

Se escurrió de un columpio y al cabo de una semana se dieron cuenta de que tenía una fractura.

—Voy a darme un baño —dice Odile.

Sube al primer piso. Cuando vuelva, se pondrán con la partida de ajedrez. Louis oye correr los grifos de la bañera.

Al otro lado de la carretera, detrás de la hilera de abetos, el edificio del teleférico parece la estacioncita de un balneario. Por lo visto es uno de los primeros teleféricos que se construyeron en Francia. Louis lo sigue con la vista mientras trepa despacio por la pendiente del Foraz y el rojo chillón de la cabina contrasta con el verde de la montaña en verano. Los niños se han metido entre los abetos y andan en bicicleta en la rotonda sombreada, junto al edificio del teleférico.

Ayer Louis desclavó de la fachada del chalet la tabla donde ponía en letras blancas: SUNNY HOME. Anda por el suelo, delante de la puerta acristalada. Hace doce años, cuando compraron el chalet y lo convirtieron en residencia infantil, no tenían muy claro cómo la iban a llamar. Odile prefería un nombre francés: Les Lutins o Les Diablerets[1], pero Louis opinaba que un nombre inglés quedaba más elegante y les traería clientes. Por fin se quedaron con Sunny Home.

Recoge la tabla. Sunny Home. Dentro de un rato la meterá en un cajón. Nota una sensación de alivio. Se acabó lo de residencia infantil. A partir de hoy el chalet va a ser para ellos solos. Convertirá el barracón que está al fondo del jardín en restaurante y salón de té y la gente vendrá en invierno antes de coger el teleférico.

Se va alzando la noche despacio desde lo hondo del valle y del jardín, junto con los gritos y las risas de los niños, que están ahora jugando al escondite. Mañana, 23 de junio, Odile cumple treinta y cinco años. Y el mes que viene le tocará a él también cumplir treinta y cinco años. Al cumpleaños de Odile ha invitado a los Viterdo y sus hijos y a Allard, que fue esquiador y regenta un comercio pequeño de artículos deportivos.

El teleférico rojo ha empezado a bajar y se pierde de vista tras una masa de abetos. Vuelve luego a asomar y sigue adelante al mismo ritmo pausado. Lo verán subir y bajar hasta las nueve de la noche y en el último viaje no será sino una luciérnaga de buen tamaño resbalando por la pendiente del Foraz.

—¡Qué niño tan valiente…!

El médico le dio unas palmaditas al niño en la mejilla. La más conmocionada era Odile. El médico, con un aparato cuya velocidad recordaba la de una sierra eléctrica cortando leños, acababa de partir la escayola en la que Odile había dibujado unas flores. Y el brazo había emergido intacto. La piel no estaba ni seca ni descolorida, como se temía Odile. El niño movía el brazo, lo doblaba despacio, sin acabar de creérselo, con una sonrisa atenta en los labios.

—Ya te lo puedes romper otra vez —le dijo el médico.

Odile le había prometido que irían a tomar un helado antes de volver al chalet y se sentaron frente por frente en la terraza de un café próximo al lago. El niño pidió un helado de pistacho y fresa.

—¿Estás contento de que te hayan quitado la escayola?

No contestaba. Se estaba comiendo el helado con expresión seria y concentrada.

Odile lo miró y se preguntó si más adelante se acordaría de aquella escayola salpicada de flores. ¿Su primer recuerdo de infancia? El sol le hace al niño guiñar los ojos. La bruma se va disipando en el lago y Odile cumple treinta y cinco años. ¿Le puede a una pasar algo nuevo a los treinta y cinco años? Se lo pregunta mientras se acuerda de la piel intacta, del brazo que ha surgido hace un rato de la escayola, y se diría que era ese brazo el que quebraba el caparazón en que lo habían encerrado. ¿Vuelve a empezar de cero a veces la vida a los treinta y cinco años? Sesuda pregunta que la mueve a sonreír. Tendrá que hacérsela a Louis. Ella tiene la impresión de que no. Llegamos a una zona sin oleaje y el patín resbala solo por un lago semejante a este que tiene delante. Y los niños crecen. Y nos dejan.

La molesta una pestaña en el borde del párpado y saca del bolso una polvera vacía que sólo usa por el espejito redondo. No consigue quitarse la pestaña y se pasa revista a la cara. No ha cambiado. Tenía la misma cara a los veinte años. Esas arrugas diminutas de las comisuras de los labios no estaban, pero lo demás no ha cambiado, no… Y Louis tampoco ha cambiado. Estaba algo más delgado, sólo eso…

—Feliz cumpleaños, mamá.

El niño lo ha dicho trastabillando con las palabras y con cierto orgullo. Odile le da un beso. ¡Qué curioso sería que los niños conocieran a sus padres tal y como fueron antes de que ellos nacieran, cuando todavía no eran padres, sino sencillamente ellos mismos!… La infancia de Odile, en casa de su abuela en París, en la calle de Charles-Cros, en ese punto de donde salen las líneas de autobús… Algo más allá, el edificio gris de la piscina de Les Tourelles, el cine y la cuesta del bulevar de Sérurier. Con un poco de imaginación, las mañanas de niebla y sol aquella cuesta era una carretera de cornisa y bajaba hacia el mar.

—Tenemos que volver ya a casa…

Mientras conducía por la carretera que sube hasta el chalet, con su hijo sentado a su lado, Odile iba canturreando algo, sin pararse a pensar. No tardó en caer en la cuenta de que eran los primeros compases de una opereta cuyo disco había encontrado, para mayor sorpresa suya, en un anticuario de Ginebra y se llamaba *Roses d'Hawaii*…

Están sentados en el banco verde, delante del edificio del teleférico, y su hijo anda en bicicleta por la rotonda. Una bicicleta con ruedecitas. Odile está tumbada y, apoyando la cabeza en la rodilla de Louis, lee una revista de cine.

El niño pasa, una a una, por las manchas de sol e inicia luego eso que él llama «la vuelta grande». Se detiene de vez en cuando y recoge una piña. El empleado del teleférico está fumando un cigarrillo en el umbral del edificio y tiene pinta de jefe de estación, con la gorra y la chaqueta azules.

—¿Cómo anda la cosa? —pregunta Louis.

—No muy allá. Pocos clientes hoy…

Da lo mismo. Aunque vaya vacío, el teleférico rojo saldrá a la hora prevista. Es lo que dice el reglamento.

—Y eso que hace sol —dice el empleado.

—Todavía no han llegado del todo las vacaciones —dice Louis—. Ya verá dentro de quince días…

El niño da vueltas a la rotonda y pedalea cada vez más deprisa. Odile se ha puesto las gafas de sol y hojea la revista agarrando con fuerza las hojas porque hace viento.

Entre sueños, oye los gritos de los niños, que se acercan y se alejan y se vuelven a acercar y es algo que para él equivale a intensidades de luz diferentes, como si fueran juegos de sombra y sol. Pero siempre sueña lo mismo. Está en la parte más alta de un velódromo desierto y mira a su padre, aferrado al manillar, que da vueltas despacio en la pista.

Alguien lo llama y abre los ojos. Tiene a su hija de pie ante él, sonriéndole. Está casi tan alta como Odile.

—Papá… Van a llegar los invitados…

Lleva un vestido rojo y Louis se queda sorprendido. Tiene trece años. Louis acaba de salir del sueño y, atontado aún, se asombra de que su hija sea tan alta.

—Papá…

La niña le sonríe con reproche, lo coge de la mano e intenta levantarlo del sofá. Louis se resiste. Al cabo de un momento, se anima, se pone de pie y le da un beso en la frente. Sale a la terraza. Todavía no ha caído la noche y divisa, entre la hilera de abetos, a un grupo que va subiendo hacia el chalet. Reconoce la voz profunda de Allard y la risa de Martine Viterdo. Más allá, el teleférico rojo se desliza despacio por la pendiente del Foraz, una mariquita por la hierba.

Han apagado todas las lámparas del salón. Louis, Odile, Viterdo, su mujer, Allard y los niños esperan alrededor de la mesa. La hija de Louis sale de la cocina llevando la tarta en la que brillan ocho velas: tres para las decenas y cinco para los años. Se les acerca y todo el mundo canta:

—*Happy birthday to you*…

La niña deja la fuente en el centro de la mesa. Todos, por turno, le dan un beso a Odile.

—¿Y qué? —pregunta Viterdo—. ¿Qué se siente cuando se tienen treinta y cinco años?

—Ya me falta menos para tener edad de ser abuela —contesta Odile.

—No diga bobadas, Odile.

—Tienes que soplar las velas, mamá…

Odile se inclina hacia la tarta y sopla.

—¡Todas a la primera!

Aplauden y vuelven a encender las luces.

—¡Una canción! ¡Una canción!

—Odile va a cantarnos «La canción de las calles» —dice Louis.

—No, no… Ni hablar…

Corta la tarta. Los niños se han levantado de la mesa y se han reunido los cinco en el borde de la terraza. Odile y Louis les llevan a todos un trozo de tarta en un plato de postre.

—No van a querer irse a la cama —dice Martine, la mujer de Viterdo.

—Qué se le va a hacer. Hoy no es un día como los demás —dice Allard con su voz profunda—. No todos los días se cumplen treinta y cinco años.

Viterdo mira el reloj.

—Creo que vamos a tener que irnos, Louis. Siento mucho molestarlo.

Tiene que coger el tren de por la noche para París, el de las veintitrés y tres, y Louis se ha ofrecido a llevarlo a la estación en coche.

—¡Vamos allá! —dice Louis.

La mujer de Viterdo, Allard y Odile se han sentado en la terraza. Charlan. La voz de Allard suena por encima de las demás. Es una noche calurosa y se oyen a lo lejos los truenos de una tormenta.

Viterdo, en medio del cuarto de estar, abre la cartera negra. Parece comprobar deprisa y corriendo si no se le olvida nada. Los niños se atropellan en las escaleras y el ruido de sus pasos apresurados va menguando por las amplias habitaciones del primer piso. Odile ha salido a la terraza y se acerca a Louis en el momento en que éste iba a irse del chalet detrás de Viterdo.

—Feliz cumpleaños —dice Louis.

—Venga, ya está bien… —dice Odile.

—¿Y qué nota usted al tener treinta y cinco años?

Ella lo zarandea agarrándole el hombro.

—Ya está bien… Pronto te va a tocar a ti…

Él la abraza y se echan a reír. Es la primera vez en la vida que celebran el cumpleaños de uno de los dos. Qué idea tan curiosa… Pero si les gusta a los niños…

Viterdo ha dejado la maleta y la cartera negra en el asiento trasero del coche; se ha sentado luego al lado de Louis.

—De verdad que lo lamento, Louis…

—No, hombre, no… En cinco minutos estamos en la estación.

Louis arranca despacio. Al cabo de un momento para el motor. El coche baja en silencio por la carretera estrecha y recta.

—¿Cuándo vuelve? —pregunta Louis.

—El fin de semana que viene. Espero pasar el mes de agosto aquí, con Martine y los niños. Qué suerte tiene usted de pasarse todo el año en la montaña…

—Creo que no habría sido capaz de vivir en París —dice Louis.

Enciende la radio, como tiene costumbre de hacer siempre que conduce.

—¿Cuánto lleva viviendo aquí? —pregunta Viterdo.

—Trece años.

—Nosotros apenas hace seis años que compramos el chalet…

—Me daba la impresión de que llevaban aquí más tiempo.

Viterdo tiene la misma edad que Louis. Trabaja en París, en una compañía de importación y exportación. Martine y él vienen a esquiar todos los años en Navidad y por Pascua con sus tres hijos, que les dejaban muchas veces a Odile y a Louis para que jugasen con los demás niños del Sunny Home…

—¿Qué? ¿Se acabó la residencia?

—Se acabó —dice Louis, sonriente—. Tenemos el chalet para nosotros solos… Los niños van a poder patinar por las habitaciones…

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—A lo mejor pongo un restaurante y salón de té con Allard para la gente del teleférico.

—En el fondo tiene usted razón —dice Viterdo—. A mí también me gustaría mandarlo todo a paseo y vivir aquí…

La primera curva de la carretera. A la izquierda, la tapia del Hotel Royal. Louis vuelve a poner en marcha el motor.

—Seguro que los niños son más felices aquí que en París —dice—. A mí me gustaría que mi hijo fuera monitor de esquí…

—¿Ah, sí? ¿Y su hija?

—Con las chicas nunca se sabe…

Louis ha bajado la ventanilla. Parece que la tormenta se va acercando.

—¿Ha vivido alguna vez en París? —pregunta Viterdo.

—Sí. Hace mucho.

Detiene el coche delante de la estación, abre la puerta y coge el equipaje de Viterdo.

—No se moleste, Louis…

Cruzan el vestíbulo, pequeño y desierto, con luz de neón. Viterdo mete el billete en la máquina para validarlo.

—Estas máquinas son cada vez más complicadas —dice Louis—. Menos mal que ya no viajo…

El tren ha entrado ya en la estación.

—Adiós, Louis… Hasta el viernes…

Louis lo acompaña hasta el andén y lo ayuda a subir la maleta y la cartera negra al compartimiento del coche cama. Viterdo, sonriente, baja la ventanilla y se asoma.

—Hasta el viernes… En sus manos dejo a Martine y a los niños. Sea severo…

—Severísimo… Como de costumbre…

Al volver a pasar por el vestíbulo de la estación, Louis se fija en una máquina expendedora de golosinas, junto a las taquillas cerradas. Mete dos monedas en la rendija. Cae algo, envuelto en un papel rojo y dorado, uno de esos bombones que se llaman rocas. Anda, si todavía existen… Odile los compraba muchas veces en la panadería de la calle de Caulaincourt. Va a ser su regalo de cumpleaños.

Al otro lado de la plaza, tras las lunas del café, hay varias siluetas inmóviles ante la pantalla del televisor. Le llega la voz de una cantante. Sólo la voz, algo ronca, pero no entiende la letra. Se ha levantado un viento tibio. En el camino de vuelta, las primeras gotas de lluvia…

Se pasaba días enteros lloviendo en Saint-Lô aquel otoño de hace quince años y había charcos enormes en el patio del cuartel. Se metió en uno por descuido y una pulsera helada le rodeó los tobillos.

Con la maleta de hojalata en la mano, saludó al centinela. Al llegar a la esquina de la calle, no pudo por menos de darse la vuelta para mirar aquel edificio parduzco que ya no volvería a tener papel alguno en su vida.

El traje de paisano —de franela gris— le tiraba en las sisas y le estaba estrecho en los muslos. Iba a necesitar un abrigo de invierno y, sobre todo, calzado. Sí, calzado con suelas gruesas de crep.

Brossier lo había citado en el Café du Balcon a eso de las siete. Se acordó de repente de que conocía a Brossier desde hacía dos meses y que le había mentido al decirle que sólo estaba de paso por Saint-Lô. ¿Por qué se había quedado más tiempo si sus «negocios» deberían haberlo reclamado en París?

Louis coincidió con Brossier la primera vez en el Café du Balcon precisamente, cuando esperaba a que fueran las doce de la noche para volver al cuartel. Aquella tarde había estado paseando por las murallas y luego fue por la carretera nacional hasta el depósito de la remonta y tiró al azar, a la derecha, hasta una zona de barracones. Al volver a la ciudad, se sentó a una mesa del Café du Balcon y el espejo, junto a la barra, le devolvía su imagen, de uniforme, con el pelo corto y cruzado de brazos. Brossier, que estaba leyendo un periódico en la mesa de al lado, se lo quedó mirando.

—¿Le queda mucho de guripa?

Usaba palabras de jerga que Louis no siempre entendía.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplo veinte en julio.

Eran los únicos clientes del café y Brossier le dijo, encogiéndose de hombros, que a esas horas en Saint-Lô ya no andaba nadie por la calle.

—Si es que puede hablarse de calles…

Soltó una risa agria.

—No debe de ser plato de gusto caer aquí de guripa, ¿verdad?

¿Qué edad tenía Brossier? Cuarenta recién cumplidos. Cuando sonreía parecía más joven. Rubio, con los ojos muy claros, rojo de cara, y ese tono de piel, así como la cara abotagada, se debían seguramente a su afición a la cerveza belga.

Le contó que vivía en París, pero que estaba pasando unos días con la familia en Saint-Lô, donde su hermano mayor era notario. Llevaba más de diez años sin venir y la gente ya no se acordaba de él. Por lo demás, estaba aprovechando esa temporada de vacaciones para cerrar unos negocios. Sí, un individuo de Cherburgo quería venderle una partida completa de material norteamericano: jeeps viejos, camiones viejos del ejército. Él, Brossier, trabajaba «en el automóvil». E incluso llevaba un garaje en París.

Esa noche acompañó a Louis hasta el cuartel. Llevaba gabardina y un sombrero tirolés viejo, con una pluma de un amarillo chamuscado. Y mientras iban calle abajo, entre casas de edificación reciente, todas del mismo hormigón grisáceo, Brossier lo puso en antecedentes, como si se tratase de un secreto, de que no reconocía ya la ciudad de su infancia. Habían construido una ciudad diferente después de los bombardeos de la última guerra, y Saint-Lô había dejado de ser Saint-Lô.

En el Café du Balcon, el humo y el barullo de las conversaciones lo dejaron un poco aturdido. La hora del aperitivo. No tardó en localizar a Brossier por el sombrero tirolés. Se le acercó con cierto apuro, dejó la maleta y se sentó.

—¿Qué? ¿Ya le han dado la blanca? —le preguntó Brossier, jocoso.

—Sí, me han dado la blanca —dijo él a media voz, porque siempre se le había hecho cuesta arriba usar la jerga militar.

—Pues tener la blanca hay que celebrarlo, muchacho —dijo Brossier—. Mire, yo he empezado ya…

Y señalaba la copa llena a medias de un licor rojo.

—¿Qué toma?

La labia de aquel hombre era la de un viajante de comercio, pero de pronto la voz gutural se le volvía trascendente. Entonces hablaba de muebles y de libros. Explicaba a Louis que había trabajado para varios anticuarios de París. Una noche, incluso, le enumeró sentenciosamente los detalles que permitían diferenciar un sillón Regencia de un sillón Luis XV y le demostró, lápiz en mano, cómo se calibra la calidad de los respaldos y de los brazos. En lo referente a los libros, le gustaban las ediciones originales. Sí, en momentos así ya no era él y seguramente reproducía los ademanes y las palabras de alguien que había influido en él.

—¡Viva la blanca! —dijo Brossier cuando el camarero trajo los Campari.

Brindaron. Louis no se atrevía a contarle a Brossier que le entraba agua en los zapatos.

—¿En qué piensa, Louis?

Lo único en que pensaba era en quitarse los zapatos y los calcetines empapados, tirarlos a la basura y tener la seguridad de que nunca más tendría los pies húmedos porque llevaría unos zapatos nuevos con suela de crep.

—Es una lata —dijo de pronto.

—¿El qué, muchacho?

Había sido dócil dos años, había aguantado el cuartel, el dormitorio, el uniforme, los zapatos en que entraba el agua, y ahora que todo había quedado atrás, ¿por qué lo había aguantado?

—Me hacen falta unos zapatos nuevos…

—Claro…, claro…

—Unos zapatos con suela de crep.

Brossier pareció extrañado. Se tomó de un trago el Campari que le quedaba en la copa.

—Bueno, pues podemos intentar encontrar unos.

Salieron del Café du Balcon y fueron a la calle comercial, a la derecha y a un nivel inferior. Bajo los soportales de hormigón se alineaban las tiendas. En el escaparate de la última tenían mocasines y calzado de señora. El comerciante estaba a punto de echar el cierre.

En el local de modestas dimensiones se sentaron juntos. Brossier seguía con el sombrero tirolés calado.

—Es para este joven —dijo.

—Querría un par de zapatos con suela de crep.

El comerciante explicó que no le quedaba gran cosa, pero que podía enseñarle una «gama» de mocasines italianos de gran calidad.

—No… No… Suelas de crep.

Eligió unos zapatos muy cerrados con las suelas de tres centímetros de grueso. Para probárselos, se quitó los calcetines calados.

—¿No tendrá un par de calcetines? —preguntó.

—Sí…, calcetines de tenis.

—Da lo mismo.

Se los puso y se ató primorosamente los cordones de los zapatos nuevos. Brossier sacó la cartera y pagó. El comerciante le alargó a Louis un paquete envuelto en plástico donde iban los zapatos viejos y los calcetines calados.

Ya en la calle, tiró el paquete de plástico al albañal y ese ademán solemne era la señal de que acababa un período de su vida. Claro que todavía necesitaba un abrigo, pero ya se vería más adelante.

—Cenamos en el Neuvotel —le dijo Brossier—. He reservado una mesa. Y dos habitaciones.

—¿Con baño? —preguntó Louis.

—Sí. ¿Por qué?

Un cuarto de baño era algo extraordinario después del lavabo grande del dormitorio colectivo, ese comedero de espuma que siempre estaba atascado. Un cuarto de baño tras dos años de cagaderos de placa turca y puertas que encajaban mal y daban portazos con el viento gélido del patio…

—¿Y podré darme un baño?

—Todos los baños que quiera, muchacho.

Volvía a llover, pero era una lluvia tan menuda que apenas si humedecía el pelo. Iban por la calle cuya cuesta, moderada, formaba una leve curva al ir siguiendo el trazado de las murallas.

—Tiene gracia… —le dijo Brossier señalando las murallas—. Un día, de pequeño, bajé desde allá arriba por una cuerda de nudos… Por cierto ¿qué tal los zapatos?

—Muy bien.

Unos pocos cientos de metros hasta el Neuvotel. Pasarían por delante del cine Le Drakkar, en la parte de abajo de la calle, antes de cruzar el puente sobre el Vire. Pero a Louis no le habría importado andar mucho rato y notaba cierto gusto al pisar de plano todos los charcos. Con unas suelas de crep no le tienes miedo a nada ni a nadie.

De un altavoz salía una música suave. No había nadie en el comedor del hotel. Salvo Brossier y él en una mesa del fondo. Brossier estaba empezando una botella de borgoña cuando el camarero les trajo la tabla de quesos.

—¡Qué viva la blanca! —gritó por tercera vez, llenándole la copa a Louis.

Éste, irritado al principio por esa expresión que le recordaba el cuartel, ya había dejado de hacerle caso. Cedía a un grato entumecimiento.

—Debería tomar de postre un «negro en camisa» —le aconsejó Brossier—. Un «negro en camisa».

Se había pasado con la bebida. La cara se le estaba poniendo escarlata. Balbucía:

—Oiga, Louis… No me lo tome a mal…

Se inclinaba para hablarle. En voz baja:

—He mandado venir a dos chicas de Cherburgo… Para celebrar la blanca…

Louis guiñaba los ojos porque la luz era muy fuerte. Intentaba en vano dar con el nombre de la música que salía del altavoz, una canción que se oía con frecuencia. Sí, pero ¿cómo se llamaba?

—¡Dos negros en camisa!

Brossier volvía a inclinarse.

—Ya verá… Son así estas chicas de Cherburgo…

Los estaban esperando en el vestíbulo. Dos morenas; una con el pelo recogido en cola de caballo. Habían venido en el coche de la chica de la cola de caballo, un DS 19 que había estado a punto de tener una avería por la zona de Valognes. La verdad, había sido de lo más desagradable con el tiempo que hacía.

—Lo principal —dijo Brossier— es que hayáis llegado, bonitas.

Le acarició la mejilla a una de las morenas, que le sonrió. Luego echó a andar hacia recepción. Louis se quedó solo, con la maleta en la mano, en compañía de las dos chicas.

—Así que por lo visto ha estado haciendo la mili, ¿no? —preguntó la morena de la cola de caballo.

—Sí. Ya la he acabado…

—¿Estuvo aquí, en Saint-Lô?

—Sí.

—Yo creo que vale más estar en la marina… Viaja uno…

La otra chica había sacado un espejo del bolso y se estaba pintando los labios. Brossier se reunió con ellos.

—¡Vamos! ¡Habitación 119! ¡Adelante!

En el ascensor, que era demasiado estrecho, Brossier besó a la chica de la cola de caballo y empezó a meterle mano. Ella le había quitado el sombrero verde con la pluma y se lo había puesto ella, torcido. A Louis, pegado a la otra chica, no le quedaba más remedio que llevar la maleta colgando de la mano.

Una habitación tapizada de tela azul oscuro y con camas gemelas y un buró de madera clara. Había radios empotradas en ambas mesillas de noche. Brossier encendió una.

—¡Vamos a pedir champán! ¡Pero primero que te hagan sus números! ¡Actúan las dos en una sala de fiestas de Cherburgo!

—¿Cómo se llama? —preguntó la chica que seguía con el sombrero de la pluma de Brossier puesto.

—Louis.

Brossier había apagado las luces. Sólo seguía encendida una de las lámparas de cabecera. Louis miraba por la ventana y vio que llovía con más intensidad que hacía un rato.

—¡Que viva la blanca! ¡Viva la blanca! ¡Viva la blanca! —canturreó Brossier.

—¡Viva la blanca! —repitió bajito una de las morenas.

Abajo, delante del hotel, se abría una explanada tan grande como la pista de un aeropuerto. Dos filas de farolas la iluminaban con luz cruda. ¿Por qué tantas farolas? Louis se fijó, en medio de la explanada, en el DS 19 de las morenas.

En la escalera, la vibración de las baterías y de las guitarras eléctricas seguía agobiando a Georges Bellune. Se sentó en el asiento corrido de cuero del primer piso, con el tronco erguido, intentando reunir fuerzas antes de cruzar el umbral del Palladium.

Perforaba la semioscuridad, al fondo y a la izquierda, la zona lechosa de la tarima donde bullía un grupo de músicos de rock'n'roll. El cantante vociferaba, con voz no muy firme aún, un éxito americano. Alrededor de la tarima se agolpaban chicos y chicas la mayoría de los cuales no habían cumplido los veinte. El batería de la orquesta, de pelo rubio y rizado y mofletes, le pareció a Bellune un alumno de una escuela militar precozmente envejecido.

Se abrió paso hasta la barra y pidió una copa. Tras tomarse la tercera el ruido empezó a molestarle menos. Siempre que iba al Palladium se quedaba una hora, mientras las orquestas y los cantantes se iban turnando en la tarima, adolescentes de los suburbios o empleados jóvenes del barrio. Y era el de esos jóvenes un sueño tan poderoso, era tal su deseo de escapar mediante la música a lo que presentían de sus vidas, que Bellune sentía a veces las estridencias de las guitarras y las voces enronquecidas como llamadas de socorro.

Tenía más de cincuenta años y trabajaba en una casa discográfica. Era el encargado de ir dos o tres veces por semana al Palladium y dar con algunos grupos de cantantes aficionados. Bellune los citaba en la discográfica y les hacían una audición. En esos momentos no era sino un empleado de aduanas que elige, entre una muchedumbre de emigrantes agolpados ante un barco, a dos o tres personas y las mete por la pasarela de embarque.

Miró el reloj y decidió que ya había hecho acto de presencia lo suficiente. En esta ocasión no se sentía con valor para fijarse en un cantante o en un grupo musical. Llegarse hasta la tarima a codazos le parecía una acción sobrehumana. No. Esta noche no.

Entonces fue cuando le llamó la atención su presencia. No la había visto antes porque estaba de espaldas. Una muchacha de pelo castaño, de cutis muy pálido, de ojos claros. Apenas veinte años. Estaba sentada en la barra, pero miraba hacia el fondo, hipnotizada. Crecía un revuelo, había empujones, aplausos, gritos. Alguien se subía al podio: Vince Taylor. ¿Por qué no se unía la muchacha a los demás? Aquella mirada clavada en la única zona luminosa del Palladium le trajo a la mente a Bellune la imagen de una mariposa titubeante que atrajese la lámpara. En el podio, Vince Taylor esperaba el final de los aplausos y los gritos. Ajustó el micrófono y empezó a cantar.

—¿Usted también quiere cantar?

La muchacha se sobresaltó como si la hubiera sacado bruscamente de un sueño y se volvió hacia él.

—¿Está aquí porque le interesa la música? —siguió preguntando Bellune.

Tenía una voz suave y una seriedad que inspiraban siempre confianza. La muchacha asintió con la cabeza.

—Muy oportuno —dijo Bellune—. Trabajo para una casa discográfica. Puedo ayudarla si quiere…

Ella lo miraba fijamente, cortada. Hasta ese momento, las personas que Bellune escogía al azar para una audición habían subido al menos a la tarima, habían metido ruido con baterías y guitarras y sus caras habían aparecido un momento a plena luz. Pero aquella noche Bellune había escogido a alguien que no decía nada, que no se movía y parecía ahogarse en el estruendo. Una cara que apenas se diferenciaba de la sombra.

La acompañó a su casa en taxi. Antes de separarse de ella, le escribió en un trozo de papel la dirección y el número de teléfono de su despacho.

—Puede llamarme y venir a verme cuando quiera… Por cierto, ¿cómo se llama?

—Odile.

—Bueno, Odile, pues hasta muy pronto espero.

La muchacha cruzó el patio de aquel bloque de edificios de color rojo ladrillo de la puerta de Champerret. En el ascensor, apretó el botón del quinto y, tras llegar a ese piso, el último al que llegaba el ascensor, siguió subiendo por una escalerita y se metió por un pasillo.

Era una habitación abuhardillada. Apenas si se podía pasar entre el lavabo y la cama. Clavadas en la pared beige, las fotos de una cantante negra y de un cantante americano. El radiador, de tamaño desproporcionado para las dimensiones exiguas de la habitación, daba un calor excesivo.

Abrió la ventana, desde la que se veía, en el horizonte, la parte de arriba del Arco de Triunfo. Se desplomó en la cama y sacó del bolsillo de la gabardina el papel en el que el hombre había garabateado

Georges Bellune,
Calle de Berri, 21, 3.o
ÉLYSÉES 0015.

Lo llamaría sin falta al día siguiente. Si esperaba más, ya no se atrevería.

Parecía un individuo formal. A lo mejor la ayudaba. No apartaba la vista del trozo de papel y quería convencerse de que el nombre y la dirección estaban escritos de verdad en él.

Se le había olvidado comprar algo de comer, pero de todas formas no le quedaba casi nada del último sueldo. Desde que había dejado de trabajar en la perfumería de la calle de Vignon se pasaba los días en el Palladium, igual que se queda uno mucho rato en la bañera.

Puso un disco en el tocadiscos que estaba en el suelo, al pie de la cama. Luego apagó la lámpara de cabecera. Oía la música, tendida en la oscuridad, y enfrente tenía el cuadrado de la ventana, algo más claro. Como al radiador le faltaba la llave para regularlo, no se podía bajar la temperatura y tenía siempre abiertas de par en par las dos hojas de la ventana.

En Saint-Lazare era de noche y Brossier se había quedado dormido. Louis le dio un golpe en el hombro.

Esperaron en su compartimiento a que todos los viajeros hubieran bajado del vagón. Luego, Brossier se puso ante el espejo el sombrero tirolés viejo mientras Louis bajaba las maletas del portaequipajes: su maletita de hojalata y la maleta de cuero granate de Brossier.

La cola en la parada de taxis era muy nutrida y Brossier le propuso a Louis que fueran a tomar algo. Subieron por la calle de Amsterdam. Louis llevaba las maletas y dejaba que lo guiase Brossier. Éste se decidió por un café cuyas paredes acristaladas, en el cruce de dos calles, asomaban como una proa. El interior estaba muy iluminado. Alguien estaba jugando una partida de flipper. Se sentaron en la barra.

—Dos cervezas —pidió Brossier sin preguntarle a Louis qué quería—. Belgas, si tiene…

Se quitó el sombrero tirolés y lo dejó a su lado en una banqueta. Louis miraba a la gente, que resbalaba por los cristales como sombras submarinas que fueran siguiendo las paredes de un batiscafo, y el atasco del cruce.

—¡A su salud, Louis! —dijo Brossier alzando el vaso—. ¿Se alegra de estar en París?

Odile iba por un pasillo y le llegaban ruidos de conversaciones y timbres de teléfonos. Había gente que entraba y salía y puertas que se cerraban de golpe. En el despacho de Bellune reinaba una honda tranquilidad, y si alguien se hubiera quedado unos instantes en el umbral, habría podido pensar que ese

local no lo ocupaba nadie. Ni la mínima voz. Ni siquiera el crepitar de una máquina de escribir.

Bellune, de pie ante la ventana de guillotina, fumaba. O se sentaba en el brazo de uno de los sillones de cuero y oía en un magnetófono canciones grabadas. Le pedía opinión a Odile, pero la música y la voz sonaban tan bajo que ella no oía casi nada. Una tarde se lo encontró incluso mirando pensativamente cómo giraba la cinta, sin que le pareciera necesario poner el sonido.

Llevaba mucho tiempo trabajando para la misma casa discográfica y, como su cometido consistía en «descubrir» —como él decía— «talentos nuevos y excepcionales», le había prometido a Odile que iba a grabar un disco. Pero parecía aburrirse en su despacho. Siempre que ella iba a verlo, Bellune le decía con el mismo tono impaciente:

—¿Y si bajásemos, Odile?

Descolgaba el teléfono, que no sonaba nunca, y, ya en el pasillo, cerraba con una vuelta de llave la puerta del despacho. La cogía del brazo y la llevaba hacia el ascensor.

Iban calle de Berri arriba, hacia Les Champs-Élysées, él siempre callado y ella sin atreverse a distraerlo de su ensoñación. Luego, con voz muy suave, Bellune le explicaba que había llegado el momento de que grabase una cinta para presentársela a la casa discográfica. Había que encontrar unas cuantas canciones que estuvieran bien y pensaba pedírselas a unos autores y compositores con quienes tenía relación. Cosas «clásicas», a contracorriente de lo que los «jóvenes» cantaban hoy en día.

Callaba de nuevo y, mientras recorrían la calle en sentido inverso, a Odile le daba la impresión de que perdía el interés por ella de repente y llegaba incluso a olvidarse de su presencia. Le hacía una pregunta tímida sobre el disco y él no respondía. Clavaba la mirada en algún punto, de frente.

—Es un oficio difícil…, muy difícil…

Lo decía de una forma tan desapegada que a ella le entraban ganas de preguntarle si aquel oficio le seguía importando.

Habían llegado a la puerta del número 21. Cuando iba a entrar en el edificio, la citaba para la noche.

—Hasta luego, Odile.

Ella se quedaba allí unos minutos, titubeando, con ganas de subir y de volver a sorprenderlo igual que la otra vez, cuando la cinta giraba en el magnetófono. A lo mejor se pasaba así las tardes, mirando cómo las cintas negras iban pasando en silencio.

El hotel que le había elegido Brossier antes de volver a marcharse a un «viaje de negocios» estaba al final del distrito quince, en la calle de Langeac. Una habitación con lavabo, una cama de madera marrón y, en la pared, papel pintado con flores malva. Una mujer de edad indeterminada y pelo corto le subía la bandeja del desayuno a eso de las nueve. Louis se lo comía todo, incluso los terrones de azúcar y los restos de mermelada que quedaban después de tomarse las rebanadas de pan. A lo mejor pedía, durante el día, un bocadillo en la barra de un café. Había calculado que con los cincuenta francos que le había prestado Brossier podría aguantar una semana a ese ritmo. Para entonces, Brossier habría regresado seguramente de su «viaje de negocios» y le presentaría —como había prometido— «a ese amigo importante que le iba a dar trabajo».

Desde aquellos días interminables que había pasado en la enfermería del cuartel, no había perdido la costumbre de escuchar su transistor con funda de cuero verde. Acostado y mirando al techo, pensaba en el porvenir, es decir, en nada, mientras se iban sucediendo las noticias, las canciones y los concursos radiofónicos. De vez en cuando, fumaba un cigarrillo, pero intentaba que le durase el paquete, porque aquellos cigarrillos eran caros. Ingleses y en cajas metálicas. Se habían metido mucho con él por eso en el cuartel, pero no le gustaba el tabaco negro.

A media tarde salía del hotel, con la llave de la habitación en el bolsillo, tras haberle echado una mirada furtiva a la puerta acristalada de la recepción. El calvo de cara atezada jugaba al ajedrez con un contrincante a quien Louis sólo veía de espaldas. Al salir, se iba a la calle de La Croix-Nivert. El restaurante estaba mucho más arriba y, con frecuencia, se detenía, al pasar, en la glorieta de Saint-Lambert. Allí, en un banco, esperaba a que fuera la hora de cenar fumando un cigarrillo. Brossier le había dado una gabardina vieja y una chaqueta de tweed que le habían venido muy bien: aquel año hizo mucho frío a principios de invierno; luego, cuando nevó, el tiempo templó un poco.

El restaurante parecía un refectorio porque las mesas eran grandes y se sentaban a ellas de ocho en ocho o de diez en diez; en todas las mesas había una etiqueta con el nombre de quien la atendía. Louis se sentaba en la mesa «Gisèle». Por nueve francos, tomaba un primero, un plato de carne con verdura y postre; y vino de la jarra, a discreción. En las paredes, un fresco que representaba un paisaje de Saboya, provincia de la

que era oriundo el dueño.

Louis cruzaba unas cuantas frases de cortesía con sus compañeros de mesa, hombres en su mayoría, vecinos del barrio unos y taxistas otros. Tomaba un café y le gustaba quedarse un rato con toda aquella gente entre el humo y el olor a cocina que les impregnaba la ropa. En la oscuridad de la noche, iba por la calle de La Croix-Nivert hasta el bulevar de Grenelle.

En el cruce, debajo de la pasarela del metro elevado, el estruendo de los autos de choque ahogaba la música de un altavoz. Se quedaba un rato junto a la pista, mirando las pértigas que corrían por el techo entre una estela de chispas y los autos de color rosa, verde claro o morado. Luego seguía andando por el terraplén hasta el Sena.

Más adelante, cuando Roland de Bejardy le habló de su padre, se acordaba de cómo se le encogía el corazón siempre que pasaba delante de las escaleras de la estación de metro antes de llegar al andén. A la izquierda, unas edificaciones nuevas se alzaban en el solar del Velódromo de Invierno, donde sabía que su padre había participado en carreras. Y las noches en que estaba de turno en la oficina de Bejardy y miraba, para pasar el rato, las colecciones antiguas de periódicos deportivos encuadernados y pegaba en un álbum los artículos que mencionaban el nombre de su padre entre los de otros corredores del Velódromo, volvía a verse solo, ante los edificios que lo habían sustituido, con el estruendo del metro por encima de la cabeza y la impresión de no ser sino una mota de polvo en el polvo del bulevar de Grenelle. Sin embargo, una presencia flotaba en el aire.

Los ojos de Bellune, de pie ante la ventana, se posaron en ella en el preciso instante en que estaba cruzando la calle y la fueron siguiendo por unos momentos. Luego se desvaneció entre la muchedumbre de Les Champs-Élysées.

Iba avenida abajo y, como estaba empezando a llover, se metió en los soportales del Lido. Se iba parando delante de los escaparates del pasaje. Una mujer le dio un empujón cuando salía de una tienda y, más allá, se cruzó con un hombre que le sonrió. Dio media vuelta, empezó a seguirla y le dirigió la palabra en el momento en que iba a salir de la galería.

—¿Está sola? ¿Quiere que vayamos a tomar algo?

Ella desvió la cara en el acto y apretó el paso hacia la avenida. El hombre quiso alcanzarla, pero se detuvo bajo el porche del Lido. La muchacha se alejaba y el hombre no le quitaba la vista de encima, como si quisiera tenerla al alcance de los ojos cuanto fuera posible. La gente salía del cine en grupos compactos. Él divisaba aún el pelo castaño y la espalda de la gabardina; la muchacha no tardó en confundirse con la demás gente.

Entró en Sinfonia. A esa hora, había muchos clientes. Se fue colando hasta el fondo de la tienda. Eligió un disco y se lo dio al vendedor para oírlo. Esperó a que quedase libre una cabina y se sentó al tiempo que se colocaba los pequeños auriculares. Un silencio acolchado. Se olvidó del bullicio que la rodeaba. Ahora deja que la inunde la voz de la cantante y cierra los ojos. Sueña que llegará un día en que no andará ya entre ese gentío y ese barullo que la asfixian. Un día en que podrá atravesar esa pantalla de ruido e indiferencia y no será ya sino una voz, una voz que destaque nítidamente, como la que está oyendo ahora mismo.

Al salir de la boca de metro de Iéna, iba avenida abajo hasta el Sena, siguiendo los jardines del Trocadéro. Bellune vivía algo más allá, en una de las calles perpendiculares al muelle de Passy.

La vivienda, en el último piso del edificio, tenía una azotea desde la que se veían los tejados del barrio, el Sena y la Torre Eiffel. Bellune había puesto unas tumbonas y una mesa al borde de la azotea, rodeada de una barandilla blanca que parecía la borda de un barco.

Las ventanas del cuarto de estar daban a la calle y los muebles consistían en una mesa larga, un sillón de cuero y un piano vertical. Por un pasillo se llegaba al dormitorio de Bellune. En la pared de la izquierda del pasillo, un cartelito del tamaño de una octavilla en que podía leerse:

ROSES D'HAWAII
VON
GEORG BLUENE
mit
GUSTI HORBER

Con las letras del título iban trenzadas guirnaldas de rosas. Encima, la foto en forma de medallón de un joven guapo y moreno en quien la muchacha reconoció a Bellune.

—¿Es usted?

Él no contestó. Al día siguiente, estaban cenando en el restaurante de la glorieta de L'Alboni —cenaban siempre en los restaurantes del barrio, como si a Bellune le diera miedo alejarse de su casa— y le dio unas cuantas explicaciones. A los veintitrés años, cuando vivía aún en Austria, escribió la música de esa opereta que tuvo un éxito tremendo en Viena, su ciudad natal, y luego en Berlín; pero quiso la mala suerte que el principio de su carrera coincidiese con la llegada de los nazis al poder. Pocos años después tuvo que salir de Austria e irse a Francia y no volvió a escribir música, contentándose con trabajar en la radio y en casas discográficas. Hablaba de todo ello con indiferencia, como si se estuviera refiriendo a otro hombre.

Después de la cena se la llevaba a veces a alguna sala de fiestas donde actuasen debutantes. Los números decepcionaban a Bellune, pero, por si acaso, se quedaba hasta el final. Una noche, en un local cerca del SacréCœur donde no había ningún cliente —calle de Le Chevalier-de-la-Barre para ser exactos: el nombre de la calle la había intrigado—, presentaron el espectáculo sólo para ellos. Bajo unos focos blanquecinos, un cantante rubio platino con un traje azul cielo sacudía la guitarra eléctrica y balanceaba la cabeza. Bellune, impasible, no le quitaba ojo. Luego, una morenita con un vestido de encaje blanco empezó a cantar una nana. Entre número y número, un presentador con aspecto de charlatán despistado contaba chistes. Una chica muy larga con la frente abombada y cara y busto de mascarón de proa interpretó unas endechas marineras. Y luego le tocó a una mujer rechoncha y gestera que les brindó unos números cómicos verbosos. La iluminación alternaba tonos naranja, ópalo y turquesa, y Bellune felicitó a los artistas. A ella esa velada la impresionó mucho.

Fue seguramente por mirar de reojo y a la luz de los focos a Bellune y que le resultara misterioso e incluso guapo y parecido al joven del medallón, ese mismo que había escrito en Viena la música de *Roses d'Hawaii*.

Acababa por preguntarse qué sería de ella sin Bellune y se sentía perdida cuando no lo tenía al lado.

Una noche en que regresaba de casa de él más tarde que de costumbre, había unos policías parando los coches y comprobando la identidad de sus ocupantes. Los vio de lejos, pero no se atrevió a decirle al taxista que la dejase bajar en el acto para no encontrarse con ellos.

Obedeciendo un gesto de un agente uniformado, el taxi aparcó pegado a la acera. Ella hurgó en el bolso para buscar el pasaporte y se lo alargó por la ventanilla abierta.

—Es usted menor…

El agente le hizo ademán de que se bajara. Pagó la carrera y el taxista, indiferente, le dio el cambio sin volverse siquiera.

La grillera estaba aparcada algo más allá, en el paseo lateral del bulevar de Berthier. La metieron dentro.

—Una menor…

—¿De qué edad?

—Diecinueve años.

En la grillera había dos hombres de uniforme y otro, gordo y rubio, de paisano. Éste estaba revisando el pasaporte.

—¿Vive en casa de sus padres?

—No.

—¿Es estudiante?

—No.

La puerta se cerró de golpe, el conductor giró y enfiló el bulevar de Berthier. Iba encajada entre los dos agentes de uniforme. El rubio gordo que iba de paisano, en el asiento corrido de enfrente, la miraba sacudiendo el pasaporte con desgana.

—¿Qué hacía en la calle a estas horas?

Ella no contestó. Por lo demás, el policía había hecho la pregunta con voz cansada, por guardar las formas, y no parecía interesado en la respuesta.

—Para un momento en la calle de Le Châtelier —le dijo al conductor.

Se metió el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta. La grillera entró en una calle pequeña, a la derecha,

frenó y se detuvo.

El rubio gordo se puso de pie y bajó. Como no había cerrado al salir, lo vio entrar en una casa en cuya puerta acristalada había adornos de hierro forjado. En la pared, un letrero luminoso indicaba: Residencia Gourgaud.

Por un momento, pensó en escaparse. Uno de los agentes de uniforme se había bajado también y paseaba arriba y abajo por la acera. El otro se había sentado enfrente de ella y había cerrado los ojos. Pero ¿cómo iba a poder recuperar el pasaporte? Y el agente de la acera le habría cortado el paso.

Se estaba quedando embotada. Había luz en las dos ventanas de la planta baja de la residencia Gourgaud y detrás de la ventana de la izquierda divisaba una planta de interior cuyas hojas anchas se pegaban al cristal como ventosas.

—¿Quiere un cigarrillo?

El agente le alargó el paquete. No aceptó.

—¿Cree que me van a retener mucho tiempo?

—No lo sé.

Se había encogido de hombros. Era joven, no pasaría de veinticinco años, con cara amodorrada, y daba caladas al cigarrillo de forma solapada, apretándolo entre el pulgar y el índice.

El rubio gordo salió de la residencia Gourgaud con otro hombre, muy alto y que llevaba un bastón en la mano. En el acto, como si tuviera que dejarlos solos, el agente de uniforme que paseaba arriba y abajo se subió a la grillera y se sentó al lado de la muchacha. Los dos hombres, en la acera, hablaban muy alto y se reían a carcajadas. Ella oía retazos de la conversación. Hablaban de un tal Paul.

Seguían la charla, apartándose a ratos de la grillera y cada vez que lo hacían ella se preguntaba si iban a volver. A lo mejor se habían olvidado de ella. A su lado, los dos agentes de uniforme dormitaban. Otra vez andaban paseando el rubio gordo y el otro hombre por delante de la grillera, hablando muy alto.

Se dijo que aquello iba a durar toda la noche y que se iba a quedar dormida, igual que los dos agentes. Pero el rubio gordo se asomó a la ventanilla.

—Puede bajar.

El otro hombre estaba a pocos pasos, apoyado en el bastón.

—Todavía no le voy a devolver el pasaporte. Vaya mañana a las dos a buscarlo. ¿Está claro?

Le dio las señas de una comisaría del distrito diecisiete.

Andaba de frente, sin atreverse a mirar atrás, con la seguridad de que los dos hombres la seguían con la vista. Cuando llegó a la avenida de Villiers, oyó el motor de la grillera, que pasó ante ella como una exhalación.

Había un café abierto aún en la plaza de la puerta de Champerret y quería llamar por teléfono a Bellune para contárselo todo, pero no se sintió con valor para pedir una ficha en la caja.

La brecha del bulevar Bineau. Había llegado a una explanada, en las lindes de la ciudad.

Bastaba con meterse por esa brecha del bulevar, en dirección a Neuilly, y sería como salir de un tirón del pantano y llegar a mar abierto.

Pero cruzó el patio del gran bloque de edificios de la izquierda y subió las escaleras. Ya en su cuarto, se echó en la cama y se quedó dormida en el acto, sin desnudarse ni apagar la lámpara de cabecera.

Louis se despertó sobresaltado. Estaban llamando con golpes muy fuertes a la puerta de su cuarto.

—¡A levantarse!… Soy Brossier… Lo espero abajo…

Se vistió a toda prisa y, sin peinarse siquiera, bajó las escaleras. Brossier estaba apoyado en el mostrador de recepción.

—Me lo llevo a desayunar.

En la calle, todavía era de noche. Las siete apenas. Entraron en un café de la calle de Vaugirard, donde el camarero estaba acabando de colocar las sillas alrededor de las mesas.

Brossier mojaba las rebanadas de pan untadas de mantequilla en el café con leche y se las zampaba con una voracidad que tenía asombrado a Louis. Llevaba un sombrero nuevo del mismo modelo que el otro y con la misma pluma chamuscada. También el abrigo parecía nuevo: un loden.

—No está mal el abrigo, ¿eh?… Le haría falta uno igual… No puede llevar toda la vida mi gabardina vieja… Perdone que lo haya despertado tan temprano, pero me vuelvo a marchar otros cinco días… Al sudoeste… Cuando regrese me ocuparé de lo suyo…

Le metió en la mano unos billetes doblados en cuatro.

—Para sus gastos… Y no se le olvide que cuando vuelva empezará a trabajar. Le presento al amigo de

quien le he hablado…

Miró el reloj de pulsera con expresión preocupada.

—Si quiere ponerse en contacto conmigo, puede dejar un recado en el Hotel Muguet de la calle de Chevert, en el distrito siete… Me lo harán llegar… Hotel Muguet… Invalides 05-93…

Anotó en un trozo de papel el número de teléfono.

—Digamos que volvemos a vernos dentro de cinco días, a la misma hora, en la avenida de Duquesne, en L'Alcyon de Breteuil…

¿Qué iría a comprar o a vender al sudoeste?, se preguntaba Louis. Neumáticos, a lo mejor. Esa idea le hizo gracia. Sí, neumáticos.

—¿Estuvo un año trabajando en Paris-Parfum de la calle de Vignon? —preguntó el rubio gordo.

—Sí.

—¿Y por qué ya no trabaja allí?

Ella agachó la cabeza y se dio cuenta de que tenía una carrera en la media.

—Les he llamado por teléfono. Se portaron muy bien al no ponerle una denuncia. A fin de cuentas, no es nada tan terrible a su edad eso de birlar unas cuantas barras de labios. No…, no… No se preocupe.

Le asomaban a la voz inflexiones suaves.

—¿Sabía que su madre figuró hace tiempo en el Registro de Penados?

El Registro de Penados. ¿Qué era eso? Él le alargó una hoja de papel donde figuraban su apellido, su nombre y su fecha de nacimiento, junto con la mención: «Padre desconocido». Más abajo, el nombre y el apellido de su madre. Leyó frases al azar: «… La interesada vivía de trapicheos… mujer galante… mercado negro… Amante de Pacheco durante la ocupación alemana… Los servicios del muelle de Gesvres la interrogan en septiembre de 1944… Fallecida en Casablanca (Marruecos) el 14 de febrero de 1947, a la edad de treinta y dos años…»

—Tenemos buena memoria…

Apoyaba el codo en la funda de plástico negro de la máquina de escribir y le sonreía amablemente. Pero a ella la asustaba esa sonrisa y le dolía la carrera en la media como una herida que le hubiese impedido salir huyendo.

—Ahora le toca a usted —dijo el rubio gordo.

Ella cruzó el vestíbulo de la estación y entró en una de las salas de espera. No había nadie. Se sentó y se puso a hojear una revista intentado controlar los nervios.

Al cabo de un rato entró gente y se sentó. Era la hora punta. Los trenes de cercanías sueltan oleadas de viajeros mientras la muchedumbre de quienes han pasado el día en París se agolpa en los andenes de salida, y esa actividad de reloj de arena dura hasta las ocho de la tarde.

Le habría sido fácil perderse entre esa aglomeración, burlar así la vigilancia del rubio gordo y de los otros dos y subirse a cualquier tren. Pero uno de los policías de paisano entró en la sala de espera, se sentó junto a la puerta y, sin hacerle caso, se abstrajo en el acto en un periódico.

No tardaron en estar ocupados todos los asientos. Ella miraba alrededor, evitando detener la vista en el policía de paisano. Caras agotadas de personas que esperaban su tren. De una mujer brotaba un olor a polvos que se mezclaba con el del tabaco frío. En la pared del fondo, un cartel con los colores blanco y azul cielo: un esquiador resbalaba, solo, por una gran extensión de nieve que resplandecía al sol. Y ponía: VACACIONES EN ENGADINA.

Fuera, un hombre pegaba la frente a la puerta acristalada. Ella se preguntaba si podría salir alguna vez de aquella pecera. Alguien que estaba a su lado se puso de pie y salió de la sala de espera. El hombre la miraba desde detrás del cristal. Tras titubear un momento, fue a sentarse en el asiento vacío y el faldón del abrigo le rozó la rodilla a la muchacha.

—¿Tiene hora?

La voz, muy aguda, contrastaba con la cara cuadrada y el pelo cortado a cepillo. Llevaba corbata de pajarita.

Antes de contestarle, le lanzó una mirada rápida al policía de paisano, quien le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza.

—¿Qué tren espera? —le preguntó el hombre.

—El de Cherburgo de las nueve.

—Yo también. Qué coincidencia… ¿Quiere que tomemos algo? Tenemos casi una hora por delante…

Tenía la voz cada vez más aguda, pero también una forma curiosa de moldear las palabras, como si las impregnase de vaselina con los labios.

—Si usted quiere…

El hombre andaba deprisa sin dejar de mirarla. El policía de paisano los iba siguiendo a unos cuantos metros, por un lateral.

—Si le parece podemos tomar una taza de té fuera de la estación. Sé de un sitio tranquilo…

Era de noche. El hombre abrió la puerta de un coche. Un DS 19. Dijo con tono seco:

—No está lejos, pero llegaremos antes en coche…

Iba calle de Amsterdam abajo.

—¿Es usted… estudiante?

—Sí.

—¿Qué estudia?

No sabía qué contestar.

—Inglés…

Las manos del hombre en el volante. Unas manos algo gruesas y blancas, sin rastro de vello. Llevaba alianza. Antes de sentarse en el coche se había quitado el abrigo y lo había doblado primorosamente. El traje era azul marino y la pajarita tirando a gris.

Iba por la calle de Saint-Lazare y giraba la cabeza a derecha e izquierda.

—Menudo barrio… No me gusta este barrio…

Fruncía los labios.

—Mire… Es asqueroso.

Bajo el arco de la calle de Budapest había una mujer esperando y, detrás, un grupo de hombres parados en la puerta de un hotel.

—¿No le parece que es asqueroso?

Añadió, al no decir ella nada:

—¿Se imagina que fuera usted una chica así? Asqueroso, ¿verdad?

Se estaba metiendo por la calle de Londres.

—Se dedican a eso que llaman ojeo…, pobres chicas…

—¿Está lejos ese sitio?

—No. Aquí mismo. Pobres chicas…

Ella decidió que en el siguiente semáforo iba a dejarlo plantado. Él giró de golpe a la izquierda en una callejuela desierta y muy estrecha que tenía pinta de ser una calle privada. Se paró. Ella intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Espere un momento… Quiero enseñarle algo.

Ella volvió a hacer fuerza, nerviosa, en la manivela de la puerta y le dio un golpe con el hombro al cristal.

—No, no… No se moleste… He cerrado con llave… Espere…

Se había dado la vuelta y cogió en el asiento de atrás una cartera negra. La abrió, sacó un álbum grande encuadernado en cuero marrón y volvió a poner la cartera negra en su sitio.

—Mire… Fíjese…

Abrió el álbum. En sus páginas, primorosamente pegadas, fotos «especiales», de esas que vendían antes bajo cuerda en el bulevar de Clichy dos mellizos de cara roja y picada de viruelas. Pasaba las páginas con dedos cautos, como si fueran las hojas de un misal.

—¿Sabe?… La que prefiero… es… ésta…

Una mujer de perfil, con un antifaz negro, le chupaba el pene a un hombre sin rostro.

—¿Le gusta?

Había soltado el álbum. La agarró por la nuca. Ella se resistía, pero él apretaba cada vez más. La aplastaba con el hombro derecho contra el respaldo del asiento, alargaba el brazo izquierdo y abría la guantera.

—Espere… Tengo que tomar precauciones.

Le enseñaba, a pocos centímetros de la cara, un preservativo a medio desenrollar.

—No le importa, ¿verdad? Me dan miedo las enfermedades…

La apretaba cada vez más y ella intentaba liberarse. Consiguió tenderla en el asiento y notó su peso.

—Acabamos enseguida… No se mueva…

La muchacha ya no veía nada, sólo la corbata de pajarita tirando a gris que le temblequeaba pegada a

los ojos.

—No se mueva… No tardamos nada…

Pero alguien estaba abriendo una de las puertas. Alguien sacaba al hombre del coche por el cuello de la chaqueta. Ella se incorporó y el rubio gordo la ayudó a salir.

Tenían al hombre acorralado contra una pared, entre los cierres metálicos echados, y, como gesticulaba, uno de los policías de paisano le daba reveses con regularidad. Lo llevaron a rastras hasta su coche, que tenían aparcado a la entrada de la calleja.

—Voy ahora mismo —les gritó el rubio gordo mientras los otros dos metían al hombre a empellones en el coche.

Luego, con expresión algo apurada, se acercó a la muchacha.

—Se acabó. Vamos a tomar algo, si quiere…

La puerta del DS 19 se había quedado abierta. La cerró después de recoger algo del asiento.

—Se ha dejado olvidado esto…

El rubio gordo le enseñó la corbata de pajarita y se la metió en el bolsillo.

Se sentaron en una mesa, en un café de la calle de Londres que caía cerca.

—¡Dos Kir! —pidió el rubio gordo.

Ella se bebió el suyo de un trago.

—Tómese otro.

Se había sacado del bolsillo la corbata de pajarita y, mientras la sobaba, le dio unos cuantos detalles acerca del hombre que él y sus colegas acababan de detener «gracias a su colaboración». Un ingeniero de BoisColombes… Habían tardado tres meses en identificarlo. Casi había matado a una alemanita el muy cabrón.

Ella apenas lo escuchaba, conmocionada aún por lo que acababa de pasar. Y los dos Kir que se había tomado uno detrás de otro contribuían a aturdirla.

—¿Otro Kir? Vamos…, tome otro, conmigo.

Estaba seguro de que el asunto acabaría en la estación de Saint-Lazare. Una experiencia antigua, de los tiempos de sus comienzos en una comisaría del barrio. Saint-Lazare es el lugar más bajo de París, un hoyo, algo así como un embudo donde todos acaban por caer. Basta con esperar. Y cuando ya están chapoteando en lo hondo de la ciénaga de Saint-Lazare, caen en las redes. Y listo.

—Mañana hará la declaración… Se le va a caer el pelo al tío ese… Y le devolveré su pasaporte.

Se estaba poniendo de pie premiosamente.

—En las mismas señas, ¿eh?, para la declaración… Mañana a las dos en las dependencias policiales de Galvani… Y, luego, borrón y cuenta nueva…

Sonrió vagamente y salió del café con paso ágil. Se había dejado olvidada encima de la mesa la corbata de pajarita y ella no conseguía dejar de mirarla.

A fin de cuentas, todo aquello no tenía la menor importancia. Ni siquiera pensaba contárselo a Bellune. Pidió otro Kir. Detrás de ella alguien estaba jugando al billar eléctrico y le llegaba la voz del cantante que le gustaba y que ese año sonaba en todas las juke-box, una voz blanca y sorda, ni de hombre ni de mujer, una voz empapada como una esponja de humo, de los campanilleos de los billares, de los susurros de las conversaciones, de los bufidos de la máquina de café y de la oscuridad de la noche, más allá, en la plaza, donde brillaban las cristaleras del Royal Trinité.

Sólo importaba una cosa. Iban a devolverle el pasaporte.

Por fin Bellune le presentó una tarde, en su despacho de la calle de Berri, a dos hombres: uno obeso y casi calvo, que llevaba en la mano una cartera negra, y otro de pelo rubio y rizado y mejillas chupadas: Berne y Sardy, letristas y compositores. Habían escrito cuatro canciones para ella y Bellune les presentó los contratos de edición musical, que ellos firmaron.

Se pasó la semana siguiente estudiando esas canciones con un pianista austriaco que le hacía a Bellune a veces de secretario y había conocido en los tiempos de *Roses d'Hawaii*. Cuando ya se las supo, Bellune decidió la fecha de las sesiones de grabación.

La acompañó al estudio. Grabó las canciones en dos tardes. Luego, Bellune mandó prensar discos testigo, «flexibles», como decía él, donde estaban grabadas las cuatro canciones. Ella las oía por la noche, en casa de Bellune, y le costaba hacerse a la idea de que poniendo un disco en el tocadiscos iba a oír su voz, su propia voz. Bellune le daba ánimos repitiéndole que su voz sonaba afinada y que no tardaría en firmar el contrato. Una de las canciones se llamaba «Los pájaros vuelven», y el estribillo de otra empezaba: «Arrojé el corazón

a las olas.»

Quiso llevar personalmente uno de los «flexibles» de las canciones y ella se quedó esperándolo cerca de la discográfica, en una callecita que corría a lo largo del lateral del Gaumont-Palace.

Al volver, le dijo que la «máquina estaba en marcha» y que seguramente le darían una contestación positiva dentro de una semana. Entonces firmaría el contrato.

Decidió volver a pie a su despacho y fueron por el bulevar de Les Batignolles, por la acera del sol. Bellune iba callado y parecía preocupado. Ella le hizo varias preguntas a las que no respondió. Acabó por preguntarle si tenía algún quebradero de cabeza.

—Que no, que no, de ninguna manera…, nada en absoluto…

Al llegar al cruce, tiraron por la izquierda, por el bulevar de Malesherbes, y Bellune, que iba mirando distraídamente las fachadas de los edificios, se detuvo de pronto ante un palacete diminuto cuya puerta y cuya única ventana daban al inmueble aspecto de casa de muñecas.

—Anda…, qué curioso…

El acento, muy leve, con que solía hablar en francés, y que no se notaba de verdad más que cuando decía el nombre de ella: Odile, era más marcado. Ella estaba a su lado y miraba también la casa sin entender qué le había llamado la atención.

—Es muy curioso… ¿Sabes lo que había aquí hace tiempo? El consulado general de Austria.

—¿Ah, sí?

—Sí…, el consulado general de Austria…

Se ensimismaba en un recuerdo. Le había puesto la mano en el hombro con un gesto muy suave y dijo como se le habla a un niño:

—Un día me presenté aquí… El primer año en que viví en París. Ya no existía Austria. Y, sin embargo, aún había un consulado general de Austria…

Bajaba la voz igual que alguien que le leyese a una niña *Las desgracias de Sophie*[2] con tono confidencial para cautivarla mejor.

—Así que entré en esta casa que era el consulado general de Austria… Y me explicaron que había perdido la nacionalidad austriaca… Liquidado…, sin pasaporte ya… Entonces me fui al parque Monceau y me senté en un banco…

La cogió del brazo y, tras una última mirada a la fachada negra de aquella casa, se la llevó hacia la verja del parque.

Se sentaron en un banco, cerca del arenero donde jugaban unos niños. No tenía pinta de querer meterse de momento en su despacho.

—Deberíamos quedarnos un rato al sol…

—Buena idea, Odile.

La historia que acababa de contarle Bellune le parecía un poco confusa y le habría gustado que le diera más detalles, pero él se había echado hacia atrás en el banco y, con los ojos cerrados, dejaba que le diera el sol en la cara. A Odile le habría gustado saber, por ejemplo, si se había sentado en el mismo banco en la tarde aquella, tras la visita al consulado general de una Austria que ya no existía.

Llamó al timbre varias veces. Nadie. Como tenía llave del piso, abrió.

Lo llamó, pero él no contestaba. El piso estaba silencioso. Bellune debía de haberse demorado en el despacho.

En la mesa del cuarto de estar, un sobre grande. Llevaba su nombre escrito con tinta roja. Lo abrió. En el sobre estaban los «flexibles» que quedaban de sus dos canciones y una carta.

«Mi querida Odile: Cuando leas esto ya habré terminado con la vida en una habitación del Hotel Rovaro, en la avenida de Les Ternes. Viví en ese hotel hace mucho. Acababa de llegar de Austria. Pero sería muy largo de explicar y no quiero aburrirte.

Por lo que respecta a tu disco, soy optimista. Ve a ver de mi parte a Dauvenne o a Wohlfsohn, Étoile 5052. Ellos se ocuparán del asunto.

Un beso; y, como decía una canción de mi juventud: *Sag'beim abschied leise "Servus"*.

Georg

No te quedes en mi casa, porque a lo mejor te incordian y te hacen preguntas.»

No se sentía ya con fuerzas para ponerse de pie y no apartaba la vista del piano, una parte de cuyo teclado brillaba con un rayo de sol. Se acordó de las tardes ante ese piano, con el austriaco anciano, secretario intermitente de Bellune, que le enseñaba las canciones e incluso le tocaba, para entretenerla, la obertura de *Roses d'Hawaii*. Se quedó sentada en el sillón de cuero con el sobre grande en la mano.

Sonó el teléfono, pero no se movía. Un timbrazo tras otro, mucho rato; luego, en el silencio, el rayo de sol resbalaba por la moqueta gris.

Volvió a sonar el teléfono. En esta ocasión, lo cogió.

—¿Diga?

—¿Quién está al aparato?

Era una voz masculina, nerviosa.

—Una… una amiga del señor Bellune.

—Espere…, no se retire por favor…

El hombre hablaba con alguien. Oía un murmullo de voces.

—¿Oiga?… ¿Es el domicilio del señor Bellune?

Una voz más apagada que la primera. Odile colgó. Iba bordeando los jardines del Trocadéro. Todas las noches tomaba el mismo camino y llevaba dos meses haciéndolo. Los jardines. El muelle. El arco del puente de Bir-Hakeim Se acordaba del acuario del jardín, que había ido a ver con él y de las escaleras que subían para llegar al bulevar de Delessert. Él le había comentado que aquel barrio estaba construido, a varios niveles, en la ladera de una colina, lo que le proporcionaba un encanto peculiar. Y de las noches en la azotea, aquellas pocas noches de diciembre tan curiosamente tibias después de las nevadas, aquellas noches en que intentaban que se les revelase el secreto de las ventanas y las terrazas próximas.

En un café pidió una guía de teléfonos y buscó la dirección del hotel; luego fue avenida de Les Ternes arriba.

Cuando llegó a ese número de la avenida, vio una ambulancia y un furgón de policía, aparcados junto a la acera, y a varios agentes de uniforme que charlaban entre sí. Estaban delante de un porche por el que debía de entrarse al hotel. Dos hombres salían del porche y Odile dio media vuelta de golpe. Había reconocido a uno de ellos: el rubio gordo de la otra vez que la había usado de cebo en la estación de Saint-Lazare. La semana anterior había ido a las dependencias policiales de Galvani para firmar la declaración y le había devuelto el pasaporte.

Corría sin atreverse a mirar atrás, por temor a comprobar que el rubio gordo la perseguía, igual que esas moscas azules y brillantes de las que no puede uno librarse y se pegan a la cara o a las manos. Tuvo la seguridad de que si aquél andaba rondando por allí, quería decir que, desde luego, Bellune estaba muerto.

Está sentada en una mesa del cafetín, en el paso elevado que une la estación de Saint-Lazare con el Hotel Terminus. Mira por los cristales la calle y a la gente que sale de la estación y espera en la parada de taxis. La idea inconcreta de coger el tren, de irse de París lo antes posible, le ha guiado los pasos hasta ahí y se acuerda del comentario del rubio gordo: siempre acaba uno por ir a parar a lo hondo del hoyo de la estación de Saint-Lazare.

Es de noche. Un ir y venir monótono del vestíbulo central al cafetín. La gente bebe algo deprisa y corriendo y se encamina a los trenes de cercanías. Abajo, se van metiendo por turno en los taxis, pero la cola sigue siendo igual de larga. Sólo ella está inmóvil entre todo ese bullicio.

Ha pedido un Kir, como la vez anterior con el rubio gordo. Se le olvida qué hace allí. Le da vueltas la cabeza por todo ese chorreo de personas que se sientan, se levantan, y por el alboroto del vestíbulo central. ¿Cuánto tiempo lleva sin dormir? Ya no ve a su alrededor sino siluetas borrosas, manchas grandes que se mueven, mientras un zumbido de insecto que nota en el oído va cubriendo poco a poco todos los demás ruidos.

Brossier había bajado la ventanilla del compartimiento y asomaba la cabeza.

—Le llamo al Hotel Langeac pasado mañana, Louis…, a eso de las cinco.

El tren arrancaba. Brossier, asomado a la ventanilla, alargaba con ademán imperativo los cinco dedos de

la mano. Seguramente quería decir: «A las cinco.»

Louis volvió al vestíbulo central. Era ya tarde para ir a cenar a la calle de La Croix-Nivert. Se encaminaba hacia las escaleras de salida de la estación cuando se fijó, a la izquierda, en el cafetín situado en el paso acristalado. Entró en él, se sentó a una mesa y pidió un café con leche con dos rebanadas de pan.

Era el único cliente porque era ya una hora avanzada. Con la excepción, en una mesa del fondo, de una muchacha que parecía dormir apoyando la frente en el brazo doblado. Louis sólo le veía el pelo castaño.

La luz del cafetín era de un amarillo un tanto turbio, como si el aliento de todos cuantos acudían allí en las horas punta la hubieran desgastado o manchado. Sólo relucía con un brillo límpido el cristal negro junto al que estaba pegado en la pared un cartel. Podía leerse en él: VACACIONES EN ENGADINA.

Mientras se comía el pan con mantequilla, no podía apartar la vista de aquella melena que se extendía por la mesa. Apenas se veía el codo, la frente y la mano. Ni el mínimo movimiento, ni la mínima señal de respiración. A lo mejor estaba muerta.

Se estaba bebiendo el café con leche. El camarero había salido del local y ahora reinaba un silencio que alteraba apenas el ruido del motor diésel de los taxis abajo, en la estación, y el golpeteo regular de las puertas. En la mesa, cerca de la melena de la muchacha, un vaso lleno a medias de un líquido de un color que hizo que Louis se preguntase si no sería granadina.

Volvió el camarero y empezó a colocar las sillas boca abajo encima de las mesas. Era hora de cerrar, Louis abonó la consumición.

—¿Está dormida?

El camarero le indicaba a la muchacha desplomada encima de la mesa. Tras titubear un momento, fue hacia ella y la sacudió por el hombro. Ella alzó la cara despacio.

—¡Vamos a cerrar!

La muchacha guiñaba los ojos sin entender. A Louis le llamó la atención lo pálida que estaba. Ella rebuscó en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas que puso en la mesa. El camarero las contó.

—Faltan tres francos.

Volvió a rebuscar en los bolsillos, con expresión acorralada, pero no encontró nada. Louis se levantó y dejó un billete de cinco francos encima de la mesa.

—Gracias.

El vestíbulo central estaba desierto. Louis la iba siguiendo. Ella andaba cada vez más despacio y le daba miedo verla caer. Por fin se sentó en un banco, cerca de las taquillas.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Louis.

—No muy bien… Tengo miedo de caerme redonda.

Se sentó a su lado.

—Puedo echarle una mano si quiere…

—Gracias…, espere un poco… Se me pasará…

Al fondo del todo de la terraza del café restaurante grande, un grupo de soldados de permiso cantaba, interrumpiendo todos los estribillos con berridos o carcajadas. Algunas personas iban despacio como sonámbulas hacia los andenes de salida. Louis se acordaba del gentío de hacía un rato, cuando había ido a despedir a Brossier. Cuando bajó la marea, sólo quedaban ya en ese vestíbulo inmenso y vacío él, aquella muchacha y los soldados de permiso, más allá, varados como montones de algas.

La ayudó a ponerse de pie y la sostuvo agarrándola del brazo. Según iban bajando las escaleras, notaba la presión de su mano. Estaba más pálida aún que en el vestíbulo, quizá a causa de la luz de los tubos de neón. La llevó hasta la parada de taxis. Por suerte no había nadie haciendo cola.

Ella susurró tan bajo las señas que fue él quien le dijo al taxista: «Puerta de Champerret.»

Apenas se tenía de pie en el ascensor y la cogió del brazo para recorrer el pasillo. Ella le indicó la puerta de su cuarto y le dio la llave y a él le costó abrir, porque había que meterla sólo a medias en la cerradura. Ella se desplomó en la cama.

—¿Quiere comer algo? —dijo Louis.

—No, gracias.

Tenía la cara tan pálida que él se preguntó si debería llamar a un médico.

—… Ya me siento mejor…

Le sonrió débilmente.

—¿Puede quedarse un ratito conmigo? Hasta que me sienta mejor aún…

—¿Cómo se llama?

—Odile.

Él se sentó en el borde de la cama. Odile cerraba los ojos y los abría tras intervalos cada vez más prolongados. No tardó en quedarse dormida.

¿Y si fuera a comprarle algo de comer o de beber? Los cafés aún estaban abiertos en la puerta de Champerret seguramente. Pero podía despertarse mientras él no estaba. Se dio cuenta de que a Brossier se le había olvidado darle suficiente dinero antes de irse. Sólo le quedaban dos billetes de cinco francos.

Ella dormía con la mejilla derecha pegada a la almohada. Le quitó las botas, que llevaban una cremallera a un lado. Era una habitación diminuta. Sólo había paso entre la cama y el lavabo. Vio en las paredes las fotos de los cantantes y, encima del lavabo, el calendario de taco, con fecha del cuatro de enero. Arrancó las hojas atrasadas mecánicamente. Estaban a doce de enero.

¿Por qué estaba la ventana de par en par? Quiso cerrarla. El radiador calentaba mucho y buscó con la mano la llave, para regularlo. Entonces lo entendió todo y volvió a abrir la ventana.

Tenía hambre. ¿Cómo vivir cinco días con diez francos? Se tendió junto a ella y apagó la lámpara de cabecera.

Odile rebuscó en los bolsillos y juntó tres billetes de diez francos y dos francos con ochenta y cinco.

A media tarde, Louis daba la vuelta a la manzana y compraba un litro de leche, pan y jamón en lonchas. Llamó por teléfono al Hotel Muguet y le dijeron que Brossier no regresaba hasta la semana siguiente.

Para no pasar demasiada hambre, dormían y se quedaban tendidos en la cama cuanto era posible. Perdían la noción del tiempo y si Brossier no hubiera vuelto no habrían vuelto a salir de aquella habitación ni de aquella cama donde oían música e iban poco a poco a la deriva. La última imagen del mundo exterior eran los copos de nieve que se pasaban todo el día cayendo en el marco de la ventana.

Louis le presentó a Odile a Brossier, que estaba esperándolos en una mesa del Royal Champerret.

—¿A qué se dedica? —preguntó Brossier.

—Estoy preparando un disco.

—¿Un disco? Debe de haber mucha competencia ahora mismo…

Se volvió hacia Louis:

—A él vamos a intentar proporcionarle una buena posición. Espero que esté a la altura…

Había adoptado un tono falsamente paternal que les resultó desagradable a ambos y cruzaron una mirada. Louis tuvo la seguridad de que estaban pensando lo mismo de Brossier. Éste clavó en Odile una mirada que quería claramente que resultara seductora.

—Yo también, de muy joven, soñaba con tener una profesión artística…

Sonreía, a punto de meterse en confidencias.

—Fíjese, conocí a un hombre que me animó en ese sentido… Un hombre notable… Me matriculó en unas clases de arte dramático… Por desgracia no era algo que pudiera salir adelante… Me parecía demasiado a un actor que se llamaba Roland Toutain…

Tomó aliento despacio para destacar más la importancia de lo que estaba diciendo.

—En el fondo, es lo único que me habría interesado de verdad… Así que… ¿van a vivir juntos? ¿Allí…?

Señalaba el gran bloque de edificios que había al otro lado de la calle.

—Sí, vamos a vivir juntos —dijo Louis.

—Qué hermoso, a su edad… Contigo pan y cebolla, ¿verdad?

Se quitó el sombrero tirolés y lo puso encima de la mesa. Era de un verde algo más oscuro que los otros, casi azul. Debía de tener todo un surtido de sombreros.

—Yo tampoco me preocupaba gran cosa a su edad… Ya se lo contaré algún día…

Odile, que hasta entonces había tenido una cara impasible, daba muestras de impaciencia. Es posible que Brossier se diera cuenta. Irguió de pronto la cabeza.

—Oiga, Louis… He quedado con mi amigo Bejardy… el jueves a las tres… en su casa… Debería afeitarse, muchacho…, va hecho un vagabundo…

El piso estaba en el muelle de Louis-Blériot, en un grupo de edificios al que se podía llegar también por la avenida de Versailles. Cuando llegaron a la tercera planta, le llamó la atención a Louis, junto al timbre, una plaquita de mármol que tenía, grabadas en caracteres dorados, las letras: R. de B.

—¿Qué quieren decir? —le preguntó a Brossier.

—Roland de Bejardy.

Brossier llamó. Un hombre moreno de estatura elevada y rondando los cuarenta abrió la puerta.

—Roland, te presento a Louis Memling… Roland de Bejardy…

—Encantado.

Los condujo al salón, una habitación amplia cuyas ventanas daban al Sena. Tras haberles indicado un sofá de terciopelo azul claro, se sentó detrás de un escritorio de estilo Luis XV.

—¿Qué edad tiene usted?

—Tiene veinte años —dijo Brossier, sin darle a Louis tiempo de contestar.

—Muy bien.

Bejardy lo arropaba con una mirada protectora. Ni un papel encima del escritorio, sólo un teléfono. Pero en la moqueta azul cielo había montones de carpetas apiladas.

—¿Tiene algún título? —preguntó Bejardy.

—No.

—Acaba de terminar el servicio militar —dijo Brossier.

—La verdad es que los títulos…

Y Bejardy barría la superficie del escritorio con el dorso de la mano. Tal y como se lo veía allí sentado, con rasgos enérgicos y regulares, pelo negro ondulado, el busto muy erguido en la chaqueta príncipe de Gales, tenía trazas de ser un abogado importante y a Louis le vino a la cabeza la expresión «abogado estrella». Quizá debido a la majestuosidad del mueble tras el que estaba y, sobre todo, a su voz grave.

—¿Le has dicho ya algo del tipo de trabajo que podría encomendarle?

—Todavía no.

—Pues se trata de lo siguiente; no tiene ninguna dificultad… Sería un trabajo de vigilante nocturno en un garaje…, cuando digo «vigilante nocturno»… En realidad sería un trabajo de… secretario… Habría que contestar al teléfono…, abrirles la puerta a los clientes…

—¿Qué le parece, Louis? —preguntó Brossier.

—Me parece bien.

—Bueno, pues puede empezar cuanto antes mejor —dijo Bejardy.

Así que no era un «abogado estrella» como podrían haber hecho creer las apariencias y la palabra «garaje» en sus labios había extrañado a Louis, como si fuera una nota desafinada. Ahora se esforzaba en imaginar a aquel hombre como director de un garaje.

—Empieza con… mil quinientos francos mensuales —dijo Bejardy.

—¿Le parece bien, Louis?

—Sí.

—Habrá primas, por supuesto —dijo Bejardy.

Se puso de pie y se los llevó al otro extremo del salón. Brossier le agarró el brazo a Louis y le susurró:

—¿Ha visto su escritorio, Louis? Es de un estilo Luis XV de lo más puro… Fíjese en las molduras…, en los protectores metálicos de las patas…, mire hacia abajo…, en forma de hojas de acanto…

Se sentaron en otro sofá de terciopelo azul claro. La bandeja con las bebidas estaba en el centro de la mesa baja, una mesa de laca negra de patas cortas y torneadas, china a lo mejor.

—¿Whisky? ¿Oporto?

Bejardy les alargaba las copas. Louis echaba ojeadas a su alrededor. A la derecha, una estantería ocupaba la pared, y en las baldas había libros de encuadernaciones gruesas y relumbrantes, la mayoría en cajas. Enfrente, encima de la repisa de mármol de la chimenea, la foto de una joven morena muy guapa en un marco de plata. ¿La mujer de Bejardy? ¿Aquel individuo era de verdad el dueño de un garaje? Louis no se atrevía a preguntárselo.

Por la puerta acristalada veía los muelles y el edificio blanco de la fábrica Citroën, en la otra orilla del Sena. Una grúa levantaba bloques de piedra. ¿Por qué aquel piso excesivamente lujoso de Bejardy y, en la orilla de enfrente, aquel paisaje de fábricas, de dársenas y de almacenes en una claridad grisácea? No, no era una casualidad que Bejardy viviera allí, y aquel hombre llevaba seguramente por dentro el contraste entre las encuadernaciones, las moquetas demasiado gruesas del salón y las casitas tristes de Javel.

—Se apellida Memling, ¿verdad?

—Sí…

—¿Tiene usted algún parentesco con Memling, el antiguo corredor ciclista? El que se casó con una bailarina de Le Tabarin.

Louis titubeó un momento…

—Sí, éramos familia…

Lo movió la curiosidad por el sitio en el que había trabajado su madre y buscó las señas de Le Tabarin, pero en ese número de la calle de Victor-Massé se encontró ante una fachada ciega. Habían debido de convertir el antiguo music-hall en salón de baile o en taller de automóviles. Era una aventura igual a aquella en que iba por primera vez bulevar de Grenelle abajo y se disponía a contemplar el Velódromo de Invierno en recuerdo de su padre.

Así que los dos lugares que habían sido algo así como los centros de gravedad de la vida de sus padres ya no existían. Una sensación de angustia lo dejó clavado en el suelo. Se desplomaban despacio sobre su padre y su madre lienzos de pared, y esa caída interminable levantaba nubes de polvo que lo asfixiaban.

Esa noche soñó que París era un hoyo negro que sólo iluminaban dos resplandores: el Velódromo de Invierno y Le Tabarin. Unas mariposas asustadas revoloteaban por un momento alrededor de esas luces antes de caer al hoyo. Iban formando poco a poco una capa gruesa que pisaba Louis al andar, hundiéndose hasta las rodillas. Y no tardaba un sifón en aspirarlo, también él mariposa, junto con las demás.

A mediodía, había niños jugando en el patio. Oía sus gritos en un duermevela. Casi siempre, Odile se había marchado ya, porque andaba a vueltas con su disco. Desayunaba enfrente, en el Royal Champerret, donde iba Odile a buscarlo. Luego, la acompañaba a sus citas. Primero había ido a la casa discográfica que estaba en la parte trasera del Gaumont Palace, para verse con Dauvenne o con Wohlfsohn, como le había aconsejado Bellune. La recibió Wohlfsohn.

Escuchó el «flexible» hasta el final y le dijo, con voz muy suave, que «no encajaba en el marco de sus producciones», pero que le iba a dar una lista de empresarios, de directores de salas de fiestas y de personas de la radio o de otras casas discográficas a quienes podía interesarles ese «proyecto». Hizo la lista delante de ella, mirando de vez en cuando una guía para comprobar unas señas o un número de teléfono. Luego, dobló la hoja y la metió en un sobre.

—Tenga…, le doy también mi tarjeta… Diga que va de mi parte.

Se levantó y la acompañó hasta la puerta del despacho. Le estrechó la mano. Le dijo con tono emocionado:

—¿Conocía bien a Georges Bellune?

—Sí.

—Ha sido una verdadera lástima… Un tipo tan estupendo…

Seguía de pie, ante ella.

—Yo lo conocí en Viena… antes del diluvio…

Odile no entendía qué quería decir. ¿Antes del diluvio?

—Le deseo buena suerte…

Asomó la cabeza por el hueco de la puerta y repitió:

—Buena suerte…

A veces esperaban juntos en los asientos de una antesala a que la recibiesen. En general, la entrevista no duraba mucho y ella volvía a reunirse con él con expresión desalentada y los «flexibles» en la mano.

En los locales en que se quedaba solo mientras ella presentaba sus canciones, Louis hojeaba las revistas, amontonadas encima de unas mesas bajas igual que en la sala de espera de un dentista. Los discos nuevos y los éxitos recientes figuraban en ellas con todos aquellos nombres la mayoría de los cuales desaparecerían la temporada siguiente. Personas atareadas abrían puertas por las que salían ráfagas de música.

Una tarde en que estaba esperando de pie, en pleno pasillo, a que Odile hubiera acabado con las audiciones de su disco, le llegaba su voz, que sofocaba el tecleo de las máquinas de escribir, el zumbido de las conversaciones, el timbre de los teléfonos, y se preguntó si todo aquello valía para algo.

Llevaban mucho sentados en un vestíbulo amplio y, por las puertas entornadas, se veían despachos desiertos, cuyos ocupantes acababan de irse seguramente dejando en ellos un aire viciado y olor a tabaco. El reloj de pared que tenían delante marcaba las ocho.

—Te espero fuera —le dijo Louis—. Estoy en el café en enfrente.

Las ocho y diez. Odile no podía apartar la vista del reloj cuyo acero y cristal la deslumbraban. El silencio era tan profundo en aquella habitación que oía el leve chisporroteo del neón. Se levantó y se acercó a una de las ventanas. Oscuridad. Abajo, el río de coches corría por la avenida de La Grande-Armée y los cristales dobles ahogaban el ruido del motor. Al otro lado de la avenida, el café donde había quedado con Louis. ¿Le quedarían fuerzas para ir a reunirse con él? Llovía.

—El señor Vietti la espera.

Iba tras la secretaria por un pasillo de paredes blancas que iluminaba la luz fuerte de los tubos de neón, como en la antesala. La secretaria empujó una puerta acolchada de cuero y le cedió el paso.

Dos hombres, a ambos lados de un escritorio de madera en forma de arco. Uno de los dos se puso de pie. Cutis bronceado. Chaqueta de ante con flecos. Se encaminó a la puerta. Odile, que lo había reconocido, lo saludó tímidamente. Él le respondió con una sonrisa.

—Adiós, Frank —dijo el que seguía detrás del escritorio.

—Adiós…

Cuando salió el hombre aquel de la habitación, el otro le hizo una seña a Odile para que se acercase.

—¿Qué tal…?

—Bien —dijo Odile, algo impresionada.

—Sí, era Frank Alamo —dijo él como si respondiese de antemano a una pregunta—. Me gusta mucho lo que hace… Sobre todo «Allô Mademoiselle»…

Moreno, bastante joven, tan bronceado como Frank Alamo, a quien se parecía un poco, y ataviado con un terno azul marino de rayas, llevaba incluso alfiler de corbata. Encima del escritorio, cubierto con una placa de cristal, muchas carpetas y dos teléfonos.

—¿La envía Wohlfsohn?

A Odile la dejó sorprendida su voz suave. Lo habitual era que las personas que tenían despachos como aquél hablasen de forma perentoria.

—¿Quiere que oiga sus canciones? Pues las oiré con mucho gusto…

Hablaba casi en susurros. Odile sacó del bolso uno de los «flexibles».

—¿Ya las tiene grabadas?

—Sí. Me las hizo grabar alguien… Georges… Georges Bellune.

—¿Bellune?… El que…

Lo interrumpió el timbre del teléfono.

—No… No me pase ninguna llamada…

Colgó.

—Qué triste lo de Bellune. Creo que trabajó aquí una temporada. ¿Lo conocía usted bien?

—Sí.

Había cogido el «flexible» y lo estaba poniendo en un tocadiscos, cerca del escritorio. Luego se la llevó a un sofá grande gris.

—Estaremos mejor aquí… para oírlo.

Antes de sentarse a su lado fue a echar el cerrojo de la puerta acolchada de cuero.

Habían puesto el disco tantas veces que las canciones le parecían cada vez peores; y su voz, casi inaudible. Por lo demás, Bellune le había dicho que los «flexibles» se desgastan muy deprisa si se ponen demasiado en el tocadiscos. Como la vida, había añadido.

Odile esperaba con aprensión el momento en que se detuviera el disco. Tendría que levantarse y despedirse, como de costumbre. Le daba la impresión de que ella también estaba desgastada. Dejaba que se adueñase de ella el silencio y el confort de aquel despacho de tonos suaves: moqueta gris, madera clara, visillos de gasa en la cristalera, pantalla azul de la lámpara.

—Están muy bien estas canciones suyas… Muy bien… Claro que será algo difícil hacer un disco ahora mismo…

Le había puesto una mano en el hombro y Odile no se movía. Unos dedos delgados y con las uñas de manicura seguramente.

—Pero podría cantarlas en una sala de fiestas… Luego ya veremos… Me ocupo de eso mañana mismo… Se lo prometo… Mañana mismo…

Le estaba desabrochando la blusa y ella no oponía resistencia. Ahora estaba echada boca abajo y él tiraba de la falda y de las bragas y le acariciaba las nalgas. A Odile le daba asco acordarse de aquellos dedos demasiado cuidados. Miraba de frente, con la barbilla apoyada en el borde del sofá. Las luces de la avenida se desenfocaban a través de los visillos de gasa, igual que el contorno de los muebles y de las cosas. Fuera llovía. Allí por lo menos estaba resguardada. Bastaba con no moverse y, según una de las expresiones de Bellune que le gustaba mucho, disolverse en el entorno.

Si el individuo aquel pudiera ayudarla… Olía a una colonia cuyo aroma se le quedó a Odile en la memoria y más adelante, cuando recordaba aquella época, le volvía aquel aroma con el recuerdo de las esperas en las casas discográficas, del metro en hora punta, del vestíbulo de la estación de Saint-Lazare, de la lluvia y del radiador de su cuarto que calentaba demasiado porque la llave estaba estropeada.

La calle del garaje, bordeada de árboles, se abría ante Louis como una avenida que llevase a un castillo o a las lindes de un bosque. Según Bejardy, no se sabía si aquella calle era del distrito diecisiete, de Neuilly o de Levallois, y a él, a Bejardy, le gustaba esa falta de precisión.

Louis cenaba con Odile en un restaurante de la puerta de Villiers. En el rótulo ponía: À la Martinique. En las paredes, en unos azulejos, relumbraba un paisaje de palmeras, de arena y de mar del color de la esmeralda. A eso de las nueve se iba al trabajo.

No era en realidad un garaje, sino un almacén a cuyo costado se alzaba una edificación de color ocre desde cuya planta baja se entraba al almacén por una puerta de hierro. Una escalera de cemento llevaba a la habitación del primer piso, estrecha, pero muy profunda. Arrimados a las paredes, varios armarios acristalados contenían carpetas. Un escritorio ministerial presidía en el centro. Louis, pasando revista a los cajones, vacíos en su mayoría, encontró unas cuantas hojas de papel de carta con membrete de la Sociedad Parisina de Transportes Automóviles, en el 9 bis de la calle de Delaizement, y una tarjeta de visita vieja con el nombre de Roland de Bejardy, en el 3 de la avenida de Alphand, París, 16, Klé-08-63. Dos sillones de cuero. Un sofá. Y el teléfono encima del escritorio, un teléfono negro, un modelo antiguo de base redonda.

¿En qué consistía su trabajo? En abrir las puertas del almacén cada vez que oía el timbre. No era algo

que precisara un gran esfuerzo físico porque se corrían lateralmente con gran facilidad. Alguien se llevaba uno de los coches del almacén o traía otro. Algunas noches no venía nadie. Otras, tomaba nota de muchas idas y venidas. Siempre las mismas caras. Un moreno con bigotes. Dos rubios, uno de los cuales tenía el pelo rizado y cara de pepona. Un hombre de más edad que los demás con el pelo cortado a cepillo y gafas de montura metálica. Y otros más en los que Louis había dejado de fijarse. Volvía a cerrar las puertas tras pasar ellos. En el despacho, cogía el teléfono y unas voces —quizá las de los hombres que llamaban de noche— le comunicaban qué día y a qué hora necesitarían tal o cual coche, y Louis apuntaba esas indicaciones en una agenda que le enseñaba a Bejardy.

Al principio, muy intrigado, le hizo unas cuantas preguntas. Bejardy le explicó que se trataba de una empresa de alquiler de «coches particulares» de la que no tenía tiempo de ocuparse debido a sus demás «actividades». Louis se había fijado en que además de los coches americanos grandes había regularmente Mercedes de todo tipo: en cuanto alguien los metía en el almacén venían a buscarlos otras personas.

Pero con la rutina uno acaba por dejar de hacerse preguntas. Era un trabajo de vigilante nocturno y algo había que hacer hasta que fuera de día. Bejardy le había enseñado, en uno de los armarios, la colección de una revista deportiva. Y Louis, al hojearla, había encontrado fotos de su padre compitiendo en los Seis Días o en carreras de velocidad. Bejardy le había dado permiso para recortar las fotos. Entonces Louis compró un álbum para pegar aquellos recuerdos y también, por orden cronológico, cualquier artículo en que saliera su padre e incluso las listas de corredores en que apareciera su nombre.

Odile pasaba la noche con él, en el sofá, y en muchas ocasiones no habían cogido el teléfono. Le traía algo de comer, bocadillos o tabletas de chocolate. Hacían planes de futuro. Si consiguiera por fin grabar un disco o si la contratasen en una sala de fiestas, él ya no necesitaría trabajar allí. Pero por ahora ese sueldo de vigilante nocturno era la única fuente de ingresos de ambos.

Cuando estaba solo, recortaba las fotos y los artículos, los pegaba en el álbum y ponía las fechas con bolígrafo rojo. Evitaba hojear los periódicos del año en que sus padres se mataron en un accidente de coche, pero fue en el acto a ver el número que salió la semana en que nació él. Esa noche, en el Velódromo de Invierno, tras un bocinazo ronco, el locutor anunció que uno de los corredores, Memling, acababa de tener un hijo y se ofrecía una prima de treinta mil francos en nombre del recién nacido.

Le dejaban apenas tiempo para cantar algo entre un número de caucasianos que lanzaban cuchillos y un caricato que imitaba el canto de todas las aves. Vietti —el hombre de las uñas de manicura— estaba allí la primera noche. Le había hablado de ella al director de aquel restaurante y sala de fiestas de Auteuil; luego la había llevado a la puerta de Champerret a eso de la una de la mañana mientras le decía que no tardaría en conseguir que grabase un disco, pero que necesitaba algo de «rodaje».

Cuando salía al escenario llevaba una falda de satén de mucho vuelo y un bolero con incrustaciones de azabache; era un atuendo que le había prestado la dirección.

Brossier le había hablado de Odile a Bejardy, puesto que éste, una mañana, en el garaje, le preguntó a Louis por su «novia». Y cuando supo que Odile cantaba en una sala de fiestas, pareció hacerle gracia y decidió que no quedaba más remedio que ir a escucharla. Reservó una mesa de tres cubiertos para él, Brossier y Louis.

Bejardy había frecuentado ese local hacía tiempo. Según él, la decoración no había cambiado. Las mismas colgaduras de terciopelo oscuro en todas las paredes; los mismos cuadros, de los que gustaban en el siglo XVIII: retratos y escenas picantes.

—Me trajiste aquí una noche con Hélène y tu madre… —le dijo Brossier.

—¿Sí? A este local veníamos más bien en la época de la avenida de Alphand…

—Ni hablar…, fue con Hélène y tu madre… No debía de ser yo mucho mayor que usted, Louis…

Louis no atendía. Estaba pendiente, ansioso, de la aparición de Odile. Hasta entonces ella se había negado a que acudiera, por temor a que en su presencia le entrasen nervios. Pero Louis le había explicado que esa noche no le quedaba más remedio que ir con esos a quienes llamaba sus «jefes».

—Ha cambiado la clientela —fue la conclusión de Bejardy al pasear a su alrededor una mirada fría.

Miraba la carta. Blinis y caviar. Krug. Unos cuantos piroshki de entrada. No consultaba ni a Brossier ni a Louis. Con aquel pelo negro ondulado, aquella frente despejada y aquel busto erguido, brotaba de él una autoridad sosegada.

—No…, la clientela no tiene ya nada que ver.

En la mesa más próxima, unos indonesios, antes de empezar a cenar, inclinaban ceremoniosamente la cabeza.

—¿A su novia le pagan bien, al menos, en este local? —preguntó Bejardy.

—Creo que sí.

Louis, incapaz de tomar ni un bocado, apuraba, nervioso, una copa de champán.

—Venga…, hay que comer —dijo Bejardy, sirviéndole un blinis.

—Louis está preocupado por su novia —dijo Brossier.

—Nada, nada…, tengo la seguridad de que lo hace estupendamente…

Los bailarines del Cáucaso saludaban con una música entrecortada de fondo y la luz iba bajando. No quedaba ya sino un haz azul claro que iluminaba el centro del escenario. Silencio. Un violín. Apareció ella en el haz azul claro, un poco tiesa por culpa del bolero y del vestido largo de satén.

—¿Su novia? —preguntó Bejardy.

—Sí, sí…

Odile cantaba. Louis se sabía la canción de memoria y le daba miedo que a ella se le olvidase una palabra o que se interrumpiera de golpe. Se clavaba las uñas en las palmas de las manos y cerraba los ojos. Pero la voz seguía siendo límpida; Odile no parecía nerviosa y aquella rigidez suya tenía su encanto, sobre todo al final, cuando interpretó un éxito antiguo, «La canción de las calles»:

Nos habla de tristeza,
sueños y chascos de amor,
y de la pena que deja
el tiempo que ya marchó.

Saludó con una tímida inclinación del busto. Los escasos aplausos sin bríos de los indonesios quedaron ahogados con los «¡Bravo! ¡Bravo!» de Bejardy. Brossier saludó con el brazo y le hizo señas para que fuera a sentarse a su mesa. Odile se sentó junto a Louis.

—Te presento al señor De Bejardy —le dijo Louis—. A Jean-Claude Brossier ya lo conoces…

Bejardy se encogió de hombros.

—Llámeme Roland a secas…

Se inclinó y le besó la mano a Odile sin que quedase claro si había ironía en ello.

—Me ha gustado mucho… Sobre todo «La canción de las calles»…

Se presentó en el escenario el imitador. Se oían silbidos varios, trinos, arrullos y a los indonesios les entraba la risa. De lo más impasibles hasta entonces, no conseguían ahora controlar la risa floja. Y se la contagiaban a Brossier.

—Disculpen…

—Me ha gustado mucho —repetía Bejardy— y estoy seguro de que hará una carrera espléndida…

—Y yo… Y yo —decía Brossier, llorando de risa.

Los silbidos eran cada vez más agudos y más frenéticos. Ahora se reía Louis. Y Odile también, con un tic nervioso. Entonces el imitador se cayó de espaldas como si acabasen de meterle una bala en la frente: y, tendido en el suelo y con los brazos en cruz, soltó un aullido interminable. Se levantó dándose un impulso de la cintura y se esfumó.

—Debería tomar un poco de champán —le propuso Bejardy a Odile—. Y volver a cantarnos «La canción de las calles»…

Odile bebía de la copa de Louis. Bejardy pidió otra botella.

—¿Va a actuar mucho tiempo en este local?

—No, no mucho —contestó tímidamente Odile.

—Va a grabar un disco —dijo Louis—. Está aquí para entrenarse.

Odile le echó una mirada interrogativa. ¿Cuánto iban a tener que quedarse con Brossier y Bejardy? Louis le contestó con un guiño. Odile sonreía.

—Sabía cómo se llamaba el dueño de este local, pero debe de ser otro ahora —dijo Bejardy—. Ya sabes, JeanClaude…, un individuo que iba siempre con pantalones de montar…

—El de ahora no lleva pantalones de montar —dijo Odile.

Louis le puso a Odile otra copa de champán y, como sabía que estaba sin cenar, dijo:

—Deberías comer algo…, debes de tener hambre.

—Claro que sí —dijo Bejardy—. Seguro que le apetecen unos blinis…

Y llamó al maître.

—Pero antes vamos a beber a su salud —le dijo Brossier a Odile.

—A la salud de una cantante de mucho talento —dijo Bejardy.

Y ambos alzaron las copas. Odile los miraba entre curiosa y divertida, como si observara los jugueteos de dos animales exóticos en un zoo. Le dio a Louis con el pie.

—Es verdad, Jean-Claude, ahora me acuerdo —dijo de repente Bejardy—. Veníamos aquí con Hélène y mamá…

A eso de las dos de la mañana, Bejardy los invitó a ir a su casa a tomar la última copa. Pidieron un taxi. Durante el trayecto, Odile se quedó dormida con la frente apoyada en el hombro de Louis.

En el salón donde recibieron a Louis la primera vez, Bejardy encendió todas las luces y la de la araña, demasiado fuerte, los deslumbró. Bejardy les acercó el carrito de las bebidas. Louis y Odile rechazaron cortésmente cualquier bebida alcohólica. Brossier y Bejardy se pusieron un poco de chartreuse.

—La verdad es que es muy agradable —dijo Brossier después de tomar un sorbo—. Da la impresión de que te sumerges en lo verde… Debería sumergirse también, Louis.

—Todo un poeta, ¿verdad? —dijo Bejardy, volviéndose hacia Louis y Odile—. Los veo muy cansados a los dos… Pueden dormir aquí…, tengo un cuarto de invitados… Que sí… que sí… Me hace ilusión… Hoy toca día libre.

Se puso de pie.

—Vengan…, voy a llevarlos… Nosotros vamos a aprovechar para trabajar un poco… Me he traído unas carpetas…

—Encantado, Roland —dijo Brossier.

Tenían la mirada vivaracha y el aspecto descansado y en forma de las personas que acaban de pasar una buena noche y dormir bien; y era algo que tenía asombrado a Louis.

La habitación estaba pared por medio con el salón. De las paredes azul claro, la moqueta gruesa, la colcha de piel y la luz velada de la lámpara de cabecera brotaba una suavidad que incitaba al sueño.

—El cuarto de baño…

Bejardy abrió una puerta y encendió la luz; apareció un cuarto de baño con el suelo y las paredes de mosaico azul.

—Buenas noches… Para una vez, mi querido Louis, que puede dormir de noche… Y mañana quedamos a la una en punto en Pointaire…

Era un restaurante que estaba cerca del garaje, en el que Bejardy almorzaba con frecuencia.

Cuando salió de la habitación, ellos se tendieron en la colcha de piel de la cama, y como Odile no se sentía con fuerzas para desnudarse, Louis le quitó los zapatos y luego todo lo demás. Ante ellos, un espejo grande de cuerpo entero los reflejaba.

—¿Tus amigos van a seguir trabajando? —preguntó Odile.

—Sí.

—¿En qué?

—No lo tengo muy claro —dijo Louis.

Oían a Brossier y a Bejardy hablar en el salón. Más tarde, Louis se despertó y oyó que seguían hablando. Otras voces se habían sumado a las suyas y Louis dejaba que lo acunase ese susurro de una conversación que no se acababa nunca.

Odile dormía. Por la ventana, cuyas cortinas no habían corrido, Louis veía el Sena y, en el muelle de enfrente, el edificio claro de la fábrica Citroën.

Bejardy le daba libres los sábados y los domingos. También Brossier libraba esos días y le propuso a Louis que pasasen juntos sus «ratos de descanso». Quería presentarles su novia a Louis y a Odile. Si se hacía amigo íntimo suyo, Louis se enteraría seguramente por Brossier de los motivos que habían movido a Bejardy a encomendarle un trabajo y quién era exactamente Roland de Bejardy.

Había cobrado la víspera y había conseguido convencer a Odile de que lo acompañase. Tenía que estar a eso de las diez en el restaurante y sala de fiestas de Auteuil y ni ella ni Louis entendían por qué Brossier los había citado a primera hora de la tarde en la estación de metro Cité universitaire.

Mil quinientos francos le abultaban a Louis en el bolsillo interior de la chaqueta y a Odile le pagarían sus emolumentos al acabar la velada. Eran ricos y era el primer día de sol del invierno. En el tren de la línea de Sceaux les parecía que se estaban yendo de viaje.

Brossier los esperaba en el andén de Cité universitaire, como si llegasen de un lugar de vacaciones y él, un amigo, hubiera ido a buscarlos a la estación. Por cierto, al acercarse a ellos les dijo: «¿No traen

equipaje?», con un tono que dejó a Louis perplejo, tanto que se preguntó si estaban aún en París o en la playa.

La propia ropa de Brossier lo desconcertaba. Nada de sombrero tirolés con una pluma chamuscada ni de terno apagado y arrugado de viajante de comercio, ni de zapatos y calcetines negros. No. En vez de eso, una camisa estampada y encima un jersey blanco; unos pantalones de lino y calzado de baloncesto componían un juego de colores del que Brossier parecía muy ufano. Y no iba afeitado. Ni peinado. Louis y Odile admiraban a aquel hombre nuevo. Los condujo hacia las escaleras de la estación.

—Por aquí, amigos míos…

Cruzaron el bulevar y, guiados por Brossier, entraron en la Ciudad Universitaria.

—Aquí es donde paso los fines de semana —dijo Brossier, sonriente—. Vengan… Es por aquí…

Tomaron, a la izquierda, un camino con césped a ambos lados, cruzaron el umbral de un edificio macizo, fueron por un pasillo en el que se cruzaban con grupos de estudiantes.

—Mi novia nos está esperando en la cafetería… Por aquí…

La cafetería estaba desierta a primeras horas de la tarde. Una negra muy guapa, con rasgos regulares de etíope, estaba sentada a una mesa al fondo del todo y Brossier fue hacia ella.

—Les presento a Jacqueline, mi novia… Odile… Louis… Jacqueline Boivin…

Ella se levantó y les dio la mano. Parecía algo intimidada, rondaba los veinte años y llevaba una falda gris plisada y un conjunto de jersey y rebeca beige. Esa ropa tan formal contrastaba con el atuendo deportivo de Brossier. Éste los invitó a sentarse a la mesa.

—Les recomiendo los *pans-bagnats*[3]… Aquí los hacen muy buenos… ¿Verdad, Jacqueline?

Ésta asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

Louis y Odile no decían nada mientras Brossier iba hacia la barra. Los dos sonreían a su novia sin atreverse a dirigirle la palabra y cuando Louis le alargó un paquete de cigarrillos ella lo rechazó con ademán furtivo. Volvió Brossier, llevando un plato en que estaban apilados los *pans-bagnats*, que les repartió. Tras darle un mordisco al suyo, dijo:

—Suculento, ¿verdad? ¿A lo mejor quieren ustedes un poco de harissa[4] para darle más cuerpo? Yo lo prefiero solo…

Y le hincaba el diente al pan con entusiasmo.

—¿Así que pasa aquí todos los fines de semana? —preguntó Louis.

—Sí, Jacqueline es estudiante y vive en la Ciudad Universitaria… Y yo…

Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta que le tendió a Louis.

—Mire… He conseguido hacerme una tarjeta de estudiante… La necesitaba para comer en el restaurante de la Ciudad Universitaria… y para sentirme aquí como en mi casa…

Louis le echó una ojeada a la tarjeta. Estaba efectivamente a nombre de Brossier, con su foto, e indicaba qué vivienda tenía en la facultad de letras. Odile examinó a su vez el documento.

—¿Y se queda a dormir aquí? —preguntó sin contemplaciones.

—Todos los fines de semana.

Lo regocijaba haber revelado ese hecho y le rodeaba los hombros con el brazo a su novia.

Odile le devolvió la tarjeta de estudiante que Brossier miró a su vez. La manejaba con cuidado, aunque fuera metida en una funda de plástico.

—Me he quitado unos cuantos años…, bueno…, diez apenas…

—¿Y de qué va a examinarse este año? —preguntó Odile.

—Del título de estudios literarios generales… ¿Cuál es el nombre exacto, Jacqueline?

—Preuniversitario —dijo Jacqueline con voz ahogada.

Brossier abrazó más a su novia, que le puso la cabeza en el hombro.

—¿Y cómo ha podido hacerse con esa tarjeta? —preguntó Louis.

—Por un conocido de Bejardy… Un polaco que falsificaba documentación durante la guerra…

Lo dijo de mala gana, como si estuviera desvelando una tara y lamentase no ser de verdad estudiante.

—Jacqueline, en cambio, es matemática, fíjense… Está matriculada en la facultad de ciencias…

—¿Dónde lo conoció? —le preguntó Odile a Jacqueline.

—Aquí, en la cafetería…

Había contestado con voz dulce y lenta.

—Lo veía siempre solo en la cafetería… Parecía aburrido… Así que empezamos a hablar…

—Sí…, yo hacía mucho que venía por aquí —dijo Brossier—. Sobre todo cuando estaba mustio…

Siempre me ha gustado la Ciudad Universitaria… Es un mundo aparte… Rondaba por el vestíbulo de todos los pabellones… Por la sala de televisión… Háganse cargo… Aquí hay un embrujo…

Según iba hablando, Louis lo descubría desde otra perspectiva. ¿Cómo se iba a haber imaginado que aquel hombre de chistes y labia de charlatán, de quien le decía a Odile que era «traficante de neumáticos», vagabundeaba, en sus horas de ocio, del brazo de una etíope, bajo las frondas de la Ciudad Universitaria con una tarjeta de estudiante falsa en el bolsillo?

—¿Bejardy está al tanto? —preguntó Louis.

—No, todavía no, pero pienso contárselo. A Roland no le extraña nada, ¿sabe?… Una noche lo invitaremos a cenar aquí… No hay más remedio que presentarle a Jacqueline…

Salieron de la cafetería. Brossier quería darles una vuelta para que vieran la Ciudad Universitaria y les decía de uno en uno el nombre de los diferentes pabellones, como si fueran las provincias de su reino.

—Hace un rato estábamos en el pabellón de las Provincias Francesas… El más importante… Yo siento debilidad por el pabellón de Inglaterra, que tienen delante… Me recuerda un hotel de Aix-les-Bains… Antes de conocer a Jacqueline venía muchas veces por la noche a leer un periódico en el pabellón de Inglaterra…

Brossier había cogido a Jacqueline de la mano y se lo veía cada vez más elocuente mientras seguían adelante con la visita. Les explicaba a Odile y a Louis que en verano se demoraban hasta una hora avanzada en la pradera oyendo las voces y las risas en la oscuridad. En el mes de junio era la fiesta de la Ciudad Universitaria. Un baile en el vestíbulo del pabellón de las Provincias Francesas.

—Ya verán lo feliz que se es aquí a partir de la primavera…

Les señaló un pabellón con fachada de cristal y metal.

—El pabellón cubano… Los cubanos son unos chicos extraordinarios… Traen mucha alegría y mucha animación a la Ciudad Universitaria… Díganme, ¿no les apetece a los dos ser estudiantes?

—¿Estudiantes como usted? —dijo Odile echándose a reír.

Estudiantes. Era algo que nunca se les había pasado por la cabeza ni a Louis ni a Odile. ¿Cómo iban a poder ser estudiantes?

—Les conseguiré tarjetas si quieren…

—Cumplirá su promesa, ¿no? —preguntó Odile—. Yo quiero ser estudiante…

Para ella y para Louis, esas cuatro sílabas sonaban de forma misteriosa y los estudiantes les parecían tan incomprensibles y tan lejanos como los componentes de una tribu del Amazonas.

—¿Y aquí sólo hay estudiantes? —preguntó Odile.

—Sí.

Un grupo de chicos y chicas se dispersaba por el césped y algunos improvisaban una partida de balonvolea sin red. Se hablaban en una lengua que Louis no conocía.

—Yugoslavos —hizo constar Brossier.

Les enseñó, en el bulevar, el gran café Babel, que, en su opinión, era una dependencia aneja de la Ciudad Universitaria. Sí, era muy grato todas las noches de junio beber algo allí oyendo el susurro de las hojas de los árboles. Pasearon luego por el parque de Montsouris.

—¿Ven ese edificio de allá, en el césped? —dijo Brossier—. Es una réplica exacta de palacio del bey de Túnez…

Se sentaron en la terraza del Chalet del Lago.

—Bueno… —dijo Brossier—. Ya conocen más o menos casi todo nuestro reino…

Y reveló a Odile y a Louis que, si hubiera estado en sus manos, viviría allí sin sentir nunca el menor deseo de salir de aquel perímetro mágico. Jacqueline, su novia, no sabía nada de París más allá de la Ciudad Universitaria y de la facultad de ciencias.

Y valía mucho más así.

—¿Verdad, Jacqueline?

Ésta callaba, contentándose con sonreír o tomar un sorbo de granadina.

Cenaron muy temprano, en el refectorio de la Ciudad Universitaria. Sus dimensiones y sus paneles de madera le recordaban a Brossier la sala de recepción de una mansión inglesa. La próxima vez cenarían en el otro refectorio, mucho más moderno, con cristaleras y rodeado de árboles, de forma que tenía uno la sensación de estar sumergido entre frondas.

—Y, ahora —dijo Brossier—, vamos a llevarlos a nuestra casa.

Fueron por una avenida de grava hasta las lindes de un pueblo. Casitas con apariencia de bungalós, chozas o casitas campestres salpicaban el césped, entre macizos y bosquecillos.

—El sitio más agradable de la Ciudad Universitaria… —dijo Brossier—. El barrio Deutsch de la Meurthe…

Habían llegado ante una de las casas, de estilo anglonormando, con tejado en chaflán. Por un lateral subía una escalera con barandilla de madera verde. Brossier les cedió el paso.

—Arriba del todo…

La habitación era espaciosa y tenía incluso un balcón. Junto a la cama, la pared estaba forrada de fotos de Jacqueline. Ni un mueble, salvo una silla de rejilla.

—Siéntense en la cama —dijo Brossier.

Jacqueline se había metido en un cuarto de aseo contiguo y, cuando volvió, sólo llevaba un albornoz rojo.

—Disculpen —dijo—. Estoy más cómoda así.

Y con andares flexibles fue a sentarse con ellos en la cama.

Brossier les alargó los vasos y les puso a todos un poco de whisky. Jacqueline colocó un disco en el tocadiscos. Una canción jamaicana. No hablaban. Brossier les puso más whisky. Se había quitado el jersey y Louis miraba los dibujos de la camisa: sobre un fondo de cielo rosa se perfilaban la vela de un junco y, en el horizonte, en la cumbre de una montaña escarpada, una pagoda china.

—Dentro de un rato —dijo Brossier—, Odile podría cantarnos «La canción de las calles».

—Si quieren…

Louis dejaba que se adueñase de él una languidez que estaba claro que sentían Odile, Jacqueline y Brossier. Odile le rodeaba la cintura con el brazo y le había puesto la barbilla entre el hombro y la clavícula. Escuchaba la música con los ojos cerrados. Brossier le acariciaba el hombro a Jacqueline, que se había tumbado en la cama; los pechos le asomaban por el escote del albornoz.

Era una lástima no ceder a aquel bienestar y aquella indolencia. Las diez. Odile se arriesgaba a llegar tarde al trabajo.

Sintieron los dos irse de aquella habitación. Se prometieron todos mutuamente pasar juntos el domingo siguiente en la Ciudad Universitaria. ¿Y por qué no volvían Odile y Louis mañana domingo?

Tras salir, alzaron la cabeza. Jacqueline y Brossier les sonreían asomados al balcón. Alrededor, el silencio. Olor a musgo. Se iban guiando por las luces de los otros pabellones. ¿Cómo llegar al bulevar de Jourdan y la estación? París parecía tan lejano desde el centro de aquel pueblo. En la semioscuridad, Louis habría jurado que estaban cruzando por el calvero de un bosque.

Odile se estaba quitando el maquillaje en su cuchitril cuando se presentó Vietti, en compañía del director del restaurante. Los dos se sentaron, para esperarla, en el sofá de aquella estancia amplia en torno a la cual estaban los camerinos.

—Pues… resulta que se te termina el contrato —dijo Vietti.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Tuvo fuerza suficiente para sonreírles.

—Sí…, eso es —dijo el director del restaurante—. No me queda más remedio que prescindir de usted…

A Odile se le apagó la sonrisa.

—No tengo nada que reprocharle… Pero tengo que acortar el espectáculo…

—No pasa nada —dijo Vietti.

—Claro que no… Estoy seguro de que no tardarán en contratarla en otro sitio…

Ninguno de los dos parecía muy convencido de lo que decía.

—En cualquier caso —dijo el director del restaurante—, ha estado usted muy bien… He quedado completamente satisfecho… Pero no me queda más remedio que cambiar a otro tipo de espectáculo…, ¿lo entiende?

Cuando Odile notó que le subían las lágrimas a los ojos, se metió en el cuchitril y cerró la puerta. Ellos siguieron hablando. Odile no había encendido la bombilla y apoyaba la frente en la puerta. Oyó la risa quebradiza del director. Estaba quieta, en la oscuridad.

—A ver…, ¿qué estás haciendo? —preguntó Vietti.

—¿No quiere que tomemos algo los tres? —propuso el director del restaurante.

Ella no contestó. Alguien giraba el picaporte para abrir; pero Odile ya había corrido el pestillo.

—Tenga… Todavía le debía esto…, el resto de su paga…

El ruido de un sobre pasando por la rendija de debajo de la puerta.

Vietti, antes de arrancar, encendió la radio. Una música de jazz, que puso en sordina.

—Pero, bueno, ¿es que querías quedarte encerrada en ese cuchitril toda la noche?… Boba…

Se encogía de hombros.

—Tengo que pasar por la oficina… Me he dejado olvidada una cosa… ¿Me acompañas?

Odile no contestó. Seguía con la mano metida en el bolsillo y estrujaba el sobre entre los dedos. No se atrevía a abrirlo delante de Vietti. No volvería a cantar nunca y de ese sueño tras el que había ido tanto tiempo sólo quedaba un sobre donde habían metido «el resto de su paga», como decía el director del restaurante.

—¿Qué, enfurruñada?

Vietti lo había dicho con un tono levemente exasperado y pisaba el acelerador. Era casi la una de la mañana e iba cada vez a mayor velocidad por el bulevar de Suchet y luego por el bulevar de Lannes, desiertos.

—Asustada, ¿eh?

Podía correr más si quería; a Odile no la afectaba en absoluto.

—Debería saltarse los semáforos…

—No digas tonterías…

Y se metió como una exhalación en el túnel de la puerta de Maillot. No dejaba de extasiarse con su coche deportivo italiano. Le había dicho, incluso, una noche, que en París sólo había cuatro personas que tenían un coche así, con carrocería de Allemano.

El olor de la colonia que llevaba le repugnaba a Odile más que de costumbre, pero tampoco eso tenía importancia. Sentía, más bien, cierta satisfacción fijándose en todos los detalles de Vietti que le daban asco. El bronceado, que parecía artificial aunque acabase de volver de los deportes de invierno, y lo refinado del atuendo: el alfiler de corbata y el chaleco, el chaleco con reloj de bolsillo, que miraba continuamente. Y la voz de timbre gutural y ronco.

—¿Qué, seguimos enfurruñados? No me gustan las chicas que se enfurruñan, ¿sabes?

No solía tomarse tantas confianzas con ella. Ni una palabra ya del disco que quería que grabase. Nunca había creído en la existencia de ese disco, Odile lo sabía ahora. Subió el volumen de la radio, moviendo la cabeza para llevar el compás.

—Necesito dinero —dijo Odile de golpe.

—¿Dinero? No me digas.

—Necesito dos mil francos… Espero que me los dé…

Aquel aplomo la sorprendía a sí misma, pero de pronto le parecía que ya no le tenía miedo a nadie, como si la timidez y los escrúpulos se le hubieran derretido, y que estaba dispuesta a lo que fuera.

—Necesito esos dos mil francos muy en serio. Ahora mismo…

—Ya veremos… Tendrás que empezar por portarte muy bien conmigo…

Iba andando detrás de Vietti y las luces de neón la deslumbraron como la primera vez, cuando esperaba con Louis en los sillones. Flotaba en el aire el mismo olor a cerrado.

Vietti abrió con la llave la puerta acolchada de cuero y se sentó detrás del escritorio. Ella fue a buscar refugio en el hueco de la ventana. La avenida estaba desierta y en el café grande de enfrente, donde la había estado esperando Louis, todavía había luces. Miraba el letrero luminoso: CAFÉ DES SPORTS. Le apetecía irse y llamar por teléfono a Louis desde el café para decirle que enseguida llegaba.

—Ahora vas a tener que ganarte el dinero… Dos mil francos son muchos francos… Vas a tener que esforzarte…

Estaba consultando una carpeta sin alzar la vista para mirarla. Luego sacó un disco de una funda.

—Esto es de una chica con talento…, mi último hallazgo… ¿Quieres oírla?

Puso el disco en el tocadiscos.

—Quédate de pie delante de mí… Desnúdate…

Lo había dicho con tono untuoso y con la sonrisa fija de quien está posando para una foto.

—¿A que tiene talento? ¿Te gustaría poder cantar así? Me las voy a apañar para que vaya a Eurovisión el año que viene…

Una voz traviesa de chiquilla, que ahogaban las guitarras eléctricas.

—A ésta también me la tendré que tirar un día —dijo Vietti, soñador.

Odile estaba acurrucada en el sofá. Él le oprimía la nuca con la mano hasta que tuvo la cara de Odile a la altura de su cintura. Después, lo que más penoso le resultaba a Odile era notar en el pelo la presión de

aquellos dedos de manicura.

El Café des Sports ya está a oscuras. Odile tira, a la derecha, por el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr. En uno de los bolsillos de la gabardina va metido el fajo de billetes que le ha dado Vietti: dos mil francos. Le ha dicho con expresión socarrona que «era una puta muy cara», pero que no le parecía mal porque «a él, a Christian Vietti, siempre, hasta donde podía recordar, le habían gustado las putas caras».

Cruza la avenida de Les Ternes y mira hacia el tramo final, donde se mató Bellune. De pronto, nota su ausencia con tal fuerza que, a su alrededor, se hace el vacío. ¿Qué le habría parecido a Bellune todo aquello? Él tampoco creía gran cosa en su porvenir en la canción y al final tenía seguramente otras preocupaciones. Pero recuerda las visitas vespertinas a su despacho y la azotea del piso donde parecía que estabas en el puente de un transatlántico. Era Bellune quien le había enseñado «La canción de las calles», una melodía de cuando llegó él a Francia. Siempre había sido muy cariñoso con ella. Aquella cara inclinada hacia el magnetófono mientras la cinta giraba en silencio. Y la frase que decía con voz suave antes de llevársela fuera del despacho.

—¿Y si bajásemos, Odile?

¿Y Louis? ¿Qué pensaría si supiera lo que ha pasado hace un rato? No lo sabrá nunca. Odile tiene que conseguir dinero. Los mil quinientos francos de Bejardy no bastan y el único medio para salir los dos adelante es tener dinero.

Esta noche ha ganado más de lo que gana Louis en un mes, y se arrepiente de no haberle exigido más a ese cabrón con las uñas de manicura. Vuelve a oír la risa del director del restaurante tras comunicarle que no volvería a cantar. A él también debería haberle pedido dinero.

El sueño se ha roto. No volverá a cantar. No ha conseguido que la oyesen; su voz no se ha liberado de la niebla y el barullo como la voz de aquella cantante cuya historia había leído. Le falta coraje.

Llega a la calle de Delaizement, al final de la cual está el garaje. Ha salido de París y va por un camino campestre.

No llama sino que entra por una puerta lateral. Hay luz en el primer piso y Louis duerme en el sofá. En el suelo, están abiertos el álbum grande donde pega las fotos de su padre y uno de los tomos de la colección del periódico deportivo. En la parte de arriba de la página del álbum ha pegado un artículo que Odile lee mecánicamente:

«… En la prueba de persecución, Memling le sacó por fin ventaja a un Gérardin que había arrancado con mucha parsimonia y lo alcanzó cuando llevaban 3,625 km de carrera…»

Apaga la luz y se acurruca, pegada a Louis.

Más adelante, cuando hablaban los dos del pasado —aunque hablaban de él muy pocas veces, sobre todo después de que nacieran los niños—, los asombraba que el período de sus vidas que fue más decisivo hubiese durado apenas siete meses. Sí, efectivamente: Louis salió del ejército en diciembre y Odile y él se conocieron a principios del mes de enero…

En febrero, Brossier les consiguió otro sitio donde vivir. Un día en que fue a buscar a Louis a la puerta de Champerret, quedó asombrado de lo exiguo de la habitación y del calor asfixiante que salía del enorme radiador.

—No puede seguir aquí, muchacho… ¿Cómo no me había dicho nada?

Precisamente sabía de un pisito de dos habitaciones que estaba libre y que él había querido alquilar pero cambió de opinión porque le pareció muy alejado de la Ciudad Universitaria. Estaba a la entrada de la calle de Caulaincourt, del otro lado del puente de hierro que pasa por encima del bulevar de Montmartre. ¿Y el alquiler? De lo más módico, el alquiler. Le hablaría del asunto a Bejardy. No, Bejardy no sería capaz de dejarlos a él y a Odile en una buhardilla diminuta y con una calefacción excesiva.

Se instalaron en la calle de Caulaincourt al mes siguiente y aquel piso les pareció gigantesco. La habitación principal era un estudio. En un rincón, únicos vestigios del artista que había vivido allí, un ventilador de aspas enormes y una barra de bar semicircular. La laca negra y desconchada tenía, de adorno, unos dibujos de inspiración china, igual que la camisa que le gustaba a Brossier ponerse en la Ciudad Universitaria. Por el ventanal se veía el sudoeste de París.

Bejardy les regaló una cama y un sillón tapizado en tela granate; Brossier dos sillas de rejilla y una lámpara. Había hasta teléfono. Y una cocina bien equipada. Cuando el portero les pidió el nombre para ponerlos en la lista de inquilinos del edificio, le dijeron: Señores Memling, pensando que le resultaría más tranquilizador tratar con una pareja de recién casados.

Una noche celebraron la mudanza, como decía pomposamente Brossier. Éste les explicó que no podrían contar —por desgracia— con la presencia de Jacqueline Boivin, su novia: desde la Ciudad Universitaria, la calle de Caulaincourt parecía el otro extremo del mundo. Y había que cruzar el Sena y ese río era la frontera entre dos ciudades que no tenían nada que ver una con otra.

Bejardy sí fue en esta ocasión. Louis se fijó, en la solapa de la chaqueta, en una cinta verde y amarilla.

—¿Está condecorado? —le preguntó.

—La medalla militar —dijo Bejardy—. La gané en Alemania con De Lattre. A los veintitrés años. Es lo único bueno que he hecho en la vida.

Había bajado la vista. Se le notaba que quería cambiar de conversación.

Tomaron unas copas en el estudio. Luego fueron a cenar muy cerca, en la calle de Joseph-de-Maistre, Chez Justin.

Louis ya no trabajaba por las noches. Ahora Bejardy le encomendaba «recaditos» que tenía que hacer durante el día. O se quedaba en el garaje para recibir a los visitantes y coger el teléfono. Los «recaditos» consistían en llevar o ir a recoger correspondencia a diferentes señas de París y del extrarradio, pues Bejardy le había explicado que no se fiaba de Correos. Con frecuencia le hacía de chófer y lo llevaba a sus citas en un coche inglés antiguo que olía a cuero. Ahora cobraba el doble sin que Bejardy le hubiera dado la menor razón para ese aumento.

Sentía una preocupación inconcreta. ¿Cómo podía llamar exactamente a aquel «trabajo» suyo? ¿Cuál era su «razón social»? ¿Y la de Bejardy? ¿Y por qué éste lo había ascendido tan deprisa al puesto de hombre de confianza?

Estas preguntas se las comunicaba a Odile muy pocas veces. Los años de soledad en el internado y en el ejército lo habían acostumbrado a no contarle nada a nadie y a ocultar las preocupaciones. Antes bien, se esforzaba con ella en parecer tranquilo y la convencía de la estabilidad de su trabajo. La actitud protectora de Bejardy quedaba explicada porque tiempo atrás había conocido a su padre. Sólo mentía a medias: Bejardy le había dicho que, de joven, sentía pasión por el ciclismo y que estaba encantado y emocionado de haberle proporcionado un empleo al hijo del corredor Memling.

No, en presencia de Odile no había que mostrar la menor preocupación. En caso contrario, el frágil equilibrio de la vida de ambos podía correr peligro. A fin de cuentas, ya no vivían en un sotabanco, sino en un piso de la calle de Caulaincourt. Y en la lista de los inquilinos del edificio, pegada al cristal del portero,

podía leerse: «Señores Memling». No estaba nada mal a los veinte años.

Pero se permitió hacerle unas cuantas preguntas a Brossier. Estaban en uno de los asientos corridos de Le Rêve, un café de la calle de Caulaincourt que a Louis le gustaba mucho por el nombre. A Odile y a él les resultaba divertido decir: «Quedamos a las cinco en Le Rêve…»[5]

—Si he entendido bien, ¿no se fía usted de Roland?

—No, qué va…

—Roland es una persona de bien, muchacho… No todo el mundo consigue la medalla militar a los veintitrés años…

—Ya lo sé.

—Hace usted un trabajo sin importancia, dicho sea sin intención de ofenderlo. Un trabajo parecido al de un recadero o al del botones de un hotel… En algo así no hay nada raro, ¿verdad?

Le dio una palmada en el hombro.

—Estoy de broma… Es usted hasta cierto punto el secretario de Roland… Yo también, por cierto… ¿Le parece algo vergonzoso?

—No… Pero ¿a qué se dedica exactamente… Roland?

—Roland es un hombre de negocios que tiene intereses en el ramo de los automóviles y en otros —contestó despacio Brossier, como si recitara una lección de memoria.

—Y usted ¿cómo lo conoció?

—Ya se lo explicaré algún día, cuando andemos mejor de tiempo…

Se habían puesto de pie e iban calle abajo. Unos niños que habían surgido de una escuela los empujaron. Uno llevaba patines y los otros lo perseguían.

—Comprendo que esté preocupado… —dijo Brossier con su voz ronca y jadeante, la que ponía para hablar de cosas que le importaban mucho.

Ya no era el Brossier de las inflexiones pastosas. ¡Qué fenómeno más curioso, pensaba Louis, que pueda alguien tener así dos voces diferentes!

¿Qué estaba diciendo? Que a la edad de Louis es frecuente dedicarse a tareas poco definidas; no queda más remedio que vivir de parches. Luego las cosas se vuelven más claras, pero a los veinte años todavía son un puro esbozo. Están desenfocadas. Así se empieza en la vida, muchacho. Él, por ejemplo… Algún día se lo contaría todo.

Odile intentaba no quedarse mano sobre mano cuando no estaba Louis. De su paso por el restaurantesala de fiestas de Auteuil le había quedado una amiga; se llamaba Mary y seguía trabajando allí. Mary cantaba y bailaba unos minutos entre los que tocaban la balalaica, con un vestido de «princesa ucraniana» que más bien recordaba a las montañesas del Tirol. Pero ese número folclórico no era sino una manera provisional de ganar algo de dinero. Soñaba con regentar una tiendecita de modas. Le hablaba de ello a Odile y ambas tenían el proyecto de asociarse para sacar adelante esa empresa.

Entretanto, Mary podría coser a domicilio e ir haciéndose una clientela… Odile se preguntaba cómo reunir la suma de dinero necesaria para poner esa tienda. Ya habían decidido cómo iba a ser el letrero: Chez Mary Bakradzé, pensando que el apellido raro de Mary les sería beneficioso. Encima de Chez Mary Bakradzé, en mayúsculas, podría leerse: «Mode-Fashion», como había visto Odile en el frontón de una tienda del barrio de Saint-Honoré.

Mary dibujaba modelos y sabía corte. Había trabajado de muy joven con una modista amiga de su familia. Odile le hacía preguntas acerca de sus padres, pero nunca conseguía una respuesta concreta: tan pronto sus padres estaban separados y vivían en el extranjero como vivían en una casa en el sur de Francia y no tardarían en venir a verla; otras veces, habían desaparecido. El único punto de referencia en esa niebla, el único miembro de esa familia cuyo rastro era posible hallar —aunque llevase muerto alrededor de veinte años—, era su abuelo, un escritor que se exilió en París, un tal Paul Bakradzé. Dedicó su talento a pintar con trazos delicados la vida de guarnición en el sur de Rusia. Una de sus novelas la habían traducido incluso al francés y Mary conservaba religiosamente un ejemplar ajado.

Era rubia, menuda, con la piel muy fina, casi sonrosada, y los ojos azul claro.

Los domingos, Odile y Louis iban a su casa. Mary vivía en esa zona variopinta que está entre la avenida

de La Grande-Armée y la avenida de Foch, allí donde comienza el distrito dieciséis, monolítico y residencial, pero donde las calles sienten aún la atracción de las tiendas de bicicletas y de cojinetes de bolas, de los talleres de automóviles, de las salas de baile antiguas y del fantasma del parque de atracciones Luna Park.

Paseaban los tres por el bosque de Boulogne, desde la puerta Dauphine hasta los lagos. Allí cogían una barca y pasaban una hora remando. O atracaban en el pontón del Chalet des îles y jugaban una partida de minigolf. Al caer la tarde, volvían a casa de Mary. El piso tenía tres habitaciones: las dos primeras eran la entrada y el salón. La tercera, a la que se llegaba por un pasillo largo, era el cuarto de Mary.

Cuando regresaban, unas diez personas atestaban el salón. Personas de edad madura, algunas muy ancianas. Unas jugaban al bridge, otras charlaban bebiendo té. Mary, al pasar, le daba un beso a una señora que rondaba los sesenta años, alta, de cara abotagada, con los ojos achinados y la autoridad de un ama de casa. Su tía, había explicado a Louis y Odile.

Los componentes de esa reunión conversaban y jugaban a las cartas en la oscuridad. En todas las ocasiones, Mary encendía las lámparas y la araña a tientas, como si le correspondiera ese papel y a los demás apretar un interruptor les hubiera parecido demasiado difícil para ellos o indigno de su categoría. O a lo mejor es que no se les ocurría.

En el cuarto de Mary, escuchaban discos o charlaban. Odile y Louis habían encontrado en aquella joven su propia indolencia y su propia pereza espontáneas. Habían nacido el mismo año. Se llevaban bien y con frecuencia pasaban la noche juntos.

Mary les traía algo de comer, un bollo o un plato de sopa. Por la puerta entornada, oían el susurro de las voces del salón. Poco a poco, las conversaciones se iban apagando, la gente se iba. Un hombre hablaba por teléfono en el pasillo. Se quedaba ratos largos sin decir nada y siempre podía pensarse que había colgado. Pero decía una frase y volvía a callarse. Y aquel conciliábulo telefónico en una lengua desconocida duraba horas, muchas veces hasta que era de día.

A casa de Mary iba los domingos uno de sus colegas, un español joven de su misma edad, un tal Jordan que andaba buscando que lo contratasen en una sala de fiestas para hacer un número de travesti. Por consejo de Mary, había ido a ver al director de la sala de fiestas de Auteuil, que lo había cogido a prueba.

Iba a empezar dentro de unos días, pero quería, para actuar, un vestido como el que llevaba la protagonista de *La mujer y el pelele* en una edición ilustrada de ese libro que había encontrado en los libreros de lance de los muelles. Mary y Odile decidieron hacerle el vestido y estuvieron varios días cortando y cosiendo en el cuarto de Mary mientras Louis leía una novela policíaca. En todas las pruebas, Jordan le pedía opinión a Louis. El vestido le sentaba bien y los rasgos suaves, bajo la mantilla, daban el pego.

La noche del debut, Louis y Odile fueron a la sala de fiestas. Jordan actuaba inmediatamente después de Mary. Las balalaicas callaron y, en la oscuridad, una voz grave anunció:

—¡La cigarrera!

Se oyeron las primeras notas del *Bolero* de Hummel que iba a bailar Jordan y cuya cinta magnetofónica había llevado él en persona. Cuando se encendieron las luces, Jordan estaba en el centro del escenario, lívido y petrificado, con su vestido.

Las castañuelas que tenía en las manos cayeron como frutos muertos. Se quedó unos cuantos segundos inmóvil y se desplomó en el suelo de tarima. Se había desmayado de miedo, o de hambre, porque llevaba quince días casi sin comer por temor a «perder la línea» y no poder meterse en el vestido para actuar.

Lo despidieron esa misma noche y Odile, Louis y Mary tuvieron que consolarlo.

El primer día de primavera, Bejardy invitó a Odile y a Louis a almorzar y los dos, para disfrutar del sol, decidieron ir a pie hasta el muelle de Louis-Blériot.

Brossier les abrió la puerta y los llevó al salón, donde estaba puesta una mesa con cinco cubiertos. Acompañaba a Bejardy una joven morena, la de la foto de encima de la chimenea en que se había fijado Louis el primer día.

—Nicole Haas… Una amiga… Los señores Memling… ¿Sabe, Coco? La señora Memling es esa que canta tan bien «La canción de las calles»…

Los llamaba siempre así con tono ceremonioso porque le había hecho gracia leer en la lista de los inquilinos de su edificio «Señores Memling».

—Tienen razón —le había dicho a Louis—; queda más serio. Ahora lo que tienen que hacer es casarse. Iré de testigo, si quieren.

Nicole Haas tenía un rostro bonito pero de expresión severa. Era alta, casi de la estatura de Bejardy, y a Louis le llamaron la atención sus modales masculinos, sobre todo la forma de fumar y de estirar las piernas poniendo los talones en la mesa baja.

—El señor está servido —dijo Brossier solemnemente.

—Louis, usted se sienta a la derecha de Coco. La señora Memling a mi derecha…

Durante el almuerzo no hablaron mucho. Nicole Haas, que estaba en la presidencia de la mesa, parecía de mal humor. Bejardy no apartaba de ella una mirada tierna. Era más joven que él. Tenía apenas treinta años.

—¿Montas a caballo esta tarde, Coco? —le preguntó Bejardy.

—No. Tengo que ir a Equistable. Necesito una silla.

Hizo un mohín y, con ademán indolente, llenó de agua hasta arriba el vaso.

—Creo que Equistable es una tienda estupenda para esas cosas —dijo Brossier.

Ella se encogía de hombros.

—Sí… Pero yo solía ir a Ramaget…

Bejardy y Brossier parecían irritarla, pero miraba con ojos curiosos y amistosos a Odile y a Louis.

—¿Montan a caballo?

—No —dijo Odile.

—¿Por qué no los has invitado nunca a Vertbois? —le preguntó a Bejardy.

—Los invitaremos este verano, Nicole…

Ella se volvió hacia Odile y Louis y les sonrió.

—Si los lleva a Vertbois, los pondré a montar a caballo.

—Vertbois es una… finca familiar, en Sologne… —dijo Bejardy—. Tienen que venir a conocerla.

—Vertbois es la cuna de los condes Bejardy —declaró con ironía Nicole Haas—. Nobleza del Segundo Imperio… Roland le añadió el «de».

Esta vez, Bejardy perdió la calma y la mirada medrosa con que envolvía a Nicole Haas se volvió dura.

—Estás diciendo tonterías, Coco… Mi querido Louis, tiene ante usted a un ejemplo de esnobismo de lo más característico… A Nicole la obsesiona la nobleza.

Nicole Haas se echó a reír y encendió un cigarrillo.

—Venga ya, bobo…

En esas palabras se traslucía un desprecio afectuoso por Bejardy.

La bandeja del café estaba esperando encima del escritorio, en el otro extremo de la habitación. Nicole Haas, al pasar, abrió una ventana y el viento infló los visillos de gasa. Bejardy sirvió personalmente el café.

Nicole Haas, Odile y Louis estaban sentados en el sofá de terciopelo. Bejardy y Brossier, apoyados en el escritorio, no decían nada quizá porque temían que una palabra suya pusiera de mal humor a Nicole. Pero ésta no les hacía caso.

Sacó del bolso una petaca de cuero y se la alargó a Odile y luego a Louis. Les encendió ella misma los cigarrillos con un mechero que tenía la llama muy alta y a Louis le sorprendió ver en sus manos: uno de esos mecheros Zippo del ejército norteamericano que, en sus tiempos de internado, la gente intentaba conseguir a toda costa.

—Coco, ¿quieres que te acompañe a Equistable? —preguntó Bejardy.

Pero ella se había vuelto hacia Louis.

—Tiene un apellido muy bonito, señor De Memling.

—Se llama Memling a secas —dijo Bejardy.

Ella no lo escuchaba. Fumaba mirando los visillos de gasa inundados de sol que el viento ondulaba como si fueran un chal flotante.

Nicole Haas se levantó de golpe y se acercó al cenicero del escritorio de Bejardy para apagar el cigarrillo.

—Tengo que irme…

—¿Necesitas el coche? —preguntó Bejardy.

—No.

Les dio la mano a Odile y a Louis.

—Espero volver a verlos.

Y, sin hacerle ni caso a Bejardy, se encaminó a la puerta.

—Hasta la noche, Coco —dijo Bejardy—. Y pórtate bien.

Ella no se molestó siquiera en volverse y cerró la puerta al salir. Brossier soltó una risita nerviosa. Bejardy se sentó en el sofá, junto a Louis y a Odile, suspirando.

—No es mala chica, pese a las apariencias. Louis…, tengo que hablar con usted… Vamos aquí al lado un momento…

—Oiga, señora Memling, ¿no quiere jugar una partida de ajedrez mientras ellos charlan? —propuso Brossier.

—¿Por qué no? —dijo Odile, siguiendo con la vista a Louis, a quien Bejardy se llevaba poniéndole en el hombro una mano con un ademán que pretendía ser protectoramente amistoso.

Entraron en la habitación donde Odile y Louis habían pasado una noche. Del otro lado del Sena, el edificio de las fábricas Citroën tenía aspecto de aeródromo.

—Bonita vista, ¿verdad? —dijo Bejardy—. Al principio, tenía un garaje en ese barrio…, ahí enfrente…, en la calle de Balard… Eran los tiempos en que iba a ver correr a su padre… Lo vi correr por primera vez en 1938, en el Velódromo de Invierno…, tenía dieciséis años…

—¿Lo conoció? —preguntó Louis.

—No… Conocí a Aerts y a Charles Pelissier, pero me trataba más bien con personas del mundo del automóvil.

¿Sería por la alusión a su padre y por las palabras que había empleado Bejardy, eso de «personas del mundo del automóvil», que sonaban parecidas a «caballero de la industria» o «gentleman rider»? El caso es que Louis se imaginó a sí mismo de repente en un garaje grande, fresco y fuera de uso. Los rayos de sol caían desde una vidriera a través de las ramas y en el suelo aparecían dibujadas sombras, como hojas en la superficie de un estanque.

Su infancia.

Bejardy se había tendido en la cama y, para no ensuciar la colcha de satén, dejaba las piernas colgando por encima del pie de cama acolchado. Louis seguía de pie junto a la ventana.

—Se trata de lo siguiente…, necesito que me haga un favor… Tendría que ir usted a darse una vuelta por Inglaterra…

En el salón Brossier y Odile, sentados ante la mesa baja, estaban ensimismados en la partida de ajedrez. Odile le estaba cogiendo gusto a ese juego por influencia de Mary, que les había enseñado a Louis y a ella a mover las piezas.

Bejardy y Louis miraban la partida en silencio. Al cabo de unos diez minutos, Odile dijo: «Jaque mate.» También Brossier era un jugador sin mucha práctica.

—Temible esta señora Memling, tan jovencita ella —proclamó Brossier, sonriente.

Ya en la calle, fueron andando hacia la puerta d'Auteuil. Las calles estaban desiertas. De vez en cuando pasaba un autobús y su ronquido se deshacía al sol.

Se sentían livianos como si acabasen de subir al aire libre después de una prolongada inmersión submarina. A lo mejor, pensó Louis, porque ya se había acabado el invierno. Volvía a verse en el mes de

diciembre, saliendo del cuartel con los zapatos en los que se colaba el agua. Aquel ruido fofo y líquido a cada paso le daba la impresión de que iba a quedarse irremediablemente pegado. Ahora habría corrido de buena gana descalzo por la acera seca.

—¿En qué piensas? —le preguntó Odile cogiéndose de su brazo.

—Vamos a ir de viaje a Inglaterra… Ya te lo explicaré…

—¿A Inglaterra?

No le extrañaba. Aquella tarde todo le parecía posible.

Estaban llegando por fin a las lindes del bosque de Boulogne. Grupos bullangueros iban en procesión hacia la entrada del hipódromo.

—Deberíamos coger una barca —dijo Louis.

A medio camino de los lagos cambiaron de opinión. El viento, que movía con suavidad las hojas dispersando los gritos y las risas de los niños, el sol, la perspectiva de ese viaje a Inglaterra, todo incitaba a la pereza. Se sentaron a una mesa en el jardín de la granja de Auteuil y pidieron un vaso de leche con jarabe de granadina.

No hablaban. Odile tenía apoyada la cabeza en el hombro de Louis y se tomaba la granadina con paja. A lo lejos, en el paseo para jinetes, una mujer morena, que montaba a mujeriegas un caballo gris tordo, pasaba despacio, y les pareció reconocer a Nicole Haas.

Inmediatamente después de la Pascua rusa, que celebraron con Mary, Brossier los citó en la oficina de «Juventud-Intercambios franco-ingleses», enfrente del teatro de L'Opéra-Comique. Era para apuntarlos en la lista de quienes iban a pasar las vacaciones en Bournemouth, ciudad balnearia de Hampshire.

Los recibió en una habitación estrecha atestada de carpetas un tal «A. Stewart», cuyo nombre habían leído en la puerta en una placa de cobre. Un octogenario que guiñaba los ojos y con la piel cubierta de pecas. Toda la documentación estaba lista. Bastaba con que Louis y Odile dieran sus fechas de nacimiento.

—He especificado que son ustedes estudiantes —dijo Stewart con voz de insecto—. Vale más así.

—Tiene razón —dijo Brossier.

—Por supuesto, no tienen por qué quedarse hasta el final de la estancia —dijo Stewart.

—Ya —dijo Louis.

—¿Qué tal está Roland? —preguntó Stewart.

—Bien.

Salió a despedirlos.

—Conocí mucho al padre de Roland de Bejardy —anunció Stewart, repentinamente solemne, volviéndose hacia Odile y Louis—. Lo llamaba de tú.

Brossier tenía cosas que hacer y le pidió a Louis que le dejase el coche de Bejardy, en el que habían ido los tres a la calle de Favart, a la oficina de «Juventud-Intercambios». Odile y Louis fueron andando sin rumbo fijo y se sentaron en la terraza de un café de la calle de Réaumur. Encima de la mesa, pegada a la luna de la fachada, andaba rodando el periódico *La Cote Desfossés*.

Louis, por hacer algo, hojeaba el periódico y se le demoraba la vista en la sección de valores «extrabursátiles». Había llegado el momento de explicarle a Odile los motivos de aquel viaje a Inglaterra, pero no sabía cómo abordar ese tema delicado.

—¿Te interesa?

Odile le quitó de las manos, sonriendo, *La cote Desfossés* y lo puso junto a ella, en el asiento corrido. Louis la miraba con ojos vacuos.

—¿En qué piensas?

—En nada… En la Bolsa… Mira…

Le señaló la Bolsa, en la acera de enfrente, con su columnata, y las escaleras por donde bajaban grupos de personas atareadas. Estaba lloviendo. Cada vez entraban más clientes en el café y se apiñaban en la barra. La mayoría llevaba cartera negra. En la mesa de al lado, un hombre, bastante joven aún pero de cara roja y pelo escaso, negro y planchado hacia atrás, levantaba de cuando en cuando la cabeza del expediente que estaba consultando y clavaba con insolencia la mirada en Odile.

—Bueno, pues… este viaje a Inglaterra… Es para hacerle un favor a Bejardy…

Y, tras coger aliento, entró en detalles con voz atropellada, como si tuviera miedo de que Odile lo interrumpiera. Todos los detalles. Que Bejardy le había encargado que introdujera en Inglaterra una cantidad de casi quinientos mil francos en metálico, que cobraría un porcentaje y que el truco consistía en meterse en un grupo de «Juventud-Intercambios franco-ingleses» para no correr riesgos al pasar por la aduana. Stewart, el director de «Juventud-Intercambios», también estaba en el ajo, por lo visto.

Ella atendía con los ojos muy abiertos. Cuando acabó, se quedaron los dos callados un rato.

—Estoy segura de que esto es lo que tenían en la cabeza desde el principio —dijo Odile.

—Sí, claro…, lo más seguro…

Louis se encogió de hombros. Ya se vería lo que pasaba. Intuyó que ella pensaba lo mismo.

—Bah…, nada de esto tiene mayor importancia…

Estaban viviendo uno de esos momentos en que siente uno la necesidad de aferrarse a algo sólido y pedirle consejo a alguien. Pero no hay nadie. Salvo esas siluetas grises de las carteras negras que cruzan la calle de Réaumur bajo la lluvia, se meten en el café, toman algo en la barra y se van, y su trasiego aturde a Odile y a Louis. El suelo sube y baja.

Cruzaban por el vestíbulo central de la estación de Saint-Lazare y Brossier quiso parar en el cafetín de la pasarela, entre la estación y el Hotel Terminus.

—No… —dijo Louis—. Estaríamos mejor allí…, cerca de los andenes de salida.

Odile lo miró y sonrió.

—Este sitio nos trae malos recuerdos —dijo.

Se encaminaron entonces hacia el café del fondo y se sentaron a una mesa. La cita era en la entrada del pasillo que iba a los andenes de salida de las líneas de largo recorrido. Un grupo de jóvenes estaba parado a pocos metros de allí. Louis miró el reloj: era más o menos la hora convenida.

—El grupo de «Juventud-Intercambios», ¿verdad? —le dijo Louis a Brossier.

—Seguramente.

Brossier sofocó la risa y se la pegó a Odile.

—¿Hay algo gracioso? —preguntó Louis.

Pero acabó por reírse él también.

—Espero que sean aplicados y que aprendan bien el inglés con los demás —dijo Brossier.

Louis había dejado en una silla, a su lado, una mochila grande de lona azul con muchos bolsillos en que iban parte de los fajos de billetes de banco, ocultos entre camisas y jerséis. El resto del dinero iba escondido en el fondo de la maleta de cartón de Odile.

—Ahora tienen que ir a reunirse con los otros —dijo Brossier.

Ayudó a Louis a ponerse la mochila azul de campista o de alpinista. Odile llevaba la maletita de cartón.

Estaban de pie, a la orilla del grupo, con Brossier.

—En cuanto lleguen nos llaman por teléfono, ¿eh? —dijo Brossier.

—¿De verdad cree que no habrá problemas? —dijo Louis.

—Ninguno. Ahora los dejo… ¿Un beso?

Esta propuesta extrañó a Louis viniendo de Brossier, que luego le dio un beso a Odile. Después se marchó. En el umbral de las escaleras que bajaban hacia el patio de Roma se volvió y dijo adiós con el brazo antes de perderse de vista.

—¿Sois de los nuestros? —le preguntó a Odile un joven de labios muy gruesos y el pelo cortado a cepillo.

—Sí.

—Bien… Venid por aquí…

Estrecharon la mano de alrededor de diez jóvenes y muchachas que se presentaron por el nombre. Por lo visto, el muchacho del pelo cortado a cepillo era el jefe de grupo.

—Tomad, pegad esto en el equipaje y en la solapa de la chaqueta…

Les indicó a Odile y a Louis unos distintivos pequeños y triangulares donde podía leerse JUVENTUDINTERCAMBIOS, y él mismo se los pegó en los abrigos, en la mochila azul y en la maleta.

—Si se despegan, ya os daré más…

La mayoría de sus compañeros de viaje se conocían ya. Mencionaban una estancia anterior en Bournemouth y hablaban de un tal Axter, cuyo nombre había oído Louis de labios de Bejardy.

—¿Quién es Axter? —preguntó Louis a quien consideraba ya que era el jefe de grupo.

—El señor Axter es el director del centro donde se imparten las clases.

—¿Clases?

—Sí, todas las mañanas.

—¿Es la primera vez que vais a Inglaterra con «Juventud-Intercambios»? —preguntó una chica morena de ojos azules.

—Sí —dijo Louis.

—Está muy bien, ya veréis.

—Creo que ya es la hora —dijo el muchacho de pelo a cepillo y labios gruesos.

El tren de Le Havre ya estaba formado. El muchacho de pelo a cepillo le alargó al revisor un billete colectivo.

—¿Cuántos son?

—Doce.

El revisor los contó con expresión distraída mientras iban por el andén.

—¿Puedo comprar unas revistas? —preguntó Odile.

—Date prisa —dijo el muchacho del pelo a cepillo—. Si tienen *Science et Vie*, cógemela…

—Voy contigo —dijo Louis.

Apretaron el paso. Al salir del andén, le señalaron al revisor sus indicativos de «Juventud-Intercambios».

En el quiosco, Louis compró *Elle, Candide, Match, Paris-Presse* y *Science et Vie*. Odile lo esperaba sentada encima de la maleta y seguía con mirada distraída las idas y venidas de la gente, que cada vez abundaba

más porque se acercaba la hora punta. De pronto el corazón le latió con mucha fuerza y se quedó casi sin respiración. Había divisado al rubio gordo, el policía que la había usado de cebo. Pasó cerca de ella y se encaminó despacio hacia la entrada del bar.

Se habían reservado dos compartimientos para el grupo «Juventud-Intercambios». Odile y Louis estaban sentados uno frente a otro del lado del pasillo. Odile había subido la maleta a la red de los equipajes y Louis seguía con la mochila azul al alcance de la mano. Odile pensaba en el rubio gordo y se sentía desanimada y pillada en la trampa. Aquella declaración que había firmado… La meterían en una carpeta. Qué se le iba a hacer. Pero a lo mejor el rubio gordo había encontrado rastros de su presencia en el piso de Bellune, porque le parecía que se había dejado allí uno de los «flexibles» y unas cuantas fotos suyas que Bellune necesitaba para la funda del disco… ¿Y si no había llevado él ese caso? De cualquier modo, lo había visto en la avenida de Les Ternes, delante del Hotel Rovaro…

Louis hablaba con los demás. Poco a poco, empezó a escucharlos y acabó por olvidarse del rubio gordo.

Tenía a su lado a una chica que le contó que tenía diecisiete años. Parecía mayor porque llevaba traje de chaqueta y gafas de sol y tenía la voz grave. La morena de ojos azules y falda plisada estaba a la derecha de Louis. Otra chica de cara mofletuda. Y un chico moreno que se creía guapo. No paraba de pasarse la mano por el pelo y llevaba una sortija de sello.

—¿Y vosotros? —les preguntó el moreno a Odile y a Louis—. ¿Tenéis las señas de vuestras familias?

No acababan de entender a qué se refería. ¿Las familias? Sí, las familias con quienes vivirían los miembros de «Juventud-Intercambios» durante la estancia en Bournemouth. Pero Odile y Louis no sabían las señas de sus familias.

En El Havre esperaron hasta el momento de embarcar en la terraza de un café del muelle en cuya jukebox sonaban canciones italianas, y la sonoridad de su letra se volvía pegajosa entre aquel decorado de hormigón y niebla.

El barco estaba atracado en el muelle. El muchacho de pelo a cepillo les explicó a Odile y a Louis que se llamaba el *Normania* y tardaba toda la noche en llegar a Southampton.

Las oficinas de aduanas estaban en algo así como un cobertizo pequeño. El muchacho de pelo a cepillo llevaba juntos todos los pasaportes de los componentes del grupo. Odile, al entregarle el suyo, se acordó de pasada del rubio gordo.

Uno de los aduaneros selló los pasaportes uno detrás de otro y luego se los devolvió al jefe de grupo de «Juventud-Intercambios», a quien parecía conocer.

—¿Muchos pasajeros esta noche?

—Bastantes —contestó el aduanero—. Estamos en vacaciones de Pascua. Mire…

Chicos y chicas de entre quince y veinte años se apiñaban, pegados unos a otros, en el puente del *Normania*. Algunos cantaban a coro. Cuando todos los de «Juventud-Intercambios» estuvieron ya a bordo, casi no podían andar entre aquel tumulto. El muchacho del pelo a cepillo hacía señas con una mano y con la otra agarraba firmemente a Louis por la muñeca.

—No nos perdamos de vista… Quedamos en el salón grande. Os aconsejo que sigáis con los distintivos puestos… Sí… Sí… Sobre todo seguid con ellos puestos… Os lo ruego… Con ellos puestos…

Estaba fuera de sí, el pobre, ante la perspectiva de que el grupo «Juventud-Intercambios» corriera el riesgo de desperdigarse entre aquel gentío, y su voz, que hasta entonces recordaba los ladridos de un perro pastor, había llegado a rozar el sollozo.

Hacía mucho que se había hecho ya de noche cuando zarpó el *Normania*. Odile y Louis, acodados en la borda, miraban alejarse las luces de El Havre. Louis seguía con la mochila azul puesta y Odile apretaba entre las piernas la maleta. Junto a ellos, alrededor de diez jóvenes, que llevaban todos ellos boinas anchas de terciopelo negro, cantaban una canción melancólica en una lengua desconocida que tenía suavidades de brisa. Repetían el estribillo en coros alternos y Odile y Louis dejaban que los arrullase esa lengua melodiosa que no entendían.

Pronto no quedó ya nadie en el puente. Ninguno de los dos notaba el aire helado. Era la primera vez que viajaban en barco. Anduvieron hacia la parte delantera y luego bajaron unas escaleras. Caminaron siguiendo unas crujías donde había grupitos, sentados en el suelo, charlando y jugando a las cartas. Más

allá, había empujones en torno a un mostrador metálico para comprar un bocadillo o una bebida caliente. Por fin fueron a parar a lo que el jefe de grupo llamaba «el salón» pero que tenía más bien apariencia de sala para fumadores, con sillones y sofás de cuero atornillados al suelo y, en las paredes forradas de madera, fotos de paisajes como las que decoran los compartimientos de los trenes. Dos ojos de buey a cada lado y, delante de uno de ellos, una mesa de bridge.

Nada más entrar, el olor a tabaco de pipa y tabaco negro se le ponía a uno en la garganta. También allí estaban los pasajeros tirados por el suelo. Algunos se habían metido incluso en sacos de dormir e iban traspuestos. Los de «Juventud-Intercambios» estaban apretujados en un sofá y un sillón, y el jefe de grupo de pelo a cepillo les hizo una seña con el brazo a Louis y a Odile. Louis llevaba echada al hombro la maleta de Odile y ambos se abrieron paso entre los cuerpos tumbados en el suelo y los grupos sentados a lo moro. Cerca de la mesa de bridge, tres de los misteriosos extranjeros tocados con boinas de terciopelo seguían cantando con voz sorda.

—Creía que os habíais perdido —dijo el jefe de grupo—. Sentaos aquí… ¿Por qué lleváis el equipaje? Qué bobada…, deberíais haberlo dejado con el nuestro.

Louis se encogió de hombros por toda respuesta. Se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el brazo del sofá, mientras que Odile se había sentado en él.

—Podemos llamarnos por los nombres de pila —dijo el jefe de grupo—. Yo soy Gilbert…

Fue presentando a la morena de ojos azules y falda plisada y al muchacho de la sortija de sello:

—Françoise, Alain…

Luego, a los demás:

—Marie-Jo, Claude, Christian…

Louis y Odile dijeron, a su vez, cómo se llamaban.

—¿Sois hermanos? —preguntó Gilbert.

—No, primos —dijo Louis sin pararse a pensar.

El barco había empezado a cabecear y el cabeceo iba a más.

—Espero que no os mareéis —dijo Gilbert—. No suele durar mucho… La travesía es más bien tranquila.

Se estaba sacando una pipa del bolsillo.

—Yo tengo un remedio radical contra el mareo: una pipa… Nos llevamos bien Axter y yo… Él también es un buen fumador de pipa…

Odile se había hecho un ovillo y había cerrado los ojos y apoyado la mejilla en el respaldo del sofá. Gilbert estaba encendiendo la pipa. Con aquel corte a cepillo y aquellos labios gruesos tenía pinta de alumno aplicado y Louis se lo imaginaba con pantalones cortos, en la primera fila del aula, levantando la mano siempre que el profesor preguntaba algo y diciendo:

—¡Yo, profesor! ¡Yo, profesor!

En el sillón, el moreno de la sortija de sello flirteaba con Marie-Jo, la que aparentaba más edad. Le daba besos interminables. Le oprimía la nuca a la chica con el brazo doblado y Louis sospechaba que le echaba miradas furtivas al reloj para cronometrar el beso.

—¿No quieres darle una chupada, chico?

Gilbert le alargó la pipa. Louis dijo que no.

—Tu prima se ha dormido, chico —dijo Gilbert, señalando a Odile.

El barco cabeceaba cada vez más. La maleta de Odile, al pie del sofá, se escurrió un poco y Louis la alcanzó. Se había vuelto a poner la mochila azul.

—¿No te molesta esa mochila, chico? —dijo Gilbert.

—No —dijo Louis—. Estoy acostumbrado…

El moreno y Marie-Jo seguían besándose. Otros coqueteos se iban iniciando entre los componentes del grupo. La chica de los mofletes estaba cogida de la mano con un pelirrojo jovencito que tenía el acento de los franceses de Argelia. La morena de ojos azules y falda plisada parecía envidiosa de Marie-Jo, a quien el moreno tenía estrechamente abrazada.

—La lata es que no aprenden inglés —dijo Gilbert—. Están siempre unos con otros, flirteando… Ya se lo he comentado a Axter… Unos auténticos cerdos… Tú y tu prima, por lo menos, dais ejemplo… Es estupendo.

Uno de los cantantes misteriosos que estaban junto a la mesa de bridge se había mareado y estaba a punto de vomitar en la ancha boina de terciopelo.

—Llegaremos a Southampton alrededor de las siete de la mañana —dijo Gilbert con la pipa entre los dientes.

Pero tenía los labios tan gruesos que parecían sujetar la pipa sin ayuda.

Odile había abierto los ojos y miraba a Louis con cara de sueño. La luz se hizo más floja en ese momento y vaciló antes de apagarse. Se oyeron exclamaciones y alguien que decía a voces con acento del sur:

—¡Me cago en la reina de Inglaterra!

Risas. Un guirigay de conversaciones. Hipidos: uno de los cantantes de la boina de terciopelo seguramente, pensó Louis. Varias voces gritaban al unísono:

—¡La-luz! ¡La-luz!

Había quienes encendían mecheros. Louis se acercó a Odile.

—Vámonos a dormir… —le dijo al oído.

Cogió la maleta de Odile y ambos salieron del «salón» intentando sortear a duras penas los cuerpos enredados. Una claridad débil llegaba de la crujía.

Acabaron por encontrar el camino a los camarotes y Louis sacó un billete del bolsillo para mirar el número del suyo. Dos literas. Se echaron en ellas. Louis seguía con la mochila y la maleta pegadas a él y pensaba en la cara que pondría su jefe de grupo si se enterase de que Odile y él disponían de un camarote que les había reservado Brossier en París. A Gilbert lo habría afectado mucho seguramente que esos dos primos no durmiesen en el salón con todos los demás de «Juventud-Intercambios».

Todo flotaba en una bruma blanca. Al bajar del *Normania* pasaron la aduana inglesa, luego Gilbert se los llevó a un autocar que esperaba en el muelle.

Desde el fondo del autocar acudió un hombre al encuentro de Gilbert.

—¿Cómo está, señor Axter?

—Muy bien, ¿y usted? ¿Han tenido un viaje agradable?

Hablaba francés con un leve acento. Un rubio de alrededor de cuarenta años, con el pelo rizado; llevaba gafas de montura gruesa de concha, una chaqueta de tweed rojizo y una pipa.

Los componentes del grupo se habían sentado en la parte delantera del autocar; Odile y Louis estaban algo apartados. Axter paseaba por todos ellos una mirada intranquila.

—Oiga, Gilbert, ¿tiene en el grupo a un tal… Louis Memling?

—¿Louis?… ¿Louis?…, sí, claro, Los primos…

Señaló a Louis y a Odile.

Axter les sonrió.

—Michel Axter —dijo—. Encantado de conocerlos.

Se intuía cierta coquetería en aquella forma de darle forma francesa a su nombre. Les dio la mano a Louis y a Odile y se sentó en el asiento de delante, mirando hacia atrás.

—Roland de Bejardy me llamó por teléfono ayer por la noche para avisarme de su llegada. Es muy buen amigo mío, ¿saben?

Estaba llenando la pipa con sonrisa inmóvil. Gilbert se había quedado a respetuosa distancia, sorprendido de aquella repentina intimidad entre Axter, Louis y Odile. Y quizá también un tanto celoso.

—Puedo decir incluso que Roland y yo somos amigos de juventud…

Y ahora sonrió de oreja a oreja. Gilbert, cada vez más sorprendido, sacó la pipa con ademán nervioso como si quisiera, al hacerlo, que Axter volviera a fijarse en él y el ademán crease una complicidad mutua. Llegó incluso a mascullar:

—¿Siempre fiel a la marca Amsterdamer, señor Axter?

Pero Axter no lo oyó. Estaba inclinado hacia Odile y Louis.

—Estoy encantado de recibirlos en nuestro centro de Bournemouth…

Luego contó, a distancia, con el índice alargado, a los componentes del grupo.

—¿Estamos todos?

—No falta nadie, señor Axter —dijo Gilbert.

—Pues entonces avise al conductor…

El autocar arrancó y Gilbert volvió a toda prisa a sentarse cerca de Axter, de Odile y de Louis. Temía sin duda que hubieran estado hablando mal de él en su ausencia.

—Llegaremos enseguida… Bournemouth está aquí al lado… —dijo Axter.

—¿Y qué tal su mujer? —preguntó Gilbert, haciendo esfuerzos desesperados para que Axter le hiciera caso.

Pero éste había abierto un periódico que estaba leyendo muy ensimismado.

Detrás de los cristales todo desaparecía en una niebla blanca y brillante, y Louis se preguntaba por qué milagro el conductor podía orientarse.

Poco antes de llegar a Bournemouth, había salido el sol, por lo que Axter dijo:

—Ya ven que en Bournemouth el sol nunca falta a la cita…

Y Gilbert, que no había renunciado a participar en la conversación, añadió:

—Es un clima mediterráneo… Hay muchos pinos… y flores… Como suele comentar con frecuencia el señor Axter, Bournemouth es el Cannes de Dorset.

Esta adulación tan burda fue en vano, porque Axter se encogió de hombros.

Sacó una lista del bolsillo y dijo, volviéndose hacia Odile y Louis:

—Vamos a ir dejando uno por uno a estos jóvenes en las familias que los acogen… No tardaremos mucho…

—Estamos llegando a Christchurch, señor Axter —dijo muy serio Gilbert con el tono del guía de un safari que le indica una pista al cliente.

Axter miró la lista.

—Tenemos a alguien que se baja en Christchurch… Marie-José Quilini, en casa de los Guilford… Meryl Lane, 23… Dígale al conductor que se pare en Meryl Lane, 23…

Gilbert obedeció.

Y en todas las ocasiones transcurría el mismo ceremonial. El autocar se paraba en la dirección indicada, una casita o un chalet con un jardín delante. La familia estaba esperando, la madre y los niños en las escaleras de la fachada y el padre en la acera, ante la verja abierta del jardín, muy tiesos, como en posición de firmes. Axter bajaba del autocar con el chico o la chica del grupo, que le presentaba al padre. Gilbert iba detrás, llevando la maleta del estudiante. Luego, el padre, Axter y el estudiante de «Juventud-Intercambios» andaban hasta las escaleras, donde se entablaba una breve conversación con los miembros de la familia mientras Gilbert dejaba la maleta en el suelo. Luego, el padre volvía a acompañar a Axter y a Gilbert hasta el autocar. El miembro de «Juventud-Intercambios» se quedaba en las escaleras con la madre y los niños e, inmóviles otra vez, miraban cómo se iba el autobús.

Ya sólo quedaban en él Axter, Gilbert, Odile y Louis; Gilbert estaba cada vez más nervioso:

—Lo he puesto en Cross Road, Gilbert, en la misma familia que el año pasado —dijo Axter.

—Gracias. Así estaré cerca de su casa…

Titubeó. Dijo con voz atropellada señalando a Odile y a Louis:

—Y estos dos ¿a qué familia van?

—Se quedan en mi casa, en el centro.

Gilbert abrió unos ojos como platos.

—¿En su casa?

Hubiérase dicho que acababan de darle un puñetazo en el estómago. Tenía la cara descompuesta y los labios más gruesos aún, como si se los hubiera hinchado un fenómeno neumático y estuvieran a punto de explotar.

—¿Y por qué en su casa?

—Porque sí… ¿Le extraña?

El autocar se estaba parando en Cross Road delante de una casita flamante cuyo jardín cerraba una cerca blanca.

—Ya ha llegado, Gilbert…

Gilbert no se movía, intentando retrasar el momento de irse. Axter cogió su maleta. Entonces Gilbert se puso de pie de mala gana.

—Menuda suerte tienen ellos de vivir en su casa —dijo con voz silbante.

Axter dejó la maleta a la entrada del jardín y le dio la mano a Gilbert; luego fue a reunirse con Odile y Louis en el autocar.

Gilbert se había quedado clavado delante de la casita, sin hacer caso de la maleta. Tenía la cara de una palidez inquietante y no les quitó ojo a Odile y a Louis, enseñando los dientes, hasta que arrancó el autocar. A Louis lo dejó asombrado la expresión de odio y envidia de aquella mirada.

—No es mal chico, pero es un poco plasta —dijo Axter.

Bordeando un prado de césped muy corto y unos macizos de rododendros, un paseo enarenado serpenteaba hasta la casa, una villa grande de estilo anglonormando que coronaba un pináculo. En la puerta de entrada había la siguiente inscripción: BOSCOMBE COLLEGE.

—Ya hemos llegado —dijo Axter—. Les voy a enseñar su habitación.

Cruzaron un pasillo. Había puertas que daban a aulas.

—Aquí se dan las clases —dijo Axter—. Todas las mañanas. Por supuesto no los obligo a asistir.

Les guiñaba un ojo a Odile y a Louis, y en aquel inglés resultaba algo sorprendente.

Subieron las escaleras hasta el tercer piso. Axter abrió una puerta. Fueron por otro pasillo y desembocaron en una habitación abuhardillada de paredes blancas y sin un solo mueble. Habían colocado directamente en el suelo un colchón envuelto en sábanas rosa y una manta de lana escocesa.

—El cuarto de baño lo tienen aquí —dijo Axter.

Un cuartito con los cristales esmerilados donde había un lavabo y una ducha.

—Creo que estarán bien. Acabo de acondicionar este piso de la casa.

Cogió la maleta de Odile y la mochila de Louis, abrió el armario empotrado de la habitación y empezó a colocar la ropa en los estantes. Louis quiso impedirlo.

—No, no…, *please*…

Odile y Louis cruzaban miradas de asombro. Axter colocaba con un orden impecable las camisas, los jerséis, los vestidos y los pantalones.

—Qué divertido… Me recuerda el Trinity College…

Tras colocarlo todo, sacó con un gesto de lo más natural los fajos de billetes de banco que había en la mochila y en la maleta.

Los iba metiendo sobre la marcha en una bolsa grande de plástico verde que se había sacado del bolsillo y había desdoblado como un pañuelo. Se volvió hacia Odile y Louis:

—Ahora podemos llamar por teléfono a Roland de Bejardy para decirle que todo ha ido bien…

El teléfono estaba en la pared del pasillo. Axter hablaba en inglés. Asentía con la cabeza a las instrucciones que debía de estar dándole Roland.

—*Cherrioo, Roland… And give my regards to Nicole*…

Luego le pasó el auricular a Louis.

—Aprenda bien el inglés —le dijo Bejardy—. Siempre podrá serle útil en la vida…

Por la mañana, a eso de las nueve, los despertaba la voz de los estudiantes que cruzaban el jardín. Eran más de cincuenta los chicos y chicas que acudían al Boscombe College y, entre ellos, Louis divisó a Gilbert, con la pipa y la barbilla tensas. Iba de grupo en grupo ataviado con un kilt escocés y un jersey de cuello vuelto.

Odile y Louis habrían asistido de buena gana a las clases, pero había que madrugar y los que estudiaban inglés en el Boscombe College, aunque fuesen más o menos de su misma edad, les parecían unos extraños. ¿Qué les iban a decir? Nada. No compartían las mismas preocupaciones. La campana sonaba tres veces para anunciar un descanso y aquellos jóvenes se desperdigaban por el césped. Allí seguían las parejas besándose con mucha aplicación, como si cronometrasen los besos. Adolescencia feliz, limpia y segura de sí. Axter cobraba mucho por las clases del Boscombe y reclutaba la clientela entre las familias del distrito siete o del dieciséis y, como mucho, entre los franceses ricos de Argelia.

Se quedaban los dos en la cama y oían, bien arrimados, la voz grave de un profesor que dictaba un texto en inglés. Y de más lejos les llegaba el murmullo de un coro misterioso que repetía incansablemente la misma canción.

Hacía bueno todos los días y Odile y Louis almorzaban muchas veces con Axter en el comedor del Boscombe College. Axter se encargaba de hacer la comida personalmente y ponía y quitaba la mesa, encantado de dedicarse a esas tareas domésticas mientras estaba fuera su mujer, que pasaba unos días en Londres. El Boscombe había sido la villa de sus padres, ya difuntos, y, al salir de Cambridge, había convertido esa villa en *college*, el único medio que tenía de conservar una casa que tantos recuerdos de infancia le traía.

¿Dónde conoció a Bejardy? Ah, por pura casualidad, durante un viaje a Francia, a los veinticinco años. Un amigo norteamericano le presentó a «Roland», que dirigía una barcaza-restaurante en el Sena, por la zona de Neuilly. Sí. Era muy curioso eso de la barcaza-restaurante. Pero Louis le notaba cierto embarazo a Axter cada vez que salía Bejardy a colación.

Por las tardes, Odile y él salían e iban por la avenida del Boscombe College, flanqueada de villas de cercas blancas y bosquecillos verde oscuro, casi negro. De vez en cuando, un pino. Llegaban a Fisherman's Walk, una encrucijada con un grupo de tiendas. Había en ese sitio un salón de té de techos altos, vidrieras grandes y mesas minúsculas, como perdidas en un invernadero de naranjos. Al final de una calle en cuesta,

el mar.

Una cabina telefónica, roja y aislada, se alzaba en el centro de una glorieta que estaba a mayor altura que la playa, y al entrar se pisaba una capa de arena de unos cuantos centímetros, pero el teléfono funcionaba siempre y las guías eran nuevas. Una tarde, Louis llamó a Brossier a cobro revertido. Tenía que dar el número de la cabina y lo volverían a llamar al cabo de media hora. Cuando el timbre retumbó en aquel paisaje desolado, Louis y Odile se sobresaltaron. Una voz femenina: Jacqueline Boivin, la novia de Brossier…

—Ahora se pone Jean-Claude…

Louis le preguntó a Brossier hasta qué fecha tenían que quedarse en Bournemouth. Hasta la semana que viene, dijo Brossier. Él también estaba a punto de cogerse unas vacaciones con Jacqueline. ¿Dónde? Pues en la Ciudad Universitaria, en el barrio Deutsch de la Meurthe, que no desmerecía en nada de todas las ciudades balnearias y termales de Europa.

Dunas en cuyos flancos crecía la hierba a tramos. Y, en lo alto de esas dunas, a veces un banco. En uno de ellos dejaron la ropa y se pusieron los albornoces de rayas que les había prestado Axter. Fueron corriendo hasta el mar. El agua estaba helada, pero habían ganado la apuesta. Axter los había desafiado a que se bañasen en Bournemouth en el mes de abril.

Volvieron, carretera arriba, a Fisherman's Walk, con los dos albornoces metidos en una bolsa de playa. Soplaba un viento bastante fuerte. Entraron en el salón de té con dimensiones de invernadero de naranjos para tomar un grog.

¿Y si se quedaban unos cuantos meses? Axter les buscaría algún hotelito o a lo mejor les seguía concediendo su hospitalidad. Se habían olvidado de París. Y estaban contentos de oír en las mesas cercanas una lengua extranjera que no tardarían en saber y en hablar entre sí, con la impresión de estar empezando una nueva vida.

Se habían encontrado, al final del camino de las dunas de Boscombe, a un hombre que vestía una gabardina azul marino y llevaba una gorra a cuadros. El hombre les dirigió la palabra, pero no entendían muy bien qué decía. Les preguntó si eran «estudiantes franceses». Cuando respondieron afirmativamente, sacó una tarjeta de identidad con una barra morada y dijo varias veces las palabras *detective cinema*, para comunicarles seguramente cuál era su profesión. Luego les regaló una decena de entradas. Entradas gratuitas para varias películas. No les dio tiempo a agradecérselo. Se alejaba ya, y el viento hacía ondear, como si fuera una oriflama, la gabardina, que le estaba grande.

El cine estaba en Christchurch, un arrabal de Bournemouth bastante cercano al Boscombe College, y la sesión empezaba a las nueve y media de la noche. Cruzaban el puente del Stour, un río bordeado de prados cuya hierba, al crepúsculo, adquiría un tono azul. A la orilla del agua, a la salida del puente, se extendía un jardín con un quiosco de música, casetas donde se podía tirar al blanco con carabinas y jugar en las máquinas tragaperras, y merenderos delante de los pontones donde había amarradas barcas que se alquilaban de día.

Más adelante, en el recuerdo de Louis, aquel parque de atracciones, el río y el ruido de las máquinas tragaperras iban asociados al aroma a lavanda de Odile, que había encontrado un frasco de ese perfume en lo hondo del armario empotrado de su habitación del Boscombe College. De un altavoz salían canciones y música. Ante las casetas se agolpaban grupos con chaquetas de cuero negro, aquellos a quienes llamaban los «Teddy Boys». Y se oían sus peleas y sus risas incluso antes de cruzar el puente.

Sola, en una mesa del merendero principal, en la semipenumbra, estaba sentada una chica que también llevaba cazadora de cuero negro. Una pelirroja de nariz irlandesa, respingona. Le adornaba el cuello una cadena larga donde iban enhebradas unas veinte esclavas. Una noche les enseñó esas reliquias a Odile y a Louis. Llevaban nombres grabados: Jean-Pierre, Christian, Claude, Bernard, Michel… Esas esclavas pertenecían a franceses a quienes había amado en Bournemouth, de noche, debajo del espigón. Los otros, los Teddy Boys, no le dirigían la palabra y la trataban como a una apestada. Pero ¿qué culpa tenía ella si le gustaban los franceses?

Cuando entraban en el cine, el hombre de la gabardina azul estaba apostado, muy tieso, junto a la taquilla. Los llevaba personalmente, con una linterna en la mano, hasta sus butacas. Nunca había muchos

espectadores en los asientos de madera marrón oscuro de la sala.

Durante la proyección de la película, el hombre paseaba arriba y abajo por el pasillo central, sin quitarse la gorra. Se sentaba de vez en cuando, pero siempre en sitios diferentes, y miraba a su alrededor. Al acabar la película, volvía a apostarse junto a la taquilla y pasaba revista a los espectadores, de uno en uno, saludando con una inclinación de cabeza a Odile y a Louis. Deberían de haberle preguntado entonces en qué consistía ese trabajo suyo de *detective cinema*, pero la expresión seria y preocupada del hombre los intimidaba. Louis quería incluso regalarle algo para agradecerle las entradas gratuitas.

Le preguntaron a Axter qué podría querer decir eso de *detective cinema*. Axter no tenía ni la más remota idea y era la primera vez que oía hablar de ese oficio.

Cuando volvían al Boscombe College, el ventanal de la planta baja estaba encendido en muchas ocasiones. Una noche, Axter, que los había visto cruzar el jardín, les hizo una seña cuando subían las escaleras y los invitó a tomar algo.

Entraron en un salón muy amplio amueblado con sillones y sofás de cuero. Se les hundían los pasos en una alfombra de lana. En las paredes, cuadros que representaban escenas de caza y un grabado que le llamó la atención a Louis: los miembros de una familia reunidos en torno a una diligencia y, dentro de ella, un jovencito melancólico. La escena se llamaba: *Salida hacia el internado*.

—Mi mujer —dijo Axter.

Estaba sentada con otra mujer en uno de los sofás. Una rubia robusta de rostro severo y ojos azules que parecía mucho mayor que Axter.

—Louis y Odile Memling.

Axter había fingido siempre creer que eran hermanos.

—Encantada… —dijo la mujer en francés.

Les sonreía distraídamente.

—Les presento también a la mujer de mi amigo Harold Howard.

Ésta apenas los miró. Era tan alta como la señora Axter, de pelo negro y muy corto y rostro cuadrado y viril. Se metía bruscamente a intervalos una boquilla entre los dientes. Ambas mujeres siguieron con su charla y no volvieron a hacerles caso a Odile y a Louis. Axter, molesto por esa frialdad, carraspeó. Louis, para salvar la situación, estaba admirando el grabado.

—Qué hermoso…

—Pero también es triste esa salida para el internado, ¿no le parece? —dijo Axter—. Figúrese que yo a veces todavía sueño que tengo que irme al internado… A mi edad, ¿se da cuenta…?

—Michel es un maldito sentimental —dijo a su espalda una voz en un francés casi perfecto.

No lo habían oído entrar y los tres se volvieron.

—Les presento a mi amigo Harold Howard.

Un coloso pelirrojo con la cara llena de pecas, ataviado con un jersey granate de cuello vuelto, una chaqueta gruesa de tweed y un pantalón de pana verde muy ancho.

—Howard es un antiguo compañero del Trinity College…

Axter se los llevó a la parte del salón más alejada de donde estaban charlando las dos mujeres. Howard se acomodó en un sillón y apoyó las largas piernas en el antepecho de la ventana.

Axter se inclinó hacia él.

—He recibido una postal de Guy Burgess —le dijo en voz baja en francés.

—¿Guy? No… ¡No puede ser! —dijo Howard, estupefacto.

Axter miró furtivamente hacia el lugar en que estaban las dos mujeres como si tuviera que ocultarles ese acontecimiento importante. Luego, sacándose del bolsillo interior de la chaqueta la postal, se la alargó a Howard. Éste se quedó mucho rato mirándola con expresión conmovida.

—*Wonderful old boy!* Debe de ser desgraciado allí…

—Ya sabes que Guy siempre quiso ser desgraciado… —dijo Axter.

Afectado por la emoción, Howard le estaba entregando la postal a Louis. Una vista de un parque de Moscú. Por la parte de detrás de la postal estas sencillas palabras:

With kind regards
from
GUY

Le entregó la tarjeta a Axter, que se la metió en el bolsillo. Muchos años después, en Sunny Home, Louis leía las aventuras de Burgess y de sus amigos, y aquel nombre, Guy Burgess, bastaba para que recuperase todo el ambiente de Bournemouth, los rododendros, la playa de Boscombe, el frescor de la hiedra, el *detective cinema*, el perfume de lavanda de Odile.

—Vamos a beber a la salud de Guy —declaró Axter—. *What is your poison?*

—Eso significa: ¿qué toman? —dijo Howard.

Pero Axter les estaba sirviendo de oficio, en unas copas diminutas, un licor de reflejos granate, que hacía juego con el jersey de Harold Howard.

—¡A la salud de Guy! —dijo muy serio Axter.

—¡A la salud de Guy! —repitió Odile, riendo.

—¡Por el amigo Guy! —dijo Harold.

Brindaron.

—Guy era nuestro veterano en Darmouth y en Cambridge —dijo Axter.

Harold miraba a Odile y a Louis con sonrisa prometedora.

—¿Y a qué se dedican en la vida?

—A poca cosa —dijo Louis.

—Son todavía demasiado jóvenes para hacer algo malo en la vida —dijo Axter.

Odile se echó a reír.

—O bueno —dijo.

Axter y Howard se habían sacado, con un gesto casi sincronizado, la pipa del bolsillo. Axter estaba llenándola mientras Harold no dejaba de mirar a Odile y a Louis.

—Sí, es cierto… —dijo Axter pensativo—. Son todavía unos niños…

La luz de la lámpara iluminaba crudamente a Odile y a Louis y, en el sofá, estaban los dos muy juntos. Axter y Harold los observaban. Dos mariposas inmóviles pinchadas en una tela a las que contemplaban unos aficionados.

Harold y Axter tenían ahora en la boca sus respectivas pipas. Apenas se oía el cuchicheo de las mujeres, que charlaban en el otro extremo del salón. A lo mejor estaban aprovechando la distancia que los separaba de sus mujeres para relajarse y ponerse a gusto, como solían hacer tiempo atrás en su habitación del Trinity College. Axter se había desabrochado el cuello de la camisa y tenía la pantorrilla colgando por encima de uno de los brazos del sillón. Harold Howard seguía con las piernas apoyadas en el antepecho de la ventana y los calcetines de lana beige, demasiado anchos, se le iban escurriendo despacio por los tobillos.

—Deberían hacer un recorrido por Inglaterra… Si quieren, Michael y yo podríamos llevarlos a dar una vuelta —dijo Harold—. ¿Verdad, Michael? Podríamos por ejemplo llevarlos a que vieran Cambridge…

—Sería un placer. Pero creo que tienen que volver a Francia…

Sí, tenían que irse dentro de dos días. Cierta desorientación se iba adueñando de Louis. ¿Qué iban a hacer en París? Sintió la necesidad de contarles cosas a aquellos dos ingleses e incluso de pedirles consejo. Nadie les había dado nunca consejos a Odile y a él. Estaban solos en el mundo.

—¿De verdad que tienen que irse? —preguntó Harold.

Y vació la pipa dándole un golpe nervioso contra el tacón del zapato.

—¿Por qué tienen que irse?

A Louis le llamó la atención ese chasco infantil, pero también la preocupación y el afecto que le pasaron por los ojos a Harold Howard. Hacían un contraste peculiar con aquellas espaldas de coloso, con el tweed áspero, la pana y el olor acre a pipa que lo rodeaba.

Axter los acompañó a Southampton en el autocar con el que había ido a buscarlos. Sentados los tres al fondo del autocar vacío, no hablaban. Axter se fumaba pensativamente una pipa. El tiempo era desapacible.

El autocar aparcó junto al muelle de embarque, delante del cobertizo de la aduana. Axter les llevaba el equipaje y se lo presentó personalmente a los aduaneros. Cuando iban a embarcar en el *Normania*, sujetó a Louis por el hombro.

—En cualquier caso, debería tener cuidado con Roland… No dejar que tire de usted… Es un muchacho encantador, pero también es un… un…

Estaba buscando la palabra.

—Una especie de aventurero…

Se acodaron los dos en la borda mientras esperaban que el barco zarpase. Axter, de pie en el estribo del autocar y con la pipa en la boca, les hacía amplios gestos de adiós con los dos brazos.

Bejardy y Nicole Haas los estaban esperando en El Havre, a la salida de la aduana. Eran cerca de las ocho de la tarde y se estaba haciendo de noche.

—¿Han tenido buen viaje? —preguntó Bejardy con voz lánguida.

Nicole Haas les sonreía sin decir nada. Se sentaron los dos en el asiento trasero del coche de Bejardy. Éste se puso al volante y Nicole Haas se sentó a su lado.

Conducía deprisa y parecía nervioso. Nicole Haas y él no cruzaban palabra, como si acabasen de reñir. Bejardy había encendido la radio y de vez en cuando subía el volumen.

—¿Y qué, Roland? ¿Ha decidido algo? —preguntó Nicole Haas.

—No lo sé, Coco… Quizá el Hostal Verneuil, ¿no? ¿Qué te parece?

Ella no contestó. Bejardy se volvió hacia Odile y Louis.

—Seguramente están cansados del viaje… Es una tontería que hagan otras tres horas de carretera… Podríamos pararnos en un hostal… A menos que prefieran volver directamente a París…

Sin contestar, Louis le cogió la mano a Odile y se la apretó. Notaban perfectamente que su opinión no importaba nada. Y, por lo demás, Bejardy había subido aún más el volumen de la radio.

Estaban cenando. Nicole Haas no había querido entrar en el comedor principal, desierto, del hostal y Bejardy había escogido una mesa cerca de la barra.

Estaba claro que a Bejardy no le hablaba, pero con Odile y con Louis estaba muy amable.

—¿Y Axter? ¿Está bien? —preguntó Bejardy.

—¿Qué les parece Axter? —preguntó en el acto Nicole Haas, como si quisiera que contestasen a su pregunta y no a la de Bejardy.

—Muy simpático —contestó Louis—. Por lo visto, cuando lo conoció dirigía usted un restaurante en una barcaza, en Neuilly…

—Ah, ¿les ha contado eso? —dijo Bejardy, molesto.

—¿Tenías una barcaza, Roland? —preguntó Nicole Haas, irónica—. ¿Tú? ¿Una barcaza?

—No… Habíamos puesto un restaurante en una barcaza Brossier y yo —dijo Bejardy—. Por la zona del bosque de Boulogne…

—¿Y la barcaza? ¿Qué hiciste con ella?

—Era del Touring Club de Francia —dijo Bejardy, exasperado.

—Lo que me habría gustado verte en la barcaza esa… ¿Llevabas gorra de almirante?

Y Nicole, con el mismo gesto indolente que la primera vez, en París, encendía un cigarrillo con aquel mechero Zippo que tanto había sorprendido a Louis.

—Axter es un inglés auténtico —dijo—. ¿Vieron también a su mujer?

—Sí.

—A que parece su madre.

—Pues tienen la misma edad —dijo Bejardy, muy seco.

—Ni hablar… Debe de haber tanta diferencia de edad entre Axter y su mujer como entre tú y yo…

Bejardy se encogió de hombros. Le costaba no perder la calma. Odile miraba por turnos a Bejardy y a Nicole con mucho interés.

—¿No le parece que aparenta mucha más edad que yo? —preguntó Nicole a Odile, señalando a Bejardy.

Odile no sabía qué contestar. Louis agachaba la cabeza.

—No, no me lo parece —dijo Odile tímidamente.

—Es muy atenta, por lo menos, esta chica… —dijo Nicole—. Y bien educada.

—Mucho mejor educada que tú, Coco… —dijo Bejardy.

Ya no tenía la expresión crispada y le había cogido la mano a Nicole. Louis pensó que en el fondo le hacía gracia que Nicole lo tratase mal delante de los demás. ¿Un juego entre ellos?

—Nunca he conocido a nadie con tan mal genio como Coco —dijo Bejardy, acariciándole la mano.

Louis miraba el Zippo que Nicole había dejado encima de la mesa. Lo cogió, lo encendió y miró el humo negro que brotaba de la llama.

—Cuando estaba en el internado, soñaba con tener un mechero así…

—¿De verdad? —preguntó Nicole—. Entonces se lo regalo…

Le sonreía y era una sonrisa tan dulce y tan comprensiva que a Louis le dio la impresión de que en aquel momento podrían haber arrimado las caras y unido los labios.

—Que sí, que sí… Le regalo el mechero…

Habían reservado dos habitaciones para esa noche en un anexo del hostal, en el otro extremo del jardín. Cuando estaban saliendo del bar, Bejardy le agarró el brazo a Louis y lo hizo retroceder.

—Le agradezco el favor que me ha hecho. Ya volveremos a hablar de eso en París. Ya sabe, Louis, que le está esperando su comisión…

—Bah…, no merece la pena…, en serio…

Incluso le habría aliviado que a Bejardy se le olvidase pagarle la comisión.

—Sí, sí…, necesita dinero para sus gastos… A su edad…

Alcanzaron a Odile y Nicole Haas, que ya habían cruzado el jardín. Un farol colgado en la fachada del anexo guiaba sus pasos.

Se llegaba al primer piso por unas escaleras exteriores y las habitaciones daban a una galería que cerraba una barandilla de madera verde.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Tenían habitaciones contiguas.

A eso de las dos de la madrugada despertaron a Odile y a Louis unas voces que eran las de Bejardy y Nicole Haas. Al principio, no entendieron qué estaban diciendo. Bejardy hablaba sin que nadie lo interrumpiera y Louis pensó que estaba leyendo algo o que hablaba con alguien por teléfono.

—¡Cabrón! —gritaba Nicole.

—¡Calla!

Algo se rompía al caer al suelo.

—¡Estás loca! ¡Vas a despertar a todo el mundo!

—¡Me importa un carajo!

—¿Crees que van a pegarse? —dijo Odile.

Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Louis, junto al cuello. No se movían.

—¡Puedes quedarte con tu pasta! —vociferó Nicole Haas—. ¡Cojo el coche y me voy a París!

—¡Ya está bien!

Uno de los dos le daba una bofetada al otro. El ruido de una agarrada.

—¡Estafador! ¡Estafador! ¡Un estafador de mala muerte, eso es lo que eres!

—¡Cállate!

—¡Asesino!

—Coco…

Hablaban más bajo. De repente se reían. Silencio. De vez en cuando ella soltaba un gemido, cada vez más entrecortado.

Odile y Louis estaban quietos, con los ojos como platos. En el techo danzaban reflejos en forma de enrejado.

—Me pregunto qué estamos haciendo aquí —dijo Louis.

Desde hacía unos momentos notaba en aquella habitación la misma sensación de dependencia y de asfixia que se había adueñado de él en el internado y en el ejército. Los días van pasando y uno se pregunta qué hace ahí y cuesta trabajo creer que no se va a quedar preso para siempre.

—Deberíamos irnos —dijo Odile.

Irse. Pues claro. Bejardy no tenía ningún poder sobre él. Ninguno. Louis no tenía que darle cuentas de nada. Nada ni nadie tenía poder sobre él. Incluso el patio del internado y el del cuartel le parecían ahora irreales e inofensivos, como el recuerdo de los jardines de una glorieta.

En la plaza de Jussieu, como la tarde era templada, Brossier los estaba esperando en una de las mesas de la terraza. Cuando llegaron Odile y Louis, se puso de pie y les dio un abrazo. Aquel gesto tenía la impronta de un afecto que no era usual en él.

Había cambiado mucho desde el día en que se habían ido a Inglaterra… Llevaba un chándal viejo azul cielo, calzado de baloncesto y en la cara enflaquecida le estaba empezando a crecer una barba que se palpaba de tanto en tanto.

—Louis, tengo una gran noticia que darle… Ya no trabajo con Bejardy… Se acabó…

Estaba al acecho de las reacciones de Louis y de Odile, con expresión victoriosa.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Odile.

—La verdad…, nunca había sido tan feliz…

Sacaba pecho.

—Esto es lo que hay… Me he matriculado como oyente en la facultad de ciencias… Lo cual me permite sentirme aún más próximo a Jacqueline… Tenemos clase en el mismo edificio, en el muelle de Saint-Bernard.

—Pero ¿ha roto por completo con Bejardy? —preguntó Louis.

—Por completo, no quiero volver a verlo. He hecho borrón y cuenta nueva con todo un período de mi vida. Ahora soy un hombre completamente nuevo, Louis…

Entre el viajante de comercio de cara abotagada que Louis había conocido en Saint-Lô y aquel hombre en chándal, de ojos brillantes y mejillas chupadas, no quedaba ya el mínimo aire de familia. ¿Había conservado los sombreros tiroleses?

—Disculpen —dijo Brossier—. Tengo una pinta… Vengo de un gimnasio adonde voy una vez a la semana…

—¿Y yo? —dijo de repente Louis—. ¿Voy a quedarme yo solo con Bejardy? ¿Me deja usted tirado?

—Qué va…, qué va… Tengo la esperanza de que siga mi ejemplo… Jacqueline llega enseguida… Tenía una clase algo más larga esta tarde…

Hizo un ademán amplio que abarcaba la plaza entera que tenía delante.

—Me encanta el barrio este de Jussieu… Nunca salimos de él Jacqueline y yo aparte de la Ciudad Universitaria…

La plaza, con sus árboles, era la de una ciudad de provincias. Unas cuantas personas, al filo de la acera, jugaban a la petanca. En el café cercano estalló una música de juke-box.

—Debería enseñarles el barrio… El jardín botánico está aquí al lado… Y el anfiteatro de Lutecia, adonde me lleva a veces Jacqueline… Cuando no vamos al restaurante universitario o al comedor de la Ciudad Universitaria, cenamos en un restaurante mexicano pequeño que está al lado del anfiteatro de Lutecia… Iremos juntos una noche, si quieren…

Ya no hablaba con voz gutural, sino que se la animaba un fervor que la volvía clara y melodiosa. Había renunciado a su vocabulario habitual; y aquellas palabras informales que salpicaban antes su conversación, «fígaro, viruta, pasta, ni un pitoche», en la actualidad habrían desentonado en sus labios.

Jacqueline Boivin se había sentado a su mesa con una cartera escolar en las rodillas, y su elegancia etíope tenía a Louis maravillado.

—¿Qué tal la clase? ¿Bien? —preguntó Brossier, dándole un beso en la frente.

—Muy bien.

Se volvió hacia Odile y Louis.

—Me alegro de volver a verlos. ¿Ya se lo ha contado Jean-Claude?

Pedía una aprobación con los ojos.

—Creo que ha hecho bien —dijo Louis.

—¿Nos acompañan a la Ciudad Universitaria? —propuso Brossier—. Podemos comer algo allí. Jacqueline, te llevo la cartera…

Pasaron por delante del liceo Henri-IV, luego por delante de la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont y salieron a la plaza de Le Panthéon: Jacqueline Boivin le daba el brazo a Brossier y éste llevaba la cartera en la mano.

—¿Conocen este barrio? —preguntó Brossier.

—No —dijo Odile—. Yo no he sido estudiante.

—Nunca es tarde para empezar a serlo… Aquí está la prueba…

Se señalaba con el dedo y besaba a Jacqueline Boivin en el cuello.

—Sólo queda rellenar los impresos de matrícula —dijo Louis.

En la calle de Soufflot, delante de las terrazas del Mahieu varios grupos charlaban animadamente mientras iban derivando de izquierda a derecha. Brossier, quieto, tenía abrazada estrechamente a Jacqueline Boivin. Junto a ellos, Odile y Louis cedían a los empujones de aquellos racimos humanos y dejaban que los arrastrase su flujo. Afortunadamente, Brossier los sujetó con mano firme.

—A la derecha, en el bulevar de Saint-Michel —dijo con la voz sentenciosa de un guía—, tienen Capoulade… Luego está la librería Picart, adonde vamos muchas veces Jacqueline y yo. Y Chanteclair, la tienda de discos… Más abajo, Gibert, donde vendo a veces libros viejos para tener algo de dinero para gastos… y el Café de Cluny… En el primer piso del Café de Cluny hay jugadores de billar…

Perdía el resuello como si lo invadiera un pánico repentino al pensar que le iba a faltar tiempo para revelarles los múltiples encantos del barrio. Y que no le bastaría con toda una vida.

En la estación de Le Luxembourg estuvieron esperando, sentados en los bancos, a que llegase el tren de Sceaux.

—Debería seguir mi ejemplo, Louis, y romper definitivamente con Roland… Seguramente tiene influencia sobre él, Odile… No debe seguir trabajando con Bejardy.

En el tren que los llevaba a la Ciudad Universitaria, Brossier estrechaba tiernamente a Jacqueline contra su hombro.

—Voy a hablarle con sinceridad, Louis… Roland es un hombre acorralado… Abandone el barco antes de que se hunda…

—¿Lo conoce hace mucho? —preguntó Louis.

Notaba que podía volver a hacer las preguntas a las que Brossier contestaba con evasivas hasta entonces y que éste le proporcionaría aclaraciones y detalles más específicos ahora que todo había acabado ya entre Bejardy y él.

—Conocí a Roland después de la guerra… Va a hacer casi veinte años…

—Por lo visto hubo un tiempo en que pusieron juntos un restaurante en una barcaza —dijo Louis.

—Ah, sí… La Goélette de Longchamp… ¿Quién le ha hablado de eso? Una auténtica catástrofe… Roland se empeñó en que los camareros fueran vestidos de vaqueros de la Camarga…

Besaba a Jacqueline. Un beso travieso en la mejilla.

—¿No te aburres, cariño, con estas historias de excombatientes?

Jacqueline se encogió de hombros con simpatía y le lanzó una mirada cómplice a Odile. Habían llegado a la estación de Denfert-Rochereau.

—Conocí a Roland cuando tenía dieciocho años… Él me llevaba cinco años…

Se inclinó hacia Louis.

—El drama de Roland podría caber en una única frase: «Quiero, pero no puedo…» Disculpe la grosería: Roland siempre ha querido cagar más alto de lo que le daba el culo…

Ahora le salía el Brossier de Saint-Lô.

Se bajaron en la Ciudad Universitaria. Delante de ellos, un jovencito iba dándole con el pie a un balón de fútbol. Brossier le hizo una finta y consiguió regatear hasta las escaleras sin que el jovencito pudiera volver a hacerse con el balón. Estaba encantado de la hazaña.

—¿Comemos algo donde el turco? —dijo Brossier—. Queda un poco más abajo…

Iban por el bulevar de Jourdan hacia el estadio Charléty. Luces de neón azules y rosa iluminaban algo así como un mostrador acristalado en plena acera, bajo los árboles. Alrededor, unas cuantas mesas.

—Cuatro sándwiches club y cuatro jarras de cerveza —le pidió Brossier al dueño.

El viento les traía los olores del parque de Montsouris y, como la noche era clara, divisaban al final de la pradera de césped el palacio del bey de Túnez. Enfrente, al otro lado del bulevar desierto, el pabellón de Gran Bretaña cuyo vestíbulo forrado de madera había dicho Brossier que le gustaba. De la estación, algo más arriba, salía de vez en cuando un autobús vacío.

—¿Qué van a hacer estas vacaciones? —preguntó Brossier.

Jacqueline y él habían decidido quedarse en París en julio y agosto. Por las mañanas tomarían baños de sol en el césped de la Ciudad Universitaria. Y por las tardes jugarían a hacer de turistas. Irían a ver los Inválidos, el Louvre, la Torre Eiffel, la Sainte-Chapelle. Por las noches cenarían en los *bateaux-mouches*. A lo mejor llegaban hasta Versalles, metiéndose en un autocar de «visitas organizadas», y asistían a algún espectáculo de «luz y sonido» a orillas del estanque de Neptuno.

—Me divierte mucho dedicar a todas esas cosas las vacaciones —dijo Jacqueline—. Deberían venir con nosotros…

—Lo principal —dijo Brossier— es apuntarse a visitas organizadas… Nos lo darán todo hecho…, con guías… Se da cuenta, Louis… Guías…

Insistía en el tema de los guías. Sí, desde hacía una temporada sentía una necesidad vital de «organización» y de «guías».

Pero Louis quería a toda costa saber cómo había conocido Brossier a Bejardy.

—Volvamos al principio —dijo Brossier—. Decíamos que conocí a Roland nada más acabar la guerra, en una casa de huéspedes de Neuilly que se llamaba Les Marronniers… Vivía allí con su madre y su novia de entonces…, una inglesa…

Y él, Jean-Claude Brossier, un joven grueso de diecinueve años, llegaba de Normandía y se había matriculado en la escuela de artes y oficios Boulle. Pero no había tardado en olvidarse de la escuela Boulle para vivir la vida al ritmo de ellos. Hacían excursiones en coche, a veces hasta Deauville; iban a las carreras; y, por las noches, jugaban al bridge con la señora De Bejardy en el saloncito de Les Marronniers. A Roland le habían concedido la medalla militar en Alemania y se estaba lanzando al mundo de los negocios. Y Hélène, la novia de Roland… Era tan perezosa, Hélène… Un día que llevaron a la casa de huéspedes un paquete de café, cosa que escaseaba en aquella época de restricciones, Hélène suspiró ante la perspectiva de que iba a tener que moler el café aquel.

Jacqueline Boivin se estaba comiendo muy formal el bocadillo. Odile tenía un cigarrillo en los labios, que Louis le encendía con el Zippo. ¿Y Brossier? Parecía triste de repente por sacar a colación aquellos recuerdos lejanos. Se le puso cara de cansancio y Louis se arrepintió de haber preguntado.

—Sí, vine de Normandía para estudiar en la escuela Boulle…

Estaba cada vez más pálido, como si se diera cuenta de que la cartera que tenía en las rodillas, el chándal, su categoría de estudiante y la mismísima Jacqueline Boivin con su falda gris plisada no bastaban ya para protegerlo del tiempo que pasa y de la indiferencia del mundo.

Otra vez estaba Louis montando guardia en el garaje de la calle de Delaizement por las mañanas y por las tardes. O entregaba sobres en París o en el extrarradio, como hacía antes del viaje a Inglaterra.

No había querido la comisión pese a la insistencia de Bejardy, y cuando éste le explicó con voz falsamente despreocupada que unos mozos de mudanzas iban a ir a recoger los muebles y las carpetas del garaje, Louis notó que llegaba la desbandada. Pero no se atrevió a hacer preguntas.

—Estoy liquidando el garaje —le dijo Bejardy.

Ya estaba vacío. Los coches americanos habían desaparecido… Y los Mercedes también. Sólo quedaba un Simca gris viejo con las ruedas pinchadas, al fondo del todo, pero nunca se había movido de ese sitio.

Una tarde, ayudó a Bejardy a trasladar unas carpetas junto a ese Simca, en un sitio en que se alzaba, pegada a la pared, una chimenea de ladrillos. Bejardy metió en ella unos cuantos leños. Abría las carpetas de una en una, arrojaba a las llamas sobre la marcha las hojas y removía las cenizas con una vara larga de hierro.

—El fuego lo purifica todo —dijo pensativamente.

—¿Así que Brossier ya no trabaja con usted? —preguntó Louis.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo encontré el otro día.

Bejardy estaba mirando el contenido de una carpeta, sentado en el estribo del Simca viejo. Alzó la cabeza.

—Creo que se ha enamorado. ¿Qué quiere que le haga yo?

—Me contó que lo conocía desde hace mucho…

—Sí, somos amigos… casi de infancia… —dijo Bejardy con tono evasivo.

—Por lo visto se conocieron nada más acabar la guerra, en una casa de huéspedes de Neuilly.

A Bejardy le pasó por los ojos una expresión de alarma.

—¿Y qué más le dijo?

—Nada. Que vivía allí con su madre.

—Ah…, ¿le habló de mamá?

Un esbozo de sonrisa. Luego se volvió a poner serio.

—Mire, llevo toda la vida cargando con Brossier…, siempre… Son cosas que pasan con frecuencia…

Se levantó y fue a tirar unas cuantas hojas a la chimenea.

—Me comunicó que ahora quería intentar vivir su propia vida, mi querido Louis…

Soltó una risa breve que parecía una tos.

—Pero es ya demasiado viejo… Estoy seguro de que antes o después volverá a buscarme… Con el rabo entre las piernas… Pero ya no estaré…

Los rayos del sol atravesaban la vidriera del fondo y dibujaban una mancha grande en el suelo. Louis y Bejardy estaban sentados en el centro de esa mancha, igual que unos paseantes que hacen un alto en un calvero. El fuego chisporroteaba.

—Me estoy deshaciendo de mis negocios aquí —dijo Bejardy—. Pero voy a volver a necesitarlo una vez más, mi querido Louis…

Llegó al muelle de Louis-Blériot por una bocacalle y entró en el edificio con la bolsa verde en la mano. Bejardy le abrió.

—Ha cogido todas las carpetas que quedaban, ¿verdad?

—Sí.

Bejardy pasó revista rápidamente a las carpetas amontonadas en la bolsa.

—Deme eso…

Anduvo delante de Louis. Curiosa silueta de espaldas, con aquella bolsa, como si volviera de la compra.

En el salón, Louis se dio cuenta de que faltaban muebles. Sólo quedaban ya el sofá grande y los dos sillones. Habían sacado los libros de las estanterías y estaban apilados contra la pared.

—También voy a deshacerme del piso —dijo Bejardy—. Si le interesan los libros…

Se acercaron al sofá. Nicole Haas, con pantalones de montar, estaba echada en él, dormida. Tenía la mejilla apoyada en el brazo del sofá y a Louis lo enterneció aquella cara sosegada y aquella boca entreabierta. Bejardy le dio un golpe suave en el hombro. Abrió los ojos y, al ver a Louis, se incorporó.

—Disculpen…

—No pasa nada, cariño.

Por las puertas acristaladas, entornadas, el viento inflaba los visillos de gasa igual que el día que Odile y Louis coincidieron con Nicole Haas por primera vez.

—Deberías aprovechar que hace tan bueno, Coco… —dijo Bejardy—. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Voy a ir a ver a los caballos.

—Louis puede llevarte en coche. Yo tengo que quedarme…, estoy ocupado…

Sonó el teléfono y Bejardy se fue al otro extremo de la habitación para cogerlo. Louis estaba sentado frente a Nicole Haas. Ella no decía nada, pero le sonreía, con expresión un poco adormilada aún. Y esa sonrisa, esos ojos claros clavados en él, la ondulación soñadora de los visillos a impulsos del viento, el ruido del motor de una barcaza, todo eso junto componía uno de esos momentos cuyo recuerdo permanece.

En Neuilly, en la calle de La Ferme, Nicole Haas le dijo que se detuviera ante una casa de poca altura, cuya planta baja ocupaba por entero un bar, el Lauby. Paredes de madera. Semipenumbra. Fotografías de caballos y de jinetes. Estribos. Fustas. Olor a cuero.

Un hombre que estaba en una de las mesas se puso de pie y se acercó a besarle la mano a Nicole Haas. Iba con traje de montar también él; era de corta estatura, muy tieso, con el bigote y el pelo negros y aspecto de maniquí de cera. Se le atropellaban las palabras en la boca, se demoraba en una sílaba, se tragaba otra, dejaba la siguiente en el aire e imitaba tan bien la forma de hablar a trompicones de algunos anglosajones que uno acababa por preguntarse si hablaba en francés. Louis se enteró por Nicole Haas de que aquel hombre era marqués y que, durante una prolongada estancia en Norteamérica, se había casado con una actriz de cine y se convirtió en su mánager. Al regresar a Francia se hizo cargo de la dirección del picadero que había enfrente del Lauby. Y lo único que se había traído de Norteamérica era esa categoría de «mánager» que figuraba en sus tarjetas de visita y a la que tenía más apego que a su título nobiliario.

—¿Así que nos deja todavía una temporada sus caballos, Nicole?

—Sí. Un mes más.

—¿Y luego a la Argentina? Dígame, ¿está ya decidido?

—No lo sé.

—Tendrá que avisarme con tiempo… Tengo allí muy buenos amigos. Dodero, Gracida… Pierre Eyzaguirre… No, no…, ése es chileno… Uno se arma un lío con todos esos gauchos…

La voz del marqués se había vuelto muy chillona al citar el nombre de sus amigos.

—¿Bebe algo? ¿Le apetece? ¿Scotch? ¿Café? ¿Té? Dígame.

Hacía curiosos molinetes con las manos, como si los puños lo molestasen.

—¿Monta a caballo?

—No —dijo Louis.

—¿Por qué?

—Todavía no ha tenido ocasión —dijo Nicole Haas.

—Tiene que empezar —dijo el marqués, muy serio.

Salieron del Lauby y entraron por la puerta del picadero.

—Los dejo —dijo el marqués—. Tengo que dar una clase de equitación a la hija de Robert de Unzue… Hasta muy pronto, Nicole… Y lo de la Argentina dígamelo, ¿eh?… Tengo que saberlo para el alojamiento de los caballos…

El marqués los saludó con un gesto breve de la mano y cruzaron el patio enarenado hacia las cuadras. Nicole Haas quería enseñarle sus caballos a Louis. Tenía dos, uno rubio tordo y un bayo, que asomaban del box las cabezas; les acarició la frente.

Encima de las cuadras, algo así como un palomar cubierto de hiedra.

—Tengo arriba una habitación… ¿Quiere verla?

Subieron por una escalera de caracol diminuta. Nicole Haas abrió la puerta. Un cuartito tapizado de tela de Jouy con una cama estrecha cubierta por una colcha de terciopelo azul claro.

—Vengo mucho aquí… Es el único sitio en que me encuentro a gusto… Estoy cerca de los caballos…

Entornó la ventana y luego se echó en la cama.

—Me he preguntado siempre por qué trabaja con Roland…

—Son las casualidades de la vida… —dijo Louis.

Se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el filo de la cama.

—¿Y qué va a hacer cuando se marche?

—No lo sé —dijo Louis—. ¿Y usted?

—Él u otro; lo que importa es que encuentre a alguien que me permita mantener a mis caballos.

Le apoyó a Louis la cara encantadora y enfurruñada entre el cuello y el hombro.

—Quiere llevarme a la Argentina… ¿Qué voy a hacer yo en la Argentina?

Le soplaba en el cuello.

—¿Sabe que Roland es un asesino? Sí, un asesino… Hubo artículos en los periódicos en su momento… ¿Qué iba a hacer yo con un asesino en la Argentina? No parece usted darse cuenta, Louis… Yo, allá lejos, a solas con un asesino…

¿Hasta qué hora se quedaron en aquella habitación, en aquella cama estrecha? Nicole tenía una cicatriz en el hombro, en forma de estrella, que Louis no podía por menos de recorrer con los labios. El recuerdo de una caída de caballo. Cayó la tarde. Se oían ruido de cascos, un relincho y la voz chillona del marqués gritando órdenes a intervalos cada vez más largos, igual que si volviera, claro y desconsolado, un motivo de flauta.

Nos deslizábamos hacia el verano. Bejardy cada vez le daba menos trabajo a Louis, que pasaba casi todos los días con Odile. A veces quedaban con Brossier y Jacqueline Boivin en la Ciudad Universitaria y hacían una merienda campestre en la pradera de césped o paseaban por el parque de Montsouris. Mary iba muchas veces a Montmartre. Había localizado, cerca de su casa, un «local en alquiler» para la tienda de «ModeFashion» de Odile y suya.

Por la noche, andaban despacio por el terraplén hasta la plaza Blanche y Pigalle. Iban a ver a Jordan, que por fin había conseguido que lo contratasen en un cabaret de la calle de Les Martyrs y seguía usando para actuar el vestido que le habían hecho Odile y Mary. O, sencillamente, iban calle Caulaincourt arriba y luego por la avenida de Junot y hacían el camino inverso. Toda la noche, en la calle de Caulaincourt, la entrada del Hotel Roma brillaba como un puesto de vigilancia.

Se encontraban en la avenida de Junot con un hombre de estatura elevada que llevaba con una correa un setter irlandés. Se saludaban. El setter irlandés parecía sentir una simpatía espontánea por Odile y Louis.

Y esa noche, en la terraza de Le Rêve, el hombre aquel estaba en una mesa al lado de la de ellos y el setter irlandés le había apoyado la mandíbula en la rodilla a Odile.

—¿La molesta mi perro, señorita? Si la molesta no tenga empacho en decírselo…

Apenas movía los labios, pero tenía una voz de bajo de mucho alcance.

—No, no, no me molesta —dijo Odile, que estaba acariciando al perro.

—¿Viven en el barrio?

—Sí —dijo Louis—. Algo más abajo, en esta calle…

—¿En qué número?

—18 bis.

—¿En qué piso?

Louis titubeó antes de contestar.

—En el quinto.

—¡No puede ser!… ¿En el estudio?

—Sí.

—¿Me permiten?

Se sentó en la mesa de Odile y Louis visiblemente emocionado. El pelo gris y corto, la cara de rasgos abultados, el arco ciliar muy marcado y las espaldas anchas que resaltaba la chaqueta de pana le daban pinta de antiguo boxeador. Lo rodeaba un olor de cuero viejo y ceniza fría.

—Era mi estudio hace tiempo, ya ven…

Algo desmentía el aspecto macizo y brutal de aquella cara, sin que pudiera saberse qué con exactitud.

—Tienen que reconocer que a veces se dan unas coincidencias…

—¿Es usted pintor? —preguntó Odile mientras seguía acariciando al perro.

—Por entonces sí… Cuando vivía en el estudio… Dibujaba las cubiertas de los programas de los musichalls… Pero no les voy a contar mi vida… Por cierto, ¿han conservado el bar y el ventilador?

—Sí —contestó Louis.

—El de los dibujos chinos soy yo.

Miraba atentamente a Odile y a Louis con los ojos saltones, alzando la cabeza y, en los labios, una sonrisa algo irónica.

—No me he presentado… Bauer…, para celebrar esta curiosa coincidencia los invito a un aguardiente de ciruela… Vivo aquí al lado.

La voz era tan imperiosa que realmente no se le podía decir que no.

En la avenida de Junot, entraron en el portal de uno de los edificios pequeños construidos en la década de 1930, de ventanales en forma de arco. Bauer iba delante con el perro.

—Si no les importa, hagan el menor ruido que puedan —dijo en voz baja—. Mi madre está durmiendo…

Cruzaron de puntillas un pasillo y entraron en una habitación bastante amplia, un salón o un comedor. Bauer cerró la puerta despacio cuando hubieron entrado.

—Podemos hablar… Aquí mi madre no oirá nada…

La habitación estaba amueblada con un aparador y una mesa y unas sillas de estilo rústico, color nogalina. Un reloj tirolés de péndulo entre las dos ventanas, un sillón tapizado de seda crema y unas cuantas rosas en un jarrón, en el estante del aparador, alegraban un poco el ambiente. Louis se fijó en una foto tomada a contraluz de un hombre apoyado en el palo de un velero y cuya silueta tenía de fondo un

mar centelleante.

—Alain Gerbault…, lo conocía mucho a los diecisiete años —dijo Bauer.

Y aquella foto aportaba a la habitación un encanto nostálgico, como una bocanada del aire de alta mar o la llamada de una guitarra hawaiana.

—Siéntense… Siéntense…

Encima de la mesa había un hule. El perro se subió a una silla, junto a Odile, y allí se quedó, tieso, sin apartar los ojos de Bauer, mientras éste les servía el aguardiente de ciruela en copas de champán.

—Parece que a su perro también le apetece —dijo Odile.

Bauer soltó una carcajada.

—Bueno, pues nada, una copa para el perro.

Llenó hasta arriba una copa de champán y se la puso delante al perro, desconfiado. Luego sacó de uno de los cajones del aparador un álbum grande encuadernado en cuero verde.

—Miren… Son recuerdos de la época en que vivía en el taller… Donde viven ustedes ahora…

Louis había abierto el álbum y Bauer se había quedado de pie detrás de él, de Odile y del perro. En las dos primeras páginas sendas fotos que protegía una hoja de plástico. Dos hombres de rasgos regulares, uno moreno y otro rubio. Las fotos eran de hacía alrededor de treinta años.

—Pierre Meyer y Van Duren… Dos artistas de music-hall… Los dos hombres a los que más he admirado en la vida…

—¿Por qué? —preguntó Odile.

—Porque eran guapos —dijo Bauer con tono que no admitía réplica—. Los dos se suicidaron… Alain Gerbault también, hasta cierto punto…

Louis pasaba las hojas del álbum. Cubiertas de programas de varios music-halls, firmadas «Bauer» con letra grande y plumeada.

—¿No conocería por casualidad a mi madre? —preguntó Louis—. Trabajaba en Le Tabarin…

—¿Tu mamá? No, muchacho… No conocí a nadie de Le Tabarin… Trabajé sobre todo para la Miss[6]…

En las siguientes páginas estaban pegadas fotos de jóvenes con sus nombres y fechas cada vez más cercanas. Las generaciones se iban sucediendo. Y, entre aquellos jóvenes, todos a cual más rozagante, un hombre de edad madura, con cara de buenazo, labios sinuosos y que guiñaba los ojos:

—Éste es Tonton, de Le Liberty's…

Con la luz cruda de la lámpara del techo brillaban las hojas de plástico que protegían todos aquellos recuerdos. Al perro parecía interesarle el álbum, que olía de vez en cuando, y su aliento cubría de vaho las fotos cuando Louis tardaba en pasar la página. Odile apoyaba la cabeza en el hombro de Louis para ver mejor.

—Qué fotos tan interesantes tiene —dijo—. ¿Suele mirarlas?

—No. Me dejan de lo más aplanado…

—¿Por qué?

—Es triste pensar que todos esos chicos tan guapos se han hecho viejos o han desaparecido… Y yo sigo aquí, como un pontón viejo y podrido que los vio pasar. Ya sólo me quedan sus fotos… Quería hacer otro álbum, con las fotos de todos los perros que he tenido en la vida, pero no me sentí con valor.

Se le ponía ronca la voz. Se había desplomado en una silla y le cogía la mano a Odile.

—Es usted demasiado joven aún para entenderlo, queridita… Pero cuando hojeo este álbum y los miro, uno detrás de otro, me da la impresión de que son olas que han ido rompiendo por turnos…

A Louis le dio un salto el corazón. No podía creer lo que estaba viendo. Bajo la hoja de plástico brillante, una foto: Brossier y Bejardy, uno junto a otro. Brossier con cara redonda no liberada aún del todo de la infancia; Bejardy, con apenas veinticinco años, mirada y sonrisa seductoras y el pelo negro y ondulado.

—¿Los conoce? —preguntó Louis, limpiando el vaho que el aliento del perro había dejado en el plástico.

Bauer se acercó el álbum.

—Sí… Sí… Al jovencito, el que se parece a Roland Toutain, lo mandé a clases de arte dramático…

Con el índice señalaba a Brossier.

—Pero no dio resultado… Incluso lo puse a trabajar conmigo en el negocio de antigüedades… Luego creo que fue auxiliar en una compañía de aviación… Air Brazzaville… El otro es otra cosa… Intentó venderme cuadros… Fue por mal camino… Lo juzgaron por lo penal, por el asesinato de un americano… Lo absolvieron… He conservado los recortes de periódico, si le interesan… Acabó por dirigir un restaurante en una barcaza, en Neuilly… Incluso quería que me encargase de la decoración…, algo de estilo «corsario»…

Pero ¿quiere el recorte de prensa que habla de él?

—Con mucho gusto —dijo Louis con tono falsamente despegado.

Bauer metió una mano debajo de la foto y sacó un sobre, que le alargó a Louis. Éste se lo metió enseguida en el bolsillo como si se tratase de una bolsita de cocaína.

—Encantado de que estas cosas del pasado le interesen todavía —dijo Bauer.

—¿Dónde los conoció? —preguntó Odile, pasmada.

—¿A éstos? Ya no me acuerdo… En el local de Tonton a lo mejor… Estoy perdiendo la memoria… Vamos, ya basta, chicos…

Cerró el álbum con gesto breve y lo guardó en el cajón del aparador.

—Si sois buenos, os regalaré este álbum algún día.

Louis se había puesto de pie, con el impacto de la emoción. Estaba quieto, atontado ante aquel descubrimiento.

—¿Me permite? —dijo Bauer, indicándole con el ademán que se volviera a sentar.

Tenía en la mano una máquina fotográfica en que estaba colocando un flash diminuto.

—Acabo de comprarla… Hace fotos en color… instantáneas… Arrímense los dos… Tú también, Guy…

Louis giró la cabeza. Bauer sonreía.

—Guy es mi perro…

Guy apoyó el hocico del perro en la muñeca de Odile. Bauer miró por el objetivo.

—Muy bien… Entran los tres…

El flash le hizo guiñar los ojos a Louis. Pensaba en Bejardy y en Brossier. Pero también se repetía la breve frase de Bauer: «… Olas que han ido rompiendo por turnos.» Seguramente Bauer pegaría la foto en el álbum, con la fecha, y Odile, él y el perro sólo habrían sido, después de tantos otros, una ola.

En el sobre había un recorte de prensa amarillento:

«Ayer por la noche, los inspectores de la policía judicial detuvieron en una casa de huéspedes de Neuilly, en la calle de Charles-Laffitte, a Roland Chantain de Bejardy, de veinticinco años de edad, presunto asesino del norteamericano Parker.

»Es algo probado que Parker, llegado a Francia a principios del año 1946, había tenido graves problemas con la justicia de su país. En Francia, se le abrió una investigación por traficar con excedentes americanos con la complicidad de un empleado del P. X. de SaintCloud y que abarcaban a la vez tractores, cubiertas de lona y material de radio. Chantain de Bejardy era una de las personas a quienes encargó Howard Parker que dieran salida a la mercancía.

»Al parecer, el joven le hacía las veces de secretario privado a Parker, que le llevaba alrededor de veinte años. Según algunos testimonios se los veía con frecuencia a ambos en L'Étape, un bar de la calle de Pierre-Charron donde Parker quedaba con la gente. Estaban juntos en L'Étape pocas horas antes del crimen.

»Roland Chantain de Bejardy, nacido en una familia de alcurnia, asegura ser corredor de objetos de arte. Durante la Liberación, se alistó en el ejército de De Lattre y por su comportamiento heroico lo condecoraron con la Medalla Militar a los veintitrés años. Su padre era conocido en los ambientes hípicos y fue mucho tiempo presidente del Tattersall francés y del polo de Biarritz. Tras su muerte la familia se vio en dificultades y Chantain de Bejardy vivía con su madre en la casa de huéspedes de Neuilly donde lo han detenido.

»En las dependencias de la Policía Judicial interrogaron a dos personas cercanas a él, Hélène Mitford y Jean-Claude Brossier, de diecinueve años, que vivían también en la casa de huéspedes de la calle CharlesLaffitte. Varios testimonios parecen imputar gravemente a Chantain de Bejardy y permitieron identificarlo en un plazo de cuarenta y ocho horas. Para empezar, el de Jean Tolle, de Meriel, dueño de un garaje, que vio al asesino y lo describió con precisión: alrededor de veinticinco años, alto y muy elegante. Le compró dos bidones de gasolina. Una vecina de Garches, la señora Seck, proporcionó también una descripción del asesino idéntica a la del señor Tolle. Atravesaba un bosque con sus perros en dirección a Rueil cuando oyó dos disparos muy seguidos. Arrancó un coche y le pasó a pocos metros, con lo que tuvo tiempo de ver al conductor; tenía veinticinco años más o menos, igual que el hombre que compró la gasolina en Meriel y, lo mismo que éste, pelo negro, rostro imberbe y rasgos finos. Junto a él, apoyado en su hombro, iba desplomado un hombre. La señora Seck, intrigada, anotó la matrícula del coche: era el Delahaye 12 CV granate 9092 RM 1 que utilizaba Chantain de Bejardy y se veía con frecuencia aparcado delante de la casa de huéspedes de Neuilly.

»A primera vista, resultan difíciles de entender las razones que podrían haber movido a Chantain de

Bejardy a asesinar a Parker. Quizá se trató de una desavenencia entre ambos hombres en lo referido al tráfico al que se dedicaban.»

Pegado debajo del artículo, un titular de periódico de gran tamaño:

CHANTAIN DE BEJARDY
ABSUELTO CON EL BENEFICIO DE LA DUDA

Su coronel y uno de sus antiguos compañeros del 1.er ejército francés acudieron para prestar testimonio a su favor.

La palabra *duda* estaba subrayada dos veces con tinta roja y llevaba detrás tres puntos de admiración, también en tinta roja, que una mano irritada había trazado agujereando el papel, seguramente la mano de Bauer.

Acabó por decidirse por el Paris-Nord, una cervecería grande de la calle de Dunkerque de fachada parda. Louis y Odile entraron detrás de él.

Bejardy parecía conocer el lugar y los precedió hasta las mesas del fondo, donde, por un tabique de cuadrados de cristal opaco, se filtraba una claridad verde claro. El local estaba desierto. Desde el sitio en que estaban veían parte de la estación del Norte.

Bejardy miró su reloj de pulsera.

—Todavía faltan veinte minutos…

No llevaba más equipaje que una bolsa de cuero y un maletín que dejó en una silla, a su lado.

—Así que nos vemos pasado mañana a las diez en punto en Ginebra, en el vestíbulo del Hotel Richmond… Aquí tienen los dos billetes de ida y vuelta para Annecy… Lo he comprobado… Tienen un autocar Annecy-Ginebra a las cinco… Como el tren llega alrededor de las tres a Annecy les quedan dos horas de espera…

Se volvió hacia Odile:

—¿Le fastidia este viaje?

—Ni mucho menos.

—Es el último que hacen para mí. Tengan… Aquí está…

Le dejó el maletín encima de las rodillas a Louis.

—Dentro va más o menos la misma cantidad que le entregó a Axter… En esta ocasión, muchacho, tengo empeño en que se quede con una comisión… Ya volveremos a hablar del tema en Ginebra… Que sí, que sí…, tengo mucho empeño. En el autocar habría que esconder el dinero de una forma discreta… Queda demasiado lujoso —dijo, señalando el maletín.

—No se preocupe —dijo Louis.

—Voy a dar una vuelta por Bruselas… Tengo que zanjar unas cuantas cosas allí… Así ya habré quemado mis naves de forma definitiva… Luego, la Argentina…

Se frotaba las manos como si tocase los platillos.

—¿Por qué la Argentina? —preguntó Louis.

—Tengo allí familia materna. Y Nicole podrá dedicarse a los caballos… Por cierto… Si quieren hablar conmigo de aquí a mañana, llamen al Métropole de Bruselas… Pregunten por el señor Chantain.

Escribía Chantain en el sobre de los billetes de ferrocarril.

—Es parte de mi apellido… Me llamo Chantain de Bejardy, ¿saben?

Odile y Louis cruzaron una mirada y Louis se disponía a enseñarle el recorte de prensa antiguo a Bejardy. Lo tenía a mano, en el bolsillo interior de la chaqueta, pero cambió de opinión.

La cara de Bejardy tenía un tono blanquecino a la luz del tabique de cristal y hubiérase dicho que envejecía a ojos vistas.

—Tiene gracia… —dijo—; viví en este barrio de la estación del Norte al salir de la cárcel…

—¿Ha estado usted en la cárcel?

—Estaba de broma, muchacho… Pero viví mucho tiempo en este barrio… En el bulevar de Magenta… Un barrio que, a saber por qué, no parece agradable, pero gana cuando se lo conoce…

Miraba el local desierto que tenían a su alrededor.

—Por entonces venía muchas veces a cenar aquí con una chica… Una rubia… Ella también vivía en el barrio… Se llamaba Geneviève…

A Bejardy le pasó por los ojos una expresión de desaliento y de cansancio. Quizá porque no quedaba nada ya de aquella Geneviève en el local silencioso.

—¿Y ustedes? ¿Qué piensan hacer en el futuro? —preguntó.

—No lo sé —dijo Louis—. Coger unas vacaciones.

—¿Qué edad tienen los dos exactamente?

—Voy a cumplir los veinte dentro de tres días —dijo Odile.

—¿Y usted, Louis?

—Yo dentro de mes y medio.

Bejardy alzó la taza con expresión pensativa.

—Pues a la salud de sus veinte años.

Se tomó de un trago el café.

—Hala…, tengo que dejarlos… No, no… No se muevan… Me horrorizan los adioses en los andenes de

las estaciones. Pasado mañana en el Richmond a las diez en punto… Adiós, señora Memling…

Louis, pese a todo, lo acompañó hasta la puerta de la cervecería con el maletín en la mano.

—Y no llame la atención en el autocar de Ginebra… Será fácil… Parece un chico tan encantador, mi querido Louis… Me pregunto si yo a su edad tenía ese aspecto… ¿Qué le parece?

—No lo sé —dijo Louis.

Bejardy estaba cruzando la calzada hacia la estación del Norte y movía el brazo sin volverse. Aquel ademán lento e impreciso del brazo sorprendió a Louis y se le quedó en el recuerdo como el gesto de una bendición.

Todavía era de día y pasearon al azar por aquel barrio donde habían vivido Roland Chantain de Bejardy y una rubia que se llamaba Geneviève. Louis llevaba el maletín debajo del brazo. Fueron andando hasta la estación del Este y volvieron luego a las inmediaciones de la estación del Norte. Un barrio de donde salen los trenes, fachadas macizas, barrios de comerciantes, de bufetes polvorientos, de diamantistas y de cervecerías de las que brotan bocanadas de Alsacia y de Bélgica.

No saben que es su último paseo por París. Todavía no tienen existencia individual y van confundidos con las fachadas y las aceras. En el macadán, remendado como una tela vieja, hay escritas fechas que indican las coladas sucesivas de alquitrán, pero quizá también nacimientos, citas, muertes. Más adelante, cuando recuerden este período de sus vidas, volverán a ver cruces de calles y portales de edificios. Han captado todos sus reflejos. No eran sino pompas irisadas con los colores de esa ciudad: gris y negro.

La plaza de Saint-Vincent-de-Paul, con la glorieta y la iglesia, está tan desierta y tan silenciosa como esos lugares familiares por los que se pasa en sueños. Han llegado, por la calle de Hauteville, a los grandes bulevares y se esfuman entre la muchedumbre a la altura del café Brébant.

Odile se había quedado dormida. Louis se escurrió fuera de la cama y fue de puntillas hasta la ventana. En Annecy estaba lloviendo. Abajo, en los jardines, unos niños se perseguían mientras los vigilaba alguien que no se movía y de quien sólo se divisaba la superficie abombada del paraguas negro.

Louis había escogido aquel hotel porque estaba cerca de la estación. Su fachada ocre lo intrigaba en la época del internado, cuando pasaba los días festivos en Annecy. Y conservaba en la memoria la imagen de un hombre de pelo rubio que deambulaba los sábados por el paseo de Le Paquier. Lo llamaban *la Carlton*, por el nombre de ese hotel donde tiempo atrás había sido botones, y, según la leyenda, llevaba junto al corazón permanentemente una browning envuelta en una funda de ante gris.

Annecy no había cambiado en tres años. Llovía igual que los domingos en que volvían al internado a las siete de la tarde. No había nada que hacer aquellos domingos que no fuera refugiarse bajo los soportales de La Taverne o bajo la marquesina del Casino. O pasar pegados a los escaparates de la calle Royale. Más adelante, en Saint-Lô, seguía lloviendo y salvaban de una zancada los charcos; y, pensándolo bien, entre el internado y el cuartel sumaban nueve años de lluvia y de cagaderos con placa turca que podían contarse con los dedos de las manos.

Desde la ventana del hotel, Louis divisaba la estación. A la izquierda, un edificio claro del que salía el autocar de Ginebra. Un día lo cogió con el amigo de su padre que le hacía de tutor. Se pasaba por Cruseilles y Saint-Julien. Dos aduanas que cruzar.

En la acera de enfrente, Louis esperaba, los domingos por la tarde, el autocar que paraba a doscientos metros del internado. Había siempre mucha gente en ese autocar y uno hacía el trayecto de pie. En la curva de Veyrier du Lac, el castillo de Menthon-Saint-Bernard surgía encima de su picacho igual que un buque fantasma en la cresta de una ola. Más allá, al borde de la carretera, el pequeño cementerio de Alex…

El maletín estaba encima de la mesilla de noche. Louis lo cogió y fue a sentarse junto a la ventana. Oía la respiración regular de Odile. Las cuatro. El autocar de Ginebra salía a las cinco y veintidós minutos.

Abrió el maletín. Fajos de billetes de quinientos francos. Nuevos. Miró la estación, enfrente.

Un domingo dejó que se fuera el autocar y volvió a casa de su «tutor» diciéndole que lo había perdido. El «tutor» en persona lo llevó en su Citroën al internado.

Pero hoy estaban terminando esos años de neblina gris y lluvia y a partir de ahora le iban a parecer tan lejanos que le quedaría de ellos un recuerdo enternecido. Empezó a contar los fajos de billetes. Pues sí, ya lo tenía decidido.

Despertó a Odile. Esa misma noche cogieron un tren para Niza. Transbordo en Lyon. Diez minutos de espera.

Pasaron quince días en Niza. Habían alquilado un coche grande americano, descapotable, en el que iban a recorrer, los tres meses siguientes, la Costa Azul.

Una mañana en que iban por la Cornisa, entre Niza y Villefranche, Louis notó una curiosa sensación de liviandad y de atontamiento y le habría gustado saber si Odile la sentía también.

Algo acerca de lo que se preguntó más adelante si no habría sido sencillamente su juventud, algo que había llevado como un peso hasta entonces, se estaba desprendiendo de él, igual que un trozo de roca cae despacio hacia el mar y desaparece entre un surtidor de espuma.

Notas

[1] Los duendes. Los diablillos. *(N. de la T.)* < <

[2] Cuento de la condesa de Ségur. *(N. de la T.)* < <

[3] Bocadillo típico de Niza que lleva los mismos ingredientes que la ensalada niçoise. *(N. de la T.)* < <

[4] Salsa picante característica de la cocina del norte de África. *(N. de la T.)* < <

[5] El sueño. *(N. de la T.)* < <

[6] La cantante Mistinguett. *(N. de la T.)* < <